

Sophie Saint Rose

Serie Quercu

Nate

Menezes

No te merezco

Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Lady Johanna Fishburgne sonrió a través del espejo a su doncella mientras le peinaba sus negros rizos colocándoselos a un lado de la cabeza. Betsy fruncía el ceño mientras con las horquillas en la boca luchaba porque el peinado quedara como ella quería.

—¿Has salido esta tarde?

—No, milady. Me he quedado planchando su vestido de esta noche.

—Sonrió colocando la horquilla en su sitio. —Ya está. Perfecto. Será la más hermosa de la cena.

—¿Con Elizabeth en la mesa? —dijo irónica sin sentir ninguna envidia por la belleza de su amiga.

—Es por el cabello de color caoba. —La doncella empezó a recoger la ropa que su señora había llevado antes de cambiarse y Johanna la miró preocupada girándose en el banquito del tocador. —Y esos ojos verdes —

susurró distraída mirando las medias.

—Betsy...

Su doncella la miró con la ropa en la mano. —¿Sí, milady?

—¿Eres feliz?

—¿Feliz? Claro que sí, milady. Soy muy afortunada al vivir aquí y por cómo me trata toda la familia.

Johanna se levantó mostrando su precioso vestido verde esmeralda con encajes negros y se acercó cogiéndola de las manos, mirándola con sus preciosos ojos color ámbar. —Sé que amabas a ese canalla que se aprovechó de ti y no hemos hablado de eso.

—Esa es agua pasada, milady. —Se sonrojó intentando apartarse y suspiró al ver que no la soltaba. —En el salón su marido debe estar impaciente por su llegada, Condesa.

—Betsy...

—Se aprovechó de mi amor. Pasa mucho. Hay historias como esa en todas las casas. No se preocupe más, que ya lo he superado.

—¿De verdad? ¿No me mientes?

Su doncella la miró maliciosa. —El nuevo mayordomo no está mal.

Johanna jadeó sorprendida. —¡Pero si George te dobla la edad!

—Pues me ha echado el ojo.

Johanna se echó a reír. —¿De verdad? ¿Qué te ha dicho?

—Me ha invitado a pasear el domingo —dijo emocionada—, y me ha hecho un regalito.

—¡No me cuentas nada! ¿Qué te ha regalado?

Miró a la puerta de comunicación con la habitación del Conde y sacó una cadenita de plata con una estrellita que llevaba colgada al cuello. —Vaya... —dijo la Condesa impresionada.

—Sé que no son como las joyas que su marido le regala a usted, pero...

—Lo que importa es el detalle y me agrada que sea detallista contigo. —Sonrió encantada. —¿Estás contenta?

Betsy se sonrojó de gusto. —Mucho. Ningún hombre me ha tratado con tanto cariño como él.

—Me alegro mucho.

—Lo sé, milady.

La puerta se abrió sobresaltándolas y James vestido con traje de noche y con su impecable pañuelo blanco, las miró con desconfianza. —¿Qué tramáis?

Ambas se echaron a reír. —¿Por qué piensas que tramamos algo?

—Vuestra cabecita no deja de trabajar. —Se acercó y besó a su mujer en los labios mientras Betsy salía de la habitación discretamente. —Está preciosa esta noche, Condesa.

—Y tú cada día eres mejor marido. —Le abrazó por la cintura y suspiró pegándose a su pecho. —Mi gigante escocés.

Su marido rió por lo bajo. —¿Qué te ocurre?

—Estoy algo cansada. Eso es todo.

—Desde que tuviste a las niñas no has parado. Y antes tampoco, ya que estamos. Quizás deberíamos tomarnos un descanso e ir a Escocia un tiempo. Mi padre estaría encantado.

—Liss me mataría si me voy en el inicio de la temporada.

—Lo entenderá. —Acarició su nuca y ella gimió levantando la cara para mirar sus ojos verdes. —Preciosa, serán unos meses.

Escucharon un portazo en el piso de abajo y Johanna frunció el ceño mientras su marido se tensaba al escuchar llorar a una de sus hijas. Salieron de la habitación para ver correr a una de las nanis hasta la habitación de las niñas, entrando inmediatamente mientras ellos se acercaron a la barandilla para ver a Elizabeth Torrington sonrojada quitándose la capa. —Lo siento, se me ha escapado.

Johanna fue hasta las escaleras a toda prisa al ver a su amiga

disgustada. —¿Qué ocurre, Liss?

En ese momento llamaron a la puerta y George muy tieso la abrió de nuevo dando paso al Duque de Stradford que sonreía de oreja a oreja. Elizabeth gruñó caminando a toda prisa hacia el salón dejándola con la boca abierta. —¿Qué ha ocurrido? ¡Está furiosa contigo!

—Se le pasará —dijo en alto para que su esposa le oyera dándole la capa negra a George y frotándose las manos.

James bajó las escaleras sonriendo divertido. —Te veo muy satisfecho, amigo.

Johanna les ignoró para ir hacia su amiga, que sentada en el sofá con un maravilloso vestido granate se apretaba las manos como si quisiera estrangular a alguien. —¿Qué ocurre, Liss? —Se sentó a su lado. —¿Qué te ha hecho?

—¿Qué me ha hecho? —Fulminó con la mirada al Duque que entraba en ese momento guiñándole un ojo a su esposa encantado de la vida. —Lo ha vuelto a hacer. Eso ha hecho.

—¿Lo ha vuelto a hacer? —Confundida miró a su marido que disimulando puso la mano en el vientre dando una palmadita antes de pasarse la mano por su cabello rubio disimulando. Johanna jadeó mirando a su amiga. —¿Ya? Pero si el niño no tiene ni ocho meses.

—En este momento le estrangularía.

—Te entiendo. Cómo se nota que no tienen que parirlos.

Fulminaron con la mirada a sus apuestos maridos, que ya estaban conversando pasándose en grande mientras su amiga sufría. Elizabeth gimió. —Ayer estaba en una fiesta y no me encontraba demasiado bien. Esta mañana mi doncella me ha dado la noticia. Este hombre me va a hacer parir una vez al año. Ya verás.

—Seguro que no. —Le dio palmaditas en la mano. —Mi madre solo me tuvo a mí. Igual tú tienes dos o tres y se termina.

Como si la hubiera invocado, Rose Sherman entró en el salón del brazo de su marido. —Henry, ya están aquí los Duques. Te dije que tenías que darte prisa.

—Lo siento, querida. Estáis muy hermosas esta noche —dijo dejándola en el sofá al lado de Liss. Al mirar a su yerno, se acercó como si fuera su salvación para no recibir una regañina de su esposa.

Johanna reprimió una risita al mirar a su madre, que parecía pensar en levantarse para decirle cuatro cosas. —¿Cómo va la búsqueda de casa, madre?

Rose la fulminó con la mirada. —¡No me separarás de las niñas ni con agua caliente, Johanna Sherman!

—Es Fishburgne, mamá.

—Serás una Sherman hasta que te mueras.

Liss se echó a reír olvidándose de su enfado con su marido y Johanna le susurró a su madre —Viene de camino otro Torrington.

—¡Felicidades! —Extasiada se levantó y besó a Liss en las mejillas antes de acercarse al duque para hacer lo mismo.

—¿Dónde están tus suegros?

—Estarán al llegar —dijo Johanna. Llamaron a la puerta en ese momento—. ¿Ves? Ahí están. Susan va a estar... —Miró hacia la puerta y chilló sobresaltando a todos cuando vio en el hall a un hombre moreno quitándose el guardapolvos que llevaba y sonriéndole abiertamente. — ¡Edward! —Se levantó de un salto y corrió hasta el hall para abrazar a su primo, que la alzó girándola y haciéndola reír.

La besó en la mejilla antes de dejarla en el suelo mirándola de arriba abajo. —Pero mírate... Estás preciosa.

—El Conde está a punto de pegarte un puñetazo seas quien seas — dijo el duque divertido por el ceño fruncido de James, que no les quitaba ojo.

—¡Cariño, es mi primo Edward!

Eso pareció aliviar al Conde que extendió la mano. —Encantado de conocerte.

—Así que tú eres el escocés. Jo me ha escrito mucho sobre ti.

El conde se sonrojó haciéndoles reír a todos y Johanna cogió a su marido por la cintura pegándose a él mientras sus padres abrazaban al recién llegado.

—Qué alegría verte aquí —dijo Henry.

—Permite que te presente —dijo Johanna—. Ella es mi amiga Liss y él es Alex, los Duques de Stradford.

—Mucho gusto.

—Debes estar agotado del viaje.

—Sí, sobre todo porque me tocó una chiflada en el camarote de al lado, que no hacía más que tocar el banyo.

—¿El qué? —preguntó Elizabeth divertida.

—Es una especie de guitarra —explicó Edward molesto—. Además es la mujer más maleducada de la tierra. Nunca había visto algo igual. Bebe como un cosaco y eructa. ¡Ni se peina! No puedo entender cómo consiguió un billete en el Libertad porque con las pintas que llevaba, avergonzaba a todo el mundo en la mesa.

—Ven, amigo. Necesitas una copa —dijo James guiándole al salón.

Johanna miró a George. —Prepárele a mi primo la habitación del fondo.

—Sí, milady.

Encantada fue hasta el salón, sentándose de nuevo para escuchar a su primo. —Han sido los días más estresantes de mi existencia, os lo juro. —Se sentó en la butaca y cogió la copa de coñac que le tendió su marido.

Johanna se echó a reír. —Serás exagerado.

—¿Exagerado? El primer día yo estaba trabajando en mi camarote y se presentó en la puerta con el banyo para cantarme algo. —Todos se echaron a reír. —Decía que se aburría y que ya que viajábamos juntos podíamos divertirnos. Cuando le dije que estaba trabajando, me miró como si no supiera lo que era eso y se metió el dedo en la nariz para...

Todas jadearon. —¡Sí! ¡Y no solo eso! ¡Habla como entrecortado, como si no supiera terminar las palabras! ¡Y su aseo dejaba bastante que desear! ¡Os juro que tenerla sentada al lado en la mesa era un suplicio!

Henry frunció el ceño. —¿Y dices que pudo permitirse un billete en uno de nuestros barcos?

—Sí, tío. No sé quién se lo ha vendido, pero cuando vuelva a Boston y le pille... —Bebió de su copa mostrando lo alterado que estaba. —Perdón, pero es que nunca he deseado tanto salir de un barco. De hecho, no he esperado a atracar. Ordené a los marineros que me trajeran al puerto en un bote, porque me sentía incapaz de esperar allí ni un segundo más. ¡He estado

a punto de tirarme por la borda!

Todos se echaron a reír y él los miró asombrado con sus ojos negros.

—Hablo en serio.

—¿Era bonita? —preguntó Johanna maliciosa.

Miró a Johanna y después a Elizabeth que se sonrojó por el escrutinio hasta que Alex se tensó acercándose a su esposa por detrás. Edward le miró.

—Disculpe Duque, es que estaba intentando descubrir cómo sería vestida como una dama.

—No has contestado a la pregunta. ¿Era bonita?

—Cielo, deja de torturarlo —dijo James divertido.

—Supongo que detrás de toda esa roña sería bonita —gruñó molesto.

—¡Lo sabía!

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó Rose.

—Si hubiera sido fea, ni se acordaría ya de ella —dijo maliciosa mientras su primo gruñía—. ¿A qué has venido a Londres? No nos has avisado.

—Niña, eso son negocios —dijo Henry poniéndose serio—. Es cosa nuestra.

—Pero te quedarás una temporada, ¿verdad? —preguntó ilusionada.

—Un par de meses, supongo. Depende de cómo vayan las cosas. — Edward bebió de su copa y sonrió a James. —Estoy deseando conocer a las niñas, pero antes me asearé un poco.

—Son rubias y dos preciosidades —dijo Rose orgullosa.

—Siendo hijas de Johanna, no podían ser de otra manera.

—Zalamero.

Su primo se levantó. —Si me disculpan...

—No seas tan formal, Edward —dijo Rose encantada—. Estamos entre amigos.

—Muy bien. Bajaré cuanto antes.

—No te apures. Todavía faltan mis suegros por llegar. —Johanna le vio salir y miró a Liss. —¿A que es encantador?

—Y muy atractivo. —Su marido carraspeó y Liss sonrió girándose a su duque. —Yo solo tengo ojos para ti, amor.

—Ya, eso ya lo veo.

Susan y Nelson, los Marqueses de Wildburg, llegaron en ese momento y emocionados felicitaron a los duques por su próxima maternidad. Susan, que había sido la institutriz y dama de compañía de Elizabeth y que la quería como una hija, se emocionó muchísimo.

Johanna sonrió. —Esta noche es especial. Liss está en estado y ha

venido mi primo de Boston. Tenemos que celebrarlo.

—Claro que sí. Tomaremos champán —dijo Henry levantándose para hablar con George, que escuchó sus instrucciones y asintió antes de salir del salón—. Van a traer un champán francés que es una maravilla.

—Papá, ¿van a ir a buscarlo al puerto?

—No tardarán nada.

Conversaron durante un rato y Edward llegó al salón impecable con su traje de noche negro y su chaleco blanco. —Siento el retraso.

—Ven que te presente a los Marqueses de Wildburg. Mis suegros. — Se echó a reír. —Me falta uno, pero está en Escocia. Espero que algún día puedas conocer al conde. Es un hombre maravilloso.

James sonrió cogiendo a su mujer de la cintura mientras Edward hacía una reverencia a Susan antes de besar su mano enguantada. —Es un placer.

—Debe estar agotado del viaje.

—Un poco.

Todos se echaron a reír y Liss dijo —Ha tenido un viaje algo estresante, Susan. Su vecina era algo molesta.

—¡Molesta! Eso es decir poco, Excelencia. No existe algo que la describa.

—Pasemos a cenar. —James cogió del brazo a su esposa saliendo al

hall. —Seguro que una buena cena, un buen coñac y una buena cama, te hacen olvidar cualquier viaje.

—Eso espero.

Entraron en el comedor y James se sentó en la cabecera mientras Johanna distribuía a sus invitados. Su primo sentado al lado de su marido como invitado de honor y los demás se sentaron donde quisieron.

—Y dime Edward, ¿cómo va tu búsqueda de esposa? —preguntó Johanna maliciosa. Él gruñó antes de beber de su copa de vino. —Mal, ¿eh?

—Incomprensible —dijo Rose—. Tan apuesto y trabajador, deberías tener candidatas a millones.

—Será mi carácter. —Cogió la cuchara de plata mientras Johanna soltaba una risita. —No tiene gracia, prima.

—Sí que la tiene. Siempre tan serio y responsable. Deberías soltar un poco tu carácter. Las intimidas.

—Un hombre de negocios debe ser serio —dijo Henry apoyando a su sobrino—. Además, la persona que dirige los negocios Sherman en los Estados Unidos, tiene que ser responsable.

—Papá, igual estás cargando a Edward con demasiada responsabilidad —dijo Johanna preocupada—. Para él ha sido un trastorno nuestro traslado aquí y puede que sea demasiado para él.

—Lo está haciendo estupendamente. Estoy muy orgulloso de él.

—Gracias, tío. Y respondiendo a mi prima, te diré que es más responsable, pero no me quejo. Además, James me ayudará en el futuro cuando tenga que hacerse cargo del negocio Sherman aquí. Espero que mi tío ya te esté poniendo al día.

James asintió. —Sí, pero tengo la sensación de que eso no debe preocuparnos, porque tenemos Henry Sherman para largo.

Todos se echaron a reír. La cena fue muy amena. Hablaron de los conocidos en Boston y Elizabeth estaba fascinada con la vida allí deseando conocer esa parte del mundo.

—¿Lo habéis escuchado? El dragón dorado ha hundido otro barco.

—Tenemos una suerte enorme de que no se meta con nosotros —dijo Henry Sherman sonriendo—. Eso hace los barcos Sherman los más seguros en los traslados de cargamentos. Tenemos meses de espera para los billetes porque no se quieren arriesgar con otras compañías.

—¿No es extraño? —preguntó Alex—. ¿Que a vosotros no os haya molestado nunca?

—Una vez uno de mis barcos se lo encontró cerca del Caribe y dio la vuelta. —Henry se encogió de hombros. —No sabemos la razón, pero nunca nos ha molestado.

—Se dedica más a barcos italianos o franceses —apostilló James—. Seguro que Sterling sabe la razón.

—¿Sterling? —preguntó Edward.

—Es un conocido nuestro. El rey de la zona del puerto. —James le miró a los ojos. —No sé si me entiendes.

—Sí, lo entiendo.

—Él domina esa parte de la ciudad —añadió Liss—. Es un hombre encantador.

Los hombres pusieron los ojos en blanco mientras las mujeres sonrieron. —El encanto de un asesino —dijo Alex—. Mi mujer no se da cuenta de hasta dónde puede llegar su carácter. Pero con nosotros siempre se ha comportado como un amigo. Deberías conocerle. Organizaremos una cena para que charléis.

—Estaré encantado. Nunca está de más fomentar ese tipo de relaciones.

—Sterling es todo un caballero —dijo Rose ganándose una mirada de sorpresa de su marido y la pobre se sonrojó—. Lo es. No me mires así. No es como esos asesinos que hay por ahí. Es todo un galán. —Todos se echaron a reír al ver que Henry entrecerraba más los ojos como si estuviera celoso. — Pero yo solo te quiero a ti, mi vida.

Johanna levantó una ceja mirando a su marido que reprimió la risa.

En ese momento escucharon un portazo en la salida y todos miraron hacia el hall mientras George asustado salía del comedor.

—¡Ya toy aquí, familia! —dijo una mujer a voz en grito—. ¿A que no me esperabais?

Rose palideció con la cucharilla de postre cerca de la boca, antes de mirar a Henry que miraba hacia la puerta muy interesado.

—¡Eh! ¿Es que no hay naide en la choza?

Johanna asombrada se levantó, pero su marido la cogió por el antebrazo levantándose también. —Espera. Quédate aquí.

—¡Aparta, bicho! —gritó la mujer—. ¡Soy de la familia!

Escucharon pasos rápidos y una cabeza se asomó al comedor. Una chica rubia con la cara sucia sonrió encantada. —¡Sorpresa!

Johanna jadeó llevándose una mano al vientre y su marido la miró sorprendido. —Cielo, ¿quién es?

—¡La loca, que me ha seguido! —dijo Edward levantándose—. ¡Fuera de esta casa, chiflada!

La chica le miró sin comprender y enseñó todo el cuerpo entrando en el comedor mientras todos la miraban estupefactos. Llevaba una camisa que en alguna vida debió ser blanca y una falda marrón que no se pondría su

criada ni muerta. Sus botas de hombre estaban sucias como si hubiera caminado entre el barro. La chica puso los brazos en jarras.

—¿No os llegó la carta de padre? —Se echó a reír. —¡Anda, si es verdad que no sabe escribir, el muy ceporro!

Liss levantó una ceja y sonrió a su marido, que intentaba contener la risa. La chica miró con sus ojos azules a Edward. —¡Pero si ta aquí el guapetón! ¿Cómo sabías que taría aquí?

—¿Qué ha dicho? —preguntó Susan sin salir de su asombro.

Rose carraspeó y forzando una sonrisa miró a su hija antes de levantarse. —Cielo, ¿no saludas a tu prima?

Para asombro de todos, la rubia abrió los brazos mostrando el vello rubio de debajo de los sobacos. —¡Ven aquí, mozuela! No nos habíamos visto nunca, pero pa mí como si fueras mi mana.

—¿Su qué? —Susan no salía de su asombro.

—¿Tu prima? —preguntó Edward con asombro antes de mirarla de nuevo.

Johanna carraspeó y forzó una sonrisa caminando hacia ella. —Tú debes ser Michelle.

—¡La mismita! —Abrió más los brazos y Johanna se acercó forzando más la sonrisa.

—¿Es una broma? —preguntó Edward atónito.

—Es hija de mi único hermano, Martin —dijo Rose nerviosa apretándose las manos.

Henry gimió. —Vive en Arizona. En una mina de oro.

Johanna se dejó abrazar cerrando los ojos por el olor que despedía. Su primo no exageraba ni un ápice. Se apartó como pudo y le dio una palmadita en el hombro. —Bienvenida.

—¡Gracias, guapa! —gritó sobresaltándola.

—¿Y dónde está tu padre?

—¡Oh, se quedó en la mina! ¡Paque no nos roben! ¡Tamos forraos y me dijo, Michi, vete a la madre patria a buscar marío, pa que ningún chulo nos afane las ganancias!

Alex se echó a reír a carcajadas mientras su mujer le daba un codazo.

—¿Ha dicho marido? —preguntó Susan mirándola de pies a cabeza.

—Me pondré finolis para pillar un buen mozo. —Se acercó a la mesa y cogió un bollo para metérselo en la boca. Con la boca llena continuó —No será difícil. Si tu pillaste marío a mí no me costará na. —Michelle miró a su alrededor y le guiñó un ojo a Alex. —Aquí hay mozos de mu buen ver.

—Madre mía —dijo Johanna tras ella.

—Este está casado, bonita —dijo Liss con una sonrisa falsa en los

labios.

—Vaya, ¿y tú? —Miró a James.

—¡Es mi marido!

—Prima, qué buen mozo. Yo quiero uno como ese. Uno bien grandote. ¿Dónde lo encontraste? —Alex se echó a reír mientras Michelle señalaba a Edward. —Aquel tien un carácter... —Abrió los ojos como platos. —No le he gustao nada. No me había pasao nunca.

—Querida, ¿por qué no vas a asearte? —Johanna le hizo un gesto a George que se acercó con un banyo en la mano y una maletita de cuero. Era obvio que allí no llevaba un vestuario adecuado. —Debes estar agotada del viaje y un baño te vendrá de perlas para descansar.

—¡No, si yo duermo en cualquier parte! —Le dio un golpe en el hombro, que Johanna trastrabilló cayendo al suelo al pillarla desprevenida.

—¡Jo! —James corrió hacia ella y la recogió del suelo.

—Madre mía, James —susurró rogándole con la mirada—. ¡Haz algo!

—¿Y qué quieres que haga?

—Qué delicadita que eres —dijo Michelle doblando la espalda para mirarla—. ¡Hay que comer más! ¡Tas en los huesos! —Miró a todos en la mesa y cogió otro bollo dándole un mordisco. —¿No comen más? ¡No hay que tirar el rancho! —Cogió con la mano la tarta de Elizabeth y se la metió en

la boca dejando toda la nata alrededor de sus labios. —Esto ta bueno. ¿Qué es?

—Tarta —respondió Liss sonriendo—. De fresas con nata.

—Mmmm. —Miró a Susan que empujó el plato de su postre con el dedo índice. Michelle sonrió mostrando la nata antes de dar otro mordisco a la que aún tenía en la mano.

George carraspeó. —Señorita, si me acompaña. Haré que le sirvan la cena en su habitación.

Michelle no se dio por aludida mientras James levantaba a Johanna.

—¡Te están hablando a ti, paleta! —dijo Edward exasperado.

La chica parpadeó cogiendo el pedazo de Susan. —¿Qué? ¿Me has llamao paleta? —Se agachó y todos estiraron el cuello para verla aparecer con un revólver enorme. Todos gritaron apartándose de la mesa mientras apuntaba a Edward. —Repíte eso, chulo.

Edward puso los ojos en blanco. —No va a disparar. ¡Sacó su arma al menos diez veces en el barco y no disparó a nadie!

Michelle se pasó la mano por la cara sacando la lengua para limpiar la palma. —Puedo pegate un tiro entre ceja y ceja por mucho guapetón que seas.

—Michelle, baja el arma —dijo Rose exasperada—. Eres igual que tu

padre.

—Sí, ¿y qué? —Apuntó a su tía que chilló escondiéndose tras Henry, que levantó una mano como si quisiera calmarla. —¿Qué os pasa?

—Chiquilla, ¿te importaría apartar el arma? —preguntó Alex divertido.

Michelle sonrió dejándola caer. —Vale, pero que naide mi ensulte.

—Nadie te insultará.

Enfaticó la última palabra, pero ella ni se dio cuenta mirando a Edward. —A ti no te canto más.

—¡Menos mal! ¡Tus gallos no me dejaban dormir!

—Padre dijo que lo hago mu bien.

—Señorita, ¿me acompaña? El baño debe estar listo.

Michelle le miró con desconfianza y levantó el arma. —Deja la maleta.

El mayordomo la dejó caer al suelo y ella se acercó a la maleta sin dejar de apuntarle. —Padre me dijo que no la tocara naide menos mi tío.

—¿Yo? —Henry miró atónito a su esposa. —Si me odia.

—¡Pero tú sabes de dineros! —Se acercó a la mesa y la abrió volcándola sobre la superficie dejando ver pepitas de oro.

Asombrados dieron un paso hacia la mesa. —Son enormes —dijo Johanna—. Pensaba que serían más pequeñas.

Henry cogió una de las pepitas que era tan grande como su puño. —Tienes aquí una fortuna. ¿Y has viajado con esto?

—Pesa un poco. Pero padre me dijo que era lo mejor —dijo sin darle importancia—. Y eto no es na. Migajas.

—Eres rica —dijo Rose sorprendida—. ¡Pero si tu padre no tenía donde caerse muerto!

—¡Ya, pero conseguimos un filón! —Sonrió orgullosa subiéndose la cinturilla de la falda antes de meterse la pistola en ella. —¿Te cuparás tío?

—Sí, vete tranquila. Hablaremos mañana.

—Tupendo. —Se volvió y cogió el banyo de manos de George. —¿Dónde ta el catre?

—Arriba, señorita.

—¿Aquí toos sois finolis?

—Más o menos, señorita.

Johanna con los ojos como platos miró a su madre. —¿Cómo sabía que estábamos aquí?

Rose Sherman se sonrojó. —Le envié una carta cuando te casaste.

—¿Querías restregarle que me había casado?

—¡Quería restregarle que eras condesa y que te habías casado bien!

¡Siempre dijo que mi matrimonio con Henry era una bazofia!

Liss miró a Susan. —Es obvio que no se soportan.

—Y que lo digas.

—Es un bruto insensible —dijo Rose molesta—. ¡Y a Henry por poco lo mata de una paliza cuando le dijimos que nos habíamos casado!

Todos miraron a Henry. —Lo de bruto se queda algo corto. —Se volvió a sentar mirando el oro. —Y ahora es rico. —Movi6 la cabeza de un lado a otro. —Si es un borracho ignorante. Hay gente que tiene suerte en la vida.

—Pobre chica —dijo Susan—. ¿Habéis visto su aspecto? No sabe ni lo que es el aseo, ni sabe hablar correctamente. ¿Cómo vais a presentarla en sociedad?

James carraspeó. —No ha dicho precisamente eso. Sólo quiere un marido. Tengo la sensación de que le vale cualquiera que cuide de sus dineros.

Liss miró a Johanna. —¿Y su madre?

—Desapareció —respondió Rose cuando Johanna se encogió de hombros—. Y no me extraña. Si viven en una choza. Esa muchacha no ha

visto una bañera en la vida.

—Eso no es tan importante como su falta de modales —dijo Liss preocupada—. Está asilvestrada.

—Asilvestrada —dijo Edward exaltado—. ¡No habéis visto nada! ¡A uno del barco le mostró el trasero y os aseguro que no lleva nada debajo!

—¿Y para qué le mostró el trasero? —preguntó Johanna atónita.

—¡Para que se lo besara!

Las damas jadearon atónitas mientras los hombres aguantaban la risa.
—Es peculiar —dijo Nelson intentando no reírse.

—¡Peculiar! Ya veréis, ya.

—¡Señorita! ¡Tiene que meterse dentro de la bañera! —gritó Betsy desde arriba.

—¿Paque? ¡Ta caliente!

Johanna se sentó en la primera silla que pilló. —Ay, madre.

—No te aflijas —dijo Liss.

—¿Cómo no me voy a afligir? ¿La has visto? Es rica. ¡No la puedo casar con cualquiera!

—¿No estarás pensando en casarla con un noble? —preguntó su marido atónito.

Johanna miró a su marido fijamente. —Puede que no la haya conocido hasta hoy, pero es de mi sangre. ¡No pienso casarla con cualquiera!

—Bien dicho, hija —dijo Henry—. Su padre puede ser una fiera, pero es tu prima y hay que protegerla.

Liss sonrió. —Entonces tenemos nuevo proyecto.

Alex se echó a reír. —Ya decía yo que no os podíais quedar tranquilas. Nuestras mujeres no.

Rose gimió dejándose caer en la silla. —Nunca estaremos tranquilos, ¿verdad?

—¿Pero qué rayos haces, mujer? —gritó Michelle desde arriba—. ¡Saca la mano de ahí o te pego un tiro! ¡Ahí solo me tocará mi marío!

Todas se pusieron como un tomate mientras los hombres se reían y Edward ponía los ojos en blanco. Se acercó a su prima y se acuclilló ante ella. —Que no te parezca mal, cielo. —Johanna le miró atentamente. —Pero yo me mudo a un hotel.

—¡No puedes irte!

—¡He pasado unos días horribles al lado de esa mujer! ¡Ya he tenido bastante!

—Edward, al menos se está lavando —dijo Alex intentando ayudar a su amiga.

—Oh, si eso es lo de menos... ya lo veréis.

—¡Tienes que quedarte! —protestó Johanna disgustada. James dio un paso hacia ella y le acarició el hombro mirando a Edward como si quisiera cargárselo. Edward carraspeó sin dar su brazo a torcer—. Ya verás cómo en cuanto la domemos un poco se comporta. Solo necesita unas reglas básicas. —La pobre buscó a su alrededor y Susan dio un paso adelante haciéndola sonreír. —Tenemos a Susan y a mi madre. Son unas profesionales de la buena educación.

—Explicame algo, Rose —dijo Liss—. ¿Cómo es que tu hermano salió así y tú...?

—Oh, tenías que haberla visto cuando la conocí. Era prácticamente como Michelle.

—¡Henry! ¡Eso no es cierto! —dijo ofendida sonrojándose mientras todos la miraban atónitos—. ¡Yo no comía con las manos y me aseaba!

—Era otra época y los dos éramos pobres —dijo Henry—. Fuimos aprendiendo a medida que lo íbamos necesitando, trabajando como mulos.

—Os admiro mucho —dijo Alex—. Es sorprendente lo que el esfuerzo puede conseguir.

Johanna sonrió asintiendo antes de mirar a su primo a los ojos. —Por favor... Hace dos años que no nos vemos.

—Está bien. Pero que no se me acerque.

—No, si a ti ya te ha descartado como marido —dijo James satisfecho—. Pobre de quien le eche el ojo. Si es parecida a mi Jo, y tengo la sensación de que sí, no tiene escapatoria.

Johanna se sonrojó con fuerza mientras los demás se reían. —Muy gracioso, mi amor.

—No ha sido nada.

Capítulo 2

Michelle sentada en la cama ante el fuego, miró la manga de su camisón con el ceño fruncido. La puntilla desde encima del codo hasta el puño era prácticamente transparente y muy ligera. —Esto no abriga. Menudo desperdicio. ¿Pa qué hacen un camisón que tien agujeros?

Miró a su alrededor. Se levantó para acercarse a un tocador que tenía tres espejos y su imagen se reflejó en ellos. Su cabello rubio platino caía en ondas hasta debajo del trasero y se acarició la mejilla sonrosada después del baño como si la imagen que veía no se correspondiera con ella. Se tocó el camisón y se sobresaltó cuando llamaron a la puerta. Avergonzada corrió hasta la cama y se cubrió con las sábanas.

—¿Si?

La puerta se abrió y su prima entró en la habitación sonriendo. —
¿Estás cómoda?

Michelle abrió los ojos como platos. —¿CÓmoda? Eto es mu lujoso. No sabía que eras tan rica.

Johanna se sentó en la cama maravillada por lo que un baño había conseguido. Era muy hermosa y su cabello ahora limpio, era muy llamativo. —Tú también eres rica. Debes aprender a administrar lo que habéis ganado.

Michelle asintió. —Sí, no puedo dejar que pa se lo beba to.

—No, por Dios.

—Con tanta puta y tanto whisky, no me quedaría na en unos años.

—Exacto. —Se miraron a los ojos. —No nos parecemos en nada.

—No. Pero eso es por fuera.

—Cierto. Somos de la misma sangre. —Johanna carraspeó. —Así que necesitas marido...

—Padre no quería un charrán. Me he deslomaio pa conseguir ese oro y naide me lo va a quitar.

Johanna decidió ser firme porque al fin y al cabo era de la familia y no se andaban por las ramas. —Pero para conseguir un buen marido en Inglaterra, tendrás que seguir unas reglas.

Michelle asintió. —Soy virgen.

—Bueno, eso también. Pero debes comportarte de una manera para que te acepten.

—Si te han aceptao a ti, a mí también, ¿no? —dijo algo ofendida—. Soy americana y tengo cuartos.

—No es por eso, Michelle. Yo he recibido cierta educación que me hace una igual, ¿entiendes?

—¿Tengo que ser como tú?

—Sí, más o menos.

—Sé leer. Le leí la carta de la tía a pa. Taba medio borracho, pero la entendió toa y por eso me dijo que...

—¡Ya, pero no puedes comportarte como lo has hecho en el comedor! ¡No te aceptarán!

—¡Pero tengo cuartos!

—¡No seas cabezota! —gritó perdiendo la paciencia—. ¡Harás lo que yo te diga!

Michelle entrecerró los ojos como si estuviera a punto de lanzarse sobre ella y Johanna se puso en tensión. —Ni se te ocurra o te rajo. —Antes de que Michelle se moviera, Johanna sacó el cuchillo que siempre llevaba en su pantorrilla y se lo puso bajo la barbilla sorprendiéndola.

—Eres rápia.

—No sabes cuánto. ¿Ahora me vas a escuchar?

—No tengo más remedio.

—Pues eso. ¡Aprenderás a hablar, a comer y a todo lo que yo o las demás te enseñemos y no protestarás!

—Ya sé hablar.

—¡Y no refunfuñes! ¡No es de señoritas!

—¿Así que tengo que ser finolis para gutar a un macho como el tuyo?

Más relajada quitó el cuchillo. —Aquí las cosas son así. Cuesta un poco al principio, pero te acostumbrarás.

—No sé si me gusta eto. —Miró a su alrededor. —En mi choza hago lo que quiero.

—¡Pero es que una señorita no puede hacer lo que quiera, Michelle!

—Nunca se imaginó que diría esa frase, pero con ella tenía que ser dura. —Mañana empezamos. Te traerán unos vestidos y harás caso a Betsy cuando te vista, ¿me oyes?

—¡Esa chica no me gusta! ¡Me ha lavado too el cuerpo! ¡No es decente! —Abrió los ojos como platos. —Me ha dicho que se lava tos los días. Eso no pue ser sano.

—¡Lo que no es sano es no lavarse, al menos para mi nariz! A partir de ahora te bañarás al menos cada dos días y no hay más que hablar. —Fue hasta la puerta mientras su prima gruñía. —Ahora descansa que mañana tenemos mucho trabajo.

Michelle chasqueó la lengua mirando la puerta por donde había salido su prima. Lavarse todos los días. Menuda locura.

Se tumbó en la cama, pero como no podía dormirse de la excitación se volvió a sentar. Al ver su banyo saltó de la cama y lo cogió para sentarse al lado de la ventana. Empezó a tocar con estridencia y a cantar una canción que su padre le había enseñado, soltando unos gallitos que ponían los pelos de punta. La puerta se abrió y apareció Johanna con el vestido desabrochado en la espalda. Mirándola como si fuera a la guerra se acercó a ella con grandes zancadas y le arrebató el banyo. —¡A dormir!

—Vale. —Atónita vio que se iba con su instrumento. —Pero...

—¡He dicho que a dormir!

Michelle suspiró dejando caer los hombros y fue hasta la cama. Johanna desde la puerta la vio arrojarse. —Y no quiero oír una mosca hasta mañana, ¿me oyes?

—Sí, prima.

Johanna volvió a su habitación haciéndoles un gesto a todos los que estaban en el pasillo observándola. Edward la miró como si fuera su heroína. —Gracias, gracias.

—Es muy fácil de manejar. Solo hay que ser firme.

Rose sonrió aliviada pero cuando Johanna entró en su habitación

dejando el banyo apoyado en la pared, James sonrió desde la cama. —Cielo, a mí me gustaba.

—Muy gracioso.

Entonces escucharon una armónica y Johanna puso los ojos en blanco haciendo reír a su marido a carcajadas. Volvió a salir de la habitación y la verdad es que con la armónica no lo hacía mal, pero no podía consentir que no dejara dormir a toda la casa. Cuando entró en la habitación Michelle sentada sobre la cama escondió la armónica debajo de la almohada. —
¡Dámela!

—¡Johanna!

—¡Dámela!

—¡Es que no me pueo dormir!

—¡No puedes tocar cuando todo el mundo está intentando dormir!

¡Dámela!

—No la tocaré más. —Juntó las manos suplicando con sus ojos azules que se la dejara.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Muy bien. —Cogió sus faldas dándose la vuelta. —Que no tenga que volver.

—Vale.

Volvió a su habitación con ganas de matar a alguien y su marido se echó a reír. —Me lo voy a pasar estupendamente.

—Espero que no tenga un silbato escondido por algún sitio. — Exasperada se quitó el vestido y los faldones mientras su marido la miraba con deseo.

—Ven aquí, preciosa.

Johanna se detuvo en seco y entrecerró los ojos. —¿Oyes eso?

—¿El qué?

Se quedaron en silencio y escucharon un tarareo. Johanna no se lo podía creer. —La mato.

—Eso no molesta.

En ropa interior tomó aire yendo hacia su marido y se volvió para que le desatara el corsé. —Bueno, la dejaré por hoy. Tampoco quiero forzar el asunto.

—Sí, ya la forzarás mañana. —Le quitó el corsé tirándolo al suelo y la cogió por la cintura tumbándola en la cama y empezó a besarle el cuello.

Entonces el tarareo se escuchó más cerca. James levantó la cabeza y al mirar hacia la puerta, se apartó cubriéndose con las sábanas al ver a Michelle allí observándoles con curiosidad. Johanna se sentó en la cama de

golpe. —¿Qué haces aquí? ¡Michelle tienes que llamar a la puerta!

Ella asintió ignorando a Johanna para mirar el torso de James, que se sonrojó con fuerza cubriéndose hasta la barbilla.

—¿Qué quieres, prima? ¡Tienes que llamar al servicio si quieres algo!

—Es que... —Parecía avergonzada y Johanna se levantó de inmediato para acercarse. Su prima la miró con sus ojos azules. —¿Aquí se sale fuera pa mear? Es que la habitación la veo mu fina pa mear en el suelo.

Johanna parpadeó y cogió su bata intentando no estallar. —Vuelvo enseguida —le dijo a su marido saliendo de la habitación. Como Michelle no se movía, cogió su mano tirando de ella hacia el pasillo—. ¡Deja de mirar a mi marido así!

—Yo quiero uno como ese —susurró—. Con músculo y bien grande para que le teman en casa.

Eso detuvo a Johanna. —¿Cómo para que le teman en casa? ¡Tú no vas a volver a casa!

—¡Claro que sí! ¡Tien que vigilar la mina!

Edward abrió la puerta solo con los pantalones puestos. —¿De cháchara en el pasillo?

Johanna miró al fondo y le fulminó con la mirada. —¿Desde cuándo tienes el sueño tan ligero? ¡Y cúbrete, que es soltera!

—No, si po mí. —Michelle se lo comió con los ojos desde sus pectorales cubiertos de vello negro hasta los músculos de sus brazos.

—Si ella ya lo ha visto todo —dijo irónico dejándola con la boca abierta—. Entró en mi camarote cuando estaba desnudo para preguntarme si quería jugar al póker. A las nueve de la mañana.

Michelle sonrió radiante y Edward bizqueó mirándola bien desde su cabello rubio pasando por su cuerpo cubierto por el fino camisón hasta llegar a sus pies desnudos. Michelle sintió que se le encogía el estómago. Johanna tiró de su prima hasta su habitación y siseó —A la cama, primo.

—Buenas noches —dijo irónico.

Johanna en respuesta cerró de un portazo haciéndole reír. Michelle aun con la sonrisa en la boca miró a su prima que se cruzó de brazos mirándola bien. —Ahora explícame eso de que se tiene que ir a tu casa si a eso puedes llamarle casa.

—Pa cuidar la mina y pa controlar a padre. —Se llevó la mano a la entrepierna y Johanna le mostró el biombo. —¿Ahí detrás?

—Tienes ahí el orinal. ¿Sabes lo que es?

Michelle levantó la barbilla. —Pos sí. Una vieja del pueblo lo tiene y tira el orín po la ventana. Hay que tener cuidao poque no ve muy bien y ya ha regao a varios. —Muy digna se fue tras el biombo y Johanna esperó con

impaciencia. —¿Vas quedate ahí?

—Sí. ¡Termina de una vez! —Cuando salió frunció el ceño. —
¿Dónde lo hacías en el barco?

—Por la borda —dijo como si nada subiéndose a la cama.

Atónita se sentó a su lado. —¿Y no te veía nadie?

—Me lo retenía hasta que no pasaba naide.

—¡Michelle, tenías orinales debajo de la cama!

—No te rías de mí.

—Dejemos el tema. Sobre tu futuro marido...

—¡Tenemos que volver! ¡Hay mucho oro allí!

—Y tu padre se ha quedado al cargo. —Frunció su naricilla. —¿Y el
oro que habéis sacado?

—Escondió hasta que vuelva con mi marío.

—Madre mía. ¡Estáis mal de la cabeza! ¡Os pueden matar por ese oro!

—Ya.

—¿Y si a tu padre se le va la lengua en una de sus borracheras?

—Pues le matarán. —Johanna vio el miedo en sus ojos azules. —Por
eso padre pensó que ya era hora de buscar marío pa mí. Pa que nos cuidara.
Él va pa viejo y no quiere pelear más.

Johanna se pasó la mano por sus rizos morenos antes de salir de la habitación dejando la puerta abierta. Dos minutos después vio cómo su tío Henry entraba en la habitación en bata y medio dormido seguido de Johanna. Cerró la puerta. —¿Qué ocurre, niñas?

—Tenemos un problema.

—¿Solo uno? —preguntó divertido—. Entonces no es para tanto.

—Espera y verás. —Johanna se cruzó de brazos mirándola y Michelle esperó instrucciones. Le daba la sensación de que a su prima le gustaba mandar. —Dile lo que acabas de decirme.

Michelle sonrió y miró a su tío. —Quiero un marío como el suyo.

—Eso está muy bien, niña. ¿Dónde está el problema?

—Dile para qué quieres ese marido.

—Pa que volvamos por el oro a casa y pa que cuide la mina.

Su padre parecía no entender y Johanna le explicó —Aquí la niña, tiene escondido el oro que han sacado de la mina y ha venido a Inglaterra para buscar un hombre que lo proteja.

—¿Que proteja el oro? —preguntó asombrado. Se volvió hacia Michelle que no entendía muy bien por qué tenía esa cara de pasmo. —¿Por qué no lo habéis llevado al banco?

—Ah, no. Allí pueden robarlo. —Entrecerró los ojos. —Lo he visto.

Ya pasó antes.

—¡Ahora entiendo lo de las pepitas! —exclamó Johanna exasperada.

Henry dio un paso hacia la cama. —Vamos a ver. ¿Sacáis el oro y lo volvéis a esconder?

—Sí. —Michelle sonrió de oreja a oreja. —Es más seguro.

—Y su padre le da a la botella. No sé cómo no les han matado ya para conseguir el oro.

—Porque no saben que lo tienen. Su apariencia de pobres les garantiza que les dejen en paz.

—¿Y si su padre en una borrachera se va de la lengua? ¡Le van a matar y se quedarán sin nada!

—Un momento.

Henry salió de la habitación y Michelle frunció el ceño mirando a su prima que parecía preocupada. —No pasará na. Padre no abrirá la boca porque si no sabe que me encabritaré.

Johanna se acercó a la cama. —¿No te das cuenta? Con lo que tenías en ese maletín podrías comprar tres casas como esta. —Michelle abrió los ojos como platos. —No puedes volver a recoger ese oro porque arriesgarás la vida. Papá lo solucionará.

Dos minutos después Henry entró en la habitación seguido de Edward

que con cara de aburrimento entró en la habitación. —¿Qué os había dicho?
Con ella no hay quien duerma.

—¿Es mi prima que ta inquieta! —Michelle sonrió radiante a Edward.

—No me extraña.

—¿No te dije que te cubrieras? —preguntó molesta al verle sin
camisa de nuevo.

—Al grano.

Henry le explicó la situación rápidamente y Michelle sonrió
asintiendo. Edward frunció el ceño y dio un paso hacia la cama. —¿Cuántos
maletines tienes escondidos?

—No tengo más maletas. Pero si los tuviera... —Entrecerró los ojos
mirando al vacío. —No sé. Muchos. Cuatro carros llenos de maletines.

Henry se golpeó la frente mientras Michelle realmente contenta
miraba los ojos negros de Edward. Era la primera vez que le hablaba
normalmente y se sintió especial. —Son muchos, ¿verda?

—Madre mía. Ni sabe la fortuna que tiene entre manos —dijo
exasperado girándose a Henry—. ¿Qué propones?

—No podemos dejar allí a su padre solo al cargo de todo ese oro. No
conoces a Martin, pero no es responsable —dijo delicadamente mirando a su
hija de reojo.

—Es un cafre. Diga tío. Si lo sé de sobra. Yo tampoco quería irme, pero me obligó. Dijo que mi marío se haría cargo de to.

—Y en la mina hay más, ¿verdad? —preguntó Johanna preocupada.

—Uff. Pero yo sola no puedo con to. Por eso necesito que tenga músculo como tu marío.

—Más bien necesitas que tenga cerebro —le soltó Edward exasperado.

—¿Perdón?

—¡Sesera, Michelle!

—Ah... —Volvió a sonreír negando con la cabeza. —No, los músculos me vienen mejor.

Edward gruñó antes de mirar a su tío. —¿Qué propones exactamente?
—Henry levantó ambas cejas. —¡Acabo de llegar!

—¡No puedo ir yo porque Martin me pegará un tiro en cuanto me vea la cara!

—¿Y a mí no me lo meterá?

—No. Si dices que eres el marido de su hija.

—Es una idea buenísima —dijo Johanna—. Papá eres un genio.

La puerta se abrió para mostrar a James que se cruzó de brazos

apoyando el hombro en el marco de la puerta. —¿Se puede saber que hacéis, Sherman?

—Planear sacar el oro de Michelle de su pueblo sin que se entere nadie —dijo Johanna emocionada.

—¿Cómo voy a sacar varios carros cargados de oro de una mina y que no se entere nadie? ¡Eso si no nos asaltan y nos matan a todos! —Fulminó a Michelle con la mirada como si todo fuera culpa suya. —¡En esa zona te matan por un vaso de whisky!

Michelle asintió. —A uno le mataron po sólo el vaso. Se le cayó al suelo y se rompió. El tabernero se cabreó y le metió un tiro entre ceja y ceja.

—¿Por un vaso? —preguntaron asombrados.

—Bueno por el vaso y porque se había acostao con la parienta y buscó una excusa.

Edward la miró como si no pudiera con ella, pero Michelle sonrió. No entendía por qué no se llevaba bien con él. Se llevaba bien con todos los hombres que conocía. Y muchos intentaron llevarla al catre. Pero él la miraba como si fuera una molestia. Bueno, ya cambiaría de opinión.

—¿Tenéis que decidirlo esta noche? —preguntó James acercándose —. Mejor lo meditamos con la almohada y mañana...

Ninguno de los Sherman le hizo caso y es que cuando se hablaba de

dinero perdían el norte y se centraban en el problema hasta conseguir lo que querían. Ya fuera una fábrica o en el caso de Johanna un marido. Viendo a los tres cavilar se sentó en la cama observándoles.

—¿Qué ocurre? —La voz de Rose Sherman con una de las niñas en brazos hizo que todos se volvieran.

—¿Le ocurre algo a Rose? —James se levantó para mirar a su hijita en el regazo de su suegra y al verla dormidita le acarició su cabello rubio.

Michelle apareció a su lado y sonrió. —Qué cosita tan bonita. ¿Pueo cogerla?

Rose sonrió. —Claro, niña. —La cogió con mucho cuidado. Sólo había cogido a un bebé en su vida y era el hijo que tuvo una prostituta. Se lo había dejado un minuto para que después se lo tendiera cuando ya se había subido al carro porque se iba de su pueblo. Sonrió a la niñita y se sentó en la cama dejando que su cabello rubio cubriera su mejilla al inclinar la cabeza para besarla en la frente. Levantó la vista sonriendo y se encontró con distintas expresiones. La mayoría la sonreían. Todos excepto Edward que la miraba como si estuviera cometiendo un delito. Ignorándole fue hasta Johanna. —Quiero un marío.

—Sí, prima. Eso ya lo has dejado claro. Pero no te preocupes que no tendrás que casarte cuando solucionemos lo del oro. Así podrás casarte por

amor.

Los ojos de Michelle brillaron. —¿Por amor?

James cogió por la cintura a su mujer. —Como tu prima. Se casó por amor.

Les miró a ambos y después a la niña. Se notaba que se amaban con locura y quiso lo mismo que tenía su prima. —Sí, sí. Por amor.

Edward entrecerró los ojos. —Mejor solucionamos lo del oro primero, para que tu cuenta bancaria ciegue al incauto que te pretenda.

—¡Edward!

Michelle entrecerró los ojos. —¿Acabas de decir que a mí no me querrá naide?

Johanna cogió a la niña de entre sus brazos y Michelle la miró a los ojos. —Ha dicho eso con palabras finas, ¿verda?

—Seguro que Edward no ha querido ofenderte —dijo Henry intentando mediar—. Sobre el oro...

—Uy, uy —dijo James cogiendo a su mujer y dando un paso atrás al ver la mirada de furia de Michelle.

—Michelle... —la advirtió Johanna.

—Repíte eso. —Puso los brazos en jarras mirando a Edward a los ojos. —Si te atreves.

Edward parecía muy divertido y puso los brazos en la misma posición que ella. —Acabo de decir que antes de buscarte marido, deberíamos arreglar el tema del oro para que tu cuenta bancaria le ciegue. Así no verá cómo eres en realidad.

—¿Y cómo soy?

—Edward... —Henry dio un paso atrás.

—¿Cómo eres? ¡Ahora hueles algo mejor, pero sigues siendo una ignorante y una mal educada que no sabe cuándo cerrar la boca para no pegar esos chillidos que me ponen de los nervios mientras piensas que cantas bien!

—¡Yo canto bien! ¡To el mundo me lo dice!

—¡Estarán sordos o tan borrachos que no saben ni lo que dicen! ¡Eso que sueltas por la boca son graznidos dignos de una foca! —le gritó a la cara—. ¡Eres la persona que menos se da por aludida del mundo! ¡Todo el pasaje del barco intentó insinuarte delicadamente queapestabas, pero tienes tan poca... sesera... que no te enterabas! —Michelle palideció y Johanna jadeó por el insulto, pero su primo no dio su brazo a torcer. —¡Eras inoportuna, mal educada y nunca sabías cuando molestabas! ¡Y ahora molestas, pero tu prima se siente en la obligación de ayudarte porque le das pena!

—¡Edward! —James se tensó. —¡Eso no es necesario! ¡Estás en mi casa y no tienes derecho a decir quien molesta o no!

Michelle apretó los labios y enderezó la espalda sin dejar de mirar sus ojos negros. —Bien...

Edward perdió todo el color de la cara al ver el dolor en sus ojos azules y Johanna le miró con furia. —Creo que puedes irte a tu habitación, primo.

Rose nerviosa cogió a la niña entre sus brazos para salir de allí a toda prisa.

—Cierto, es hora de que nos acostemos todos. —James estaba muy molesto y dio un paso hacia Michelle. —Siento que te acabe de decir esas cosas. Mi esposa está encantada de ayudarte y puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Michelle sintió que no era sincero del todo, pero no dejó de mirar a Edward a los ojos sabiendo que había dicho todo lo que pensaba y que sí había sido sincero. Era extraño. No les conocía en absoluto y le dolía que no la quisieran allí. Forzó una sonrisa confundiendo a Edward. —Encontraré a alguien que me quiera. Por mí y no por mi oro.

—Claro que sí —dijo Johanna aliviada—. James, ¿puedes llevarte a Edward a su habitación?

—Me lo llevaré yo —dijo Henry aún atónito—. Vamos Edward.

Muy tenso salió de la habitación sin desdecirse ni pedir disculpas.

Johanna estaba atónita con su comportamiento. Siempre era educado incluso hasta el exceso y aunque tenía mal carácter cuando se enfadaba, nunca le había visto ser cruel con nadie. Johanna miró a su marido. —Espérame en la habitación.

Su marido asintió antes de decirle a Michelle —Buenas noches.

—Buenas noches —susurró ella mirando al vacío.

Johanna y ella se quedaron solas. Michelle intentó disimular y fue hasta la cama metiéndose en ella en silencio. Se acercó preocupada y se sentó a su lado. —No le hagas caso. Está algo nervioso desde que llegó.

Michelle intentó sonreír, pero no pudo dándole vueltas a sus palabras una y otra vez. —No sabía que molestaba.

—Y no molestas, de verdad. —Le cogió una mano y se la apretó sonriendo. —Somos primas, ¿cómo vas a molestar?

—No digo aquí.

—¿Hablas del barco?

—Naide hablaba conmigo y to era tan nuevo... —Johanna intentó verlo todo a través de sus ojos y se imaginó que para ella ir en barco había sido toda una aventura. —Quería amigos, pero no me miraban bien. Me hablaban mal y si decía algo en la mesa no me contestaban. No sabía que olía mal. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y a Johanna se le rompió el corazón.

—Padre dice que me lavo demasiao.

No se quería imaginar cómo iba él. —Aquí nos aseamos más, eso es todo. Se arregla con agua y jabón. No es importante.

—Me ha llamao ignorante. Sé leer.

—No le hagas caso. No me gusta que sus palabras te afecten. Encontrarás un marido maravilloso que te amará por encima de todo.

Una lágrima cayó por su mejilla. —¿Tú crees, prima?

—Y no me gusta que llores. Quiero verte sonreír. Que nadie te quite esa preciosa sonrisa.

—Padre me dice que soy un rayito de alegría.

Johanna sonrió. —Y lo eres. Ahora a dormir, que mañana tienes que tener fuerzas para aprender a ser una dama con dinero. Y a pillar un buen marido.

—¿Cómo convenciste tú a James pa que te amara?

Su prima hizo una mueca. —Pues me costó un poco.

—¿De verdad? —Se pasó la mano por la mejilla.

—Te contaré nuestra historia algún día. Ahora a dormir.

—Buenas noches.

—Buenas noches, prima.

Salió de la habitación cerrando la puerta y Michelle miró el techo suspirando del disgusto. No pudo evitar que otra lágrima rodara por su sien y se la quitó furiosa. No entendía por qué era cruel con ella. Había intentado ser agradable con Edward desde el principio.

Cuando subió al barco, llevó ella misma el maletín y el banyo a su camarote. Se confundió y entró en el de al lado para ver a Edward sentado tras un escritorio con una pluma en la mano. Estaba en mangas de camisa y ella se mordió el labio inferior al ver el vello negro de su brazo pasando por su camisa blanca hasta llegar a su cuello. Estaba concentrado en algo y Michelle recorrió con su mirada su oreja pasando por su cabello negro. Cuando levantó la vista sus duros rasgos la fascinaron, pero sus ojos negros la volvieron a la realidad de golpe al ver que la miraban con desaprobación.

—¿Eres la criada de algún pasajero? —preguntó con autoridad levantándose.

A Michelle se le secó la boca al ver su estatura. Era tan alto como su padre y eso le gustó. Sin poder evitarlo sonrió. —Muchacha, ¿se te ha comido la lengua el gato o es que eres sorda?

Al acercarse arrugó su nariz y se detuvo en seco. —¿No serás un polizón? —Furioso la cogió por el brazo y tiró de ella hacia el pasillo gritando —¡Señor Lewis!

Un hombre vestido con traje negro y gorra, bajó las escaleras del final del pasillo acercándose a él. —¿Sí, señor Sherman?

—¡Esta mujer es un polizón!

—No, señor Sherman —dijo asombrado—. Tiene billete. Es la señorita Thackeray, camarote tres.

Edward la miró atónito de arriba abajo soltando su brazo como si tuviera la peste. Michelle sonrió alargando la mano. —Michelle. Encantá.

El moreno miró al hombre del traje como si quisiera matarlo. — ¡Dime que es una broma!

—Compró su billete en las oficinas, señor Sherman.

Sin entender qué ocurría dio un paso hacia ellos. —¿Quier ver mi billete? ¿Cómo los revisores del tren? Espere, que se lo enseño.

—¡No soy el revisor! —Furioso señaló el camarote de al lado. — ¡Aquel es su camarote!

Michelle sonrió. —Ta bien. —La observaron ir hacia él y abrir la puerta. Metió la cabeza como si esperara encontrarse a alguien y les miró. — Ta vacío.

—Son camarotes individuales, señorita Thackeray —dijo el señor Lewis—. Irá sola toda la travesía.

Ella se decepcionó. Sabía que el viaje podía durar varios días y sola se

iba a aburrir, pero aun así sonrió entrando en el camarote, dejando su bolsa bajo la cama y el banyo sobre el edredón de seda azul. Suspiró porque nunca había visto una colcha así y la acarició apenas con las yemas de los dedos.

—Ahí tiene el aguamanil para asearse antes de la cena —dijo el hombre moreno tras ella sobresaltándola—. Se cena en una hora. Zarparemos enseguida.

Michelle sonrió encantada porque quisiera hablar con ella y dio un paso hacia él. —Me llamo Michelle. Mi madre era francesa y pa me puso su nombre, ¿y tú cómo te llamas?

Él la miró como si fuera estiércol de caballo antes de salir de su camarote dando un portazo.

Michelle se dijo que el señor Sherman tenía un mal día, pero que seguro que en la cena se mostraba más agradable, pero no fue así. Se mostraba agradable con todos excepto con ella. Y no era cierto que no se aseara. Se había lavado las manos y la cara antes de cenar, pero él la miró mal desde que apareció en la puerta del comedor. De hecho, todos la miraron mal. Una señorita muy bien vestida de azul abrió los ojos como platos cuando se sentó frente a ella. —¿Es una broma? ¿Ahora cenamos con zarrapastrosas?

—Luise... —dijo un hombre sentado a su lado.

Michelle, que no entendía lo que había querido decir, no se dio por

aludida y sonrió al capitán que la miró con los ojos como platos desde la cabecera de la mesa.

Nadie se quiso sentar a su lado, así que Edward lo hizo a regañadientes. Ahora entendía la razón. Era el sobrino del dueño del barco y debía proteger su imagen. Ella había pensado que quería hacerlo. No podía ser más estúpida. Solo pensar en todas las veces que había intentado ser amable con él, le revolvía el estómago. Incluso había intentado cantar para él desde su camarote para que se sintiera encantado con su voz como los amigotes de su padre. Estúpida, estúpida, estúpida. Recordaba como el último día de travesía, desesperada porque le hiciera caso, había entrado en su camarote después del desayuno porque no había ido a desayunar y quería verle con la excusa de que jugaran al póker. Se había quedado de piedra cuando le vio de pie al lado de la cama donde la señorita Morris estaba dormida. Estaba totalmente desnudo y empezó a gritar que se largara de allí. La chica se sobresaltó sentándose en la cama y asustada dijo —¡Sácala de aquí antes de que me vea alguien, Edward!

Él sin cubrirse la cogió del brazo empujándola con fuerza fuera del camarote y ella susurró —Venía a preguntarte si querías jugar al póker.

La miró como si estuviera loca antes de cerrarle la puerta en las narices con fuerza.

Se pasó todo el día en cubierta sentada en un barril mirando el

horizonte muy triste porque le gustara esa estúpida de Luise Morris que solo sabía hablar de vestidos y bailes. Se jactaba de que una vizcondesa la había invitado a pasar una temporada en su casa y que irían a fiestas y al teatro. Su padre estaba harto de ella y le decía continuamente que cerrara el pico. El padre de Michelle puede que fuera un bruto y un borracho, pero jamás le había ordenado que se callara porque decía que su opinión era la única que le importaba del mundo. Tumbada en la cama cerró los ojos intentando contener las lágrimas porque echaba muchísimo de menos a su padre. No tenía que haberle dejado solo para ir a la casa de unas personas que no la querían allí. Pero si volvía a casa sin marido Martin Thackeray le tiraría de las orejas por no hacerle caso. Sonrió con tristeza por los gritos que le metería y pensó en lo que le diría si se enteraba de que estaba llorando por ese estirado. —Michi, que te bese el trasero. —Sonrió sin poder evitarlo y abrazó su almohada. ¿Él no la quería? Le daba igual. Encontraría a un hombre que la amara como James quería a su prima. Lo encontraría.

Capítulo 3

En cuanto amaneció abrió los ojos como de costumbre. No había dormido mucho, pero estaba acostumbrada a levantarse temprano. Como no tenía la ropa que su prima le había dicho que se tenía que poner, se puso una bata que Betsy había dejado allí. Había visto que su tía y su prima se la ponían, así que ella también. Salió de la habitación y miró al fondo. A la habitación de Edward. Entrecerró los ojos con ganas de vengarse. Ya pensaría en algo. Caminó hacia la escalera y vio que no había nadie. ¿Es que allí no se levantaban temprano? Escuchó un gorgoteo y miró hacia la habitación de la niña. Sonrió caminando de puntillas hacia allí para ver a la niñera con la niña en brazos.

—Buenos días, señorita. Se ha levantado temprano.

—Buenos días —dijo fascinada acercándose—. ¿Le van a dar de comer?

—Lady Rose ya ha comido, señorita. —Se apartó para dejar ver a la otra niña en brazos de una mujer que le daba el pecho.

—¡Son dos! —Emocionada juntó las manos. —Qué bonitas.

—Lady Elizabeth está al terminar. —El ama de cría sonrió. —¿Quiere cogerla? Milady ha terminado.

—Sí, por favo. —Se acercó a toda prisa y el ama de cría se la puso en brazos.

—Incorpórela un poco para que eructe.

Ella lo hizo posando su cabeza sobre su hombro. —Perfecto. Lo hace perfecto. Parece hija suya, ¿verdad? Las dos tan rubias.

Michelle acarició la espalda de Elizabeth que suspiró de gusto. —Me encantaría que fuera mía. No debe haber na mejor que traer un bebé al mundo.

—No, no lo hay —dijo el ama cubriéndose el pecho.

Entró otra mujer que asintió después de mirar alrededor antes de decir —Cambio de sábanas y aseo.

—Sí, señora Smith —dijo la niñera poniéndose seria.

Cuando la mujer salió Michelle la miró extrañada. —¿Quién es?

—La niñera principal, señorita.

—¿Y usted?

—La segunda niñera.

—¿Cuántas niñeras tien? —No salía de su asombro.

—Tres niñeras día y noche y dos amas de cría —dijo empezando a cambiar las sábanas de las hermosas cunas con doseles de hilo blanco—. Es lo mínimo para dos bebés.

—¿De verdad?

—La condesa tiene compromisos y no puede cuidar a los bebés continuamente. La nobleza tiene amas de cría para que sus bebés estén sanos y fuertes. La niñera de noche es imprescindible para que la condesa duerma y dos niñeras de día.

Pensándolo así. Michelle sonrió. —Si necesitan ayuda, yo pueo ayudar.

—No es necesario, señorita. Puede visitar a las niñas cuando la señorita quiera.

—Lo haré.

Vio que una de ellas cogía un pañal de hilo para lavar y entrecerró los ojos al ver que estaba manchado de marrón. —Pera... —Dejó a la niña en su cuna acercándose a ella. —¿Me lo dejas un momento?

—¿El pañal?

—Sí. —Maliciosa lo cogió de sus manos. —Voy a hacer un regalo.

Asombrada vio que salía de la habitación y sacó la cabeza para ver como caminaba de puntillas hasta el final del pasillo. Michelle abrió la puerta lentamente para ver a través de la rendija la cama donde Edward estaba dormido. Se acercó a la cama abriendo el pañal y cogiendo su peine que estaba sobre la cómoda. Pasó el peine por la caquita de la niña y se lo pasó por el cabello muy lentamente. Edward gruñó frunciendo su nariz y se volvió murmurando —No se lava. —Michelle entrecerró los ojos y cogió más cantidad pegándosela en el hombro. Él de costado pasó su otra mano por el hombro extendiéndosela y Michelle reprimió la risa cuando se pasó la mano por la cara como si quisiera apartar el olor. Casi se muere cuando le quedaron restos en el labio inferior y se pasó la lengua poniendo cara de asco.

Al darse cuenta de que se iba a despertar, corrió de puntillas hacia la puerta y se quedó mirando a través de la rendija, cortándosele el aliento cuando susurró —Michelle. —¡Estaba soñando con ella! —Lávate.

Ella gruñó por dentro y cerró la puerta para volver hasta la niñera. Con una sonrisa de oreja a oreja le dijo —Gracias.

—De nada, señorita —respondió atónita antes de verla ir hacia las escaleras contenta como unas pascuas.

No había llegado abajo cuando escuchó sus gritos. —¿Pero qué...?

¡Michelle! —Ella yendo hacia el comedor sonrió como cuando encontró el filón en la mina. —Será posible! ¡Estás loca!; Chiflada paleta! ¡Esta me las vas a pagar!

Se encontró con el mayordomo, que la miró de arriba abajo antes de decir —Señorita...

—Thackeray.

—Thackeray. ¿Y su ropa?

—No tengo —dijo con los ojos como platos—. Esa bruja de Betsy me ha decío que me la iba a quemar. ¿Pues creerlo? ¡Si la falda so tenía tres años!

George reprimió una sonrisa. —Betsy tiene mucho juicio, señorita Thackeray. Debería esperar en su habitación a que Betsy le llevara la ropa.

—Es que... —Se acercó más a él. —Tengo hambre. ¿Se pue comer algo?

—Sí, se puede comer algo —enfaticó él—. Pero no en bata a no ser que lo haga en su habitación.

Michelle entrecerró los ojos. —¿Es una lección? Mi prima ha dicho que tengo que aprender.

—Y entre todos la ayudaremos gustosos.

Ella sonrió radiante. —Muy bien. Subiré pa esperar a la bruja.

—Haré que le lleven una bandeja, señorita.

—Gracias....

—George, me llamo George.

Edward apareció furioso en lo alto de la escalera, únicamente con los pantalones puestos y su torso todo mojado. Su cabello estaba también mojado, pero ella solo se fijó en sus ojos negros. Quería matarla. Sonrió al lado de George y frunció su naricilla. —¿Hueles eso, George?

—¡Estás loca! —gritó Edward furioso.

—Señor Sherman, ¿y su ropa?

Él ignoró al mayordomo para bajar las escaleras sin perderla de vista. —¡Por un segundo ayer por la noche me arrepentí de mis palabras, pero te aseguro que hoy se me ha olvidado ese arrepentimiento!

Michelle se tensó y puso los brazos en jarras levantando la barbilla. —¿No huele eso George? E un tufillo a boñiga de vaca.

George frunció el ceño. —Pues la verdad es que sí huele. Qué...

—Te voy a ...

Michelle chilló al ver que corría hacia ella y rodeó a George. Rose, Henry, Johanna y James llegaron a la barandilla del piso de arriba para ver cómo casi agarraba su bata al rodear al mayordomo mientras gritaba que se iba a enterar. Michelle entró en el salón y se puso tras el sofá. —Asno —le

insultó retándole con la mirada—. Hueles a culo de asno.

Eso sacó a Edward de sus casillas que gritó saltando encima del sofá. Michelle lo rodeó y saltó sobre el sofá de enfrente antes de salir corriendo del salón escaleras arriba. Vio a su familia mirándola atónita. Todos menos Johanna que sonreía divertida. —Buenos días.

—¡Michelle! —Edward subía los escalones de dos en dos y Michelle chilló corriendo hasta su habitación y cerrando con llave. —¡Michelle, abre la puerta!

—¡Púdrete cabrón!

Alguien carraspeó al otro lado mientras la puerta se movía. —Primo, ¿a qué hueles?

Michelle se echó a reír a carcajadas y la puerta se movió con más fuerza. —¡Esa loca! ¡Le voy a dar una tunda que no se levantará de la cama en una semana!

—Cualquiera diría que tienes ganas de ponerle la mano encima, sobrino —dijo Henry malicioso—. Y no me extraña nada porque es una muchacha muy bella.

A Michelle se le cortó el aliento. ¿Ella bella? Con interés se acercó a la puerta para escuchar.

—¿Bella? ¿Esa bruta sin educación? —dijo Edward con rabia—.

¡Antes elegiría una prostituta desdentada del puerto!

Entrecerró los ojos mientras Johanna y Rose jadeaban indignadas. Michelle giró la llave abriendo la puerta rápidamente y le arreó un puñetazo en toda la nariz pillándole por sorpresa antes de cerrar de nuevo.

—¡La madre que te parió! —gritó él al otro lado.

También escuchó unas risitas y a James decir —Cielo, tiene tu misma sangre, de eso no hay duda.

—Hijo, déjalo ya. Sabes cómo son las mujeres de nuestra familia.

—Esta me las va a pagar.

Michelle sonrió de oreja a oreja. —¿Qué te ocurre, imbécil? ¡Hablas raro! ¿Te he partío la napia? ¿Ahora ya no eres tan guapetón?

—¡Espera que te pille!

—Cómo pega —dijo Henry con admiración—. ¿La has visto? Es rápida. Ni la vio venir.

Johanna se echó a reír a carcajadas. —Michelle, tienes que darme lecciones.

—¡Muy gracias! —gruñó Edward antes de gritar—. ¡En algún momento tendrás que salir de ahí!

—Vamos, vamos. Comportate como un caballero y admite tu derrota —dijo la tía Rose divertida—. ¿Creías que no se iba a vengar después de tus

palabras de ayer? Date con un canto en los dientes porque no te ha quemado la habitación. Johanna lo habría hecho.

—Cierto —dijo James divertido.

—¡Ahora os ponéis de su parte! ¡Pero ya la conoceréis! ¡Yo tuve días para ver su personalidad, vosotros sólo unas horas! ¡Dentro de una semana estaréis tan espantados como yo!

—Eso no va a ocurrir porque Michelle va a aprender a ser una dama —dijo Johanna convencida.

—¡Dama! ¡Esa a lo único que puede aspirar es a ser la amante de un tabernero!

Michelle jadeó apretando los puños con ganas de matarle.

—Cuando nosotras terminemos con ella, será la esposa de un duque si ella quiere —dijo Rose enfadándose con su sobrino—. ¡Yo aprendí!

—¡Pues mucha suerte! ¡Pero creo que ese duque estará ciego y sordo o que tendrá unas deudas enormes para aceptar tal esperpento! ¡Ahora me voy a trabajar, que para eso he venido aquí!

—¡Estás equivocado! —gritó Johanna—. ¡Y te lo voy a demostrar!

—¿Una apuesta?

Michelle abrió los ojos como platos escuchando a su prima —¡Hecho!

—Si recibe una propuesta de matrimonio de algo más de un conde

que no tenga deudas...

—Me regalarás tu barco.

—Te regalaré el Amanecer.

—Y si yo pierdo... James, ¿qué apostamos?

—Ah, ¿pero puedo opinar? —preguntó divertido—. Si mi esposa, que siempre consigue lo que quiere, no consigue que un conde como mínimo se enamore de su prima pidiéndole matrimonio, te daremos la fábrica de telas que acabo de comprar.

—Mi amor... eres el mejor —dijo emocionada su prima.

Michelle se mordió el labio inferior. No podía dejar que su primo político perdiera su fábrica por su culpa. Las apuestas eran algo muy serio como para tomarlo a la ligera. Tenían mucha confianza en ella.

—James, esa fábrica cuesta mucho más que el Amanecer —dijo Henry divertido.

—Da igual. Si Johanna cree que es posible, apoyo a mi esposa.

—Me haces muy feliz —dijo melosa. Michelle escuchó un beso y abrió la puerta para ver cómo se besaban con pasión.

Sus padres sonreían encantados mientras que Edward con la nariz enrojecida la miró con odio. —Lo tengo tan fácil que me dais pena. Pero al menos os tendréis el uno al otro mientras disfruto de los beneficios de vuestra

fábrica.

Michelle levantó la barbilla. —¡Vete buscándote otro barco, imbécil!

Él apretó los puños como si la estuviera estrangulando antes de volverse furioso y recorrer el pasillo para cerrar de un portazo.

Indecisa miró a su prima y ella hizo un gesto con la mano para que no le diera importancia. —No te sientas presionada con esto. Tú a tu ritmo. No ha dicho límite de tiempo. —Sonrió maliciosa y Michelle se echó a reír aliviada.

Rose carraspeó mirándola fijamente y enderezó la espalda. —Hay mucho trabajo, niñas. Los Sherman no perdemos jamás.

—Cierto, querida. —Henry besó a su mujer en la mejilla. —Y si tú te empeñas su esposo será conde. Voy a cambiarme. Como dice mi responsable y estirado sobrino, hay que trabajar.

Betsy llegó con cara de sueño y varios vestidos en las manos. Michelle la miró emocionada. —¿Son para mí?

—Son mis vestidos de antes de quedarme en estado —dijo Johanna—. Espero que tú los puedas disfrutar más que yo. Los vestidos de baile casi no se han usado. Nadie se dará cuenta. Aunque todavía no asistiremos a bailes hasta que estés preparada.

—Os dejo. —James le guiñó un ojo a Michelle. —Seguro que

tardaréis una hora en bajar a desayunar.

—¿Una hora? —Betsy entró en la habitación y Rose la siguió al igual que Johanna. —¡Tengo hambre!

Ignorándola se pusieron a hablar mientras Rose revisaba los vestidos ahora encima de la cama. Varias doncellas entraron con más cosas. Entre ellas sombreros, sombrillas, zapatos y una doncella con cosas de aseo. Al mirar a su lado vio a George que llevaba una bandeja en la mano. Alargó una mano y recibió un manotazo antes de poder coger un bollo. —Señorita Thackeray. La comida no se come con las manos.

Betsy le cogió la bandeja sonriendo al mayordomo con cariño en la mirada. —Entre señorita. Ya le diré yo como aprendí a comer con cubiertos.

—¿Tú también aprendiste?

—Me crie en el puerto de Boston.

—Y se ha convertido en la primera doncella de una Condesa nada menos —dijo George orgulloso. Inclino la cabeza antes de alejarse mientras Betsy suspiraba.

Michelle se acercó a ella y susurró —¿Es tu hombre?

Betsy se sonrojó y soltó una risita. —Lo será.

—Qué suerte ties.

—Lo sé.

—¿Crees que encontraré uno com él?

La doncella vio en sus ojos el miedo por no poder conseguirlo y sintió rabia de que una mujer tan hermosa como ella no pensara que tuviera posibilidades. Sin poder evitarlo miró con inquina la puerta del primo de su señora y pensó en las peleas que Johanna había tenido con el Conde de recién casados. Casi tan apasionadas como las que tenían la americana y el señor Sherman. Sonrió de oreja a oreja y Michelle suspiró del alivio. —Creo que no tendrá ningún problema, señorita. De hecho, puede que incluso tenga a su esposo más cerca de lo que cree. Ahora a desayunar para rellenar esos vestidos porque está muy flaca.

Michelle se miró los pechos. —¡Pero si tengo unas tetas enormes!

Un carraspeo al final del pasillo las hizo mirar hacia allí y Edward sonrió satisfecho vestido ya con un traje marrón con los cuellos de la chaqueta de ante negro. Hizo una burlesca reverencia. —Toda una dama.

Betsy gruñó haciéndole un gesto con la cabeza para que entrara en la habitación. Michelle cogió un bollo y se lo tiró a Edward en la cabeza cuando bajaba por las escaleras. Se volvió para mirarla con rencor y ella le hizo un corte de manga antes de entrar en su habitación cerrando la puerta. Las tres mujeres la miraban con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados. —Ha sio él.

Desayunar fue todo un logro porque no hacían más que corregirla sentada en el tocador. Coge la taza por aquí. Usa el tenedor y el cuchillo. No hagas ruido con la cucharilla. Siéntate recta. Nunca comas con la boca abierta. No sorbas el té... Fue una tortura. Se le quitó el apetito a la mitad, pero siguió todas sus instrucciones.

Después Betsy le llevó otra bañera y no se podía creer que tuviera que bañarse de nuevo. La dejó en remojo y le dijo que iría a vestir a su señora y que no debía moverse de allí hasta que ella llegara. Sonrojada la vio salir de la habitación y después de un rato se miró los dedos arrugados. El agua empezaba a enfriar y se aburría. Para entretenerse se enjabonó una y otra vez. Ese charrán no podría decir que no se lavaba. Cuando llegó la doncella había gastado la pastilla de jabón en lavarse cada milímetro de su cuerpo, pero la doncella no se quedó tranquila. Así que cogió un cepillo metiendo las manos en el agua y cogiéndole una pierna por el tobillo. —Vamos allá. Seguro que la roña ya se ha ablandado.

Chilló cuando empezó a frotarla con el cepillo con fuerza hasta que su piel empezó a brillar, pero Betsy no se echaba atrás por mucho que protestara. Y tenía fuerza la muchacha. Una doncella entró en la habitación cuando le estaba frotando la cabeza una y otra vez. Incluso le cepilló el

cabello con jabón dándole unos tirones terribles. Reprimió sus quejas todo lo posible y se quedó helada cuando vio que la doncella empezaba a embadurnarle el cabello con una grasa.

—¿Qué es eso?

—Grasa de cerdo. Es buenísimo para que su cabello brille. Ya verá el resultado. —Le ataron el cabello con la grasa en lo alto de la cabeza y la sacaron de la bañera frotándola entre las dos con fuerza. —Muy bien. Tumbese en la cama boca abajo. Cuidado con la cabeza.

—Sí, Betsy.

Se tumbó como ellas le indicaron y tembló cuando empezaron a embadurnar su cuerpo con una crema que olía maravillosamente. —Huele a lilas.

—Debe echársela para que su piel esté suave, señorita —dijo la doncella untándosela en la espalda.

—Y cuando esté en estado, debe hacerlo todos los días porque la piel se rompe. ¿Entendido? —preguntó Betsy muy seria—. Ya instruiré yo a su doncella.

—Yo no tendré doncella, Betsy. En la mina no a necesito. —Abrió los ojos como platos cuando la doncella empezó a extender la crema por las nalgas amasándolas con fuerza. —¡Eh!

—No proteste. Lo hacemos por su bien.

Cuando llegaron a sus pies jadearon. —Trae la lima, Lucy. Esos talones podrían lijar la madera del suelo.

—Sí, enseguida.

—¿Qué tengo en los pies?

—Mucha mierda, señorita. —Se sonrojó intensamente. —Pero aprenderá a cuidarse como todo lo demás.

—No sabía esto cuando salí de casa. Tenía que haberme casado con John y asunto arreglado.

—¿John?

—Es el hijo de nuestro vecino. John Malcom. Es muy trabajador.

—¿Y por qué no se casó con él?

—Le da a la botella y me tiene miedo.

Betsy reprimió la risa. —¿Le tiene miedo?

—Con ocho años le tiré una piedra y le saqué un ojo. —Betsy abrió los ojos como platos sin dejar de extender la crema. —Quería robarme la batea y padre no estaba.

—Entonces es un ladrón y le dio una lección.

Michelle lo pensó. —Sí.

—Ese hombre no la merece, señorita. Aquí encontrará uno mejor. —
La puerta se abrió y ninguna miró ensimismadas en la conversación. —¿Y es
guapo ese John? ¿Aun sin el ojo?

Michelle se sonrojó. —Sí. E mu guapo. Pero no me habla. El cura
dice que e un buen muchacho que solo necesita una buena mujer que le meta
en cintura. Intentó casarnos una vez, pero John taba borracho y...

—¿No lo entendió?

—No. Y no lo volví a intentar. Si no me quiere e que no me quiere —
susurró dolida apoyando la barbilla sobre las manos.

—¡Señor Sherman! —gritó Lucy desde la entrada.

Miraron hacia la puerta y vieron a Edward observándola con los ojos
entrecerrados. Betsy jadeó. —¡Salga de aquí! ¡La señorita no está visible!

Ignorándolas se acercó a la cama y le mostró un plano. —¿Dónde está
la mina?

Parpadeó apoyándose sobre los codos mientras Betsy miraba a su
alrededor buscando con qué cubrirla. Lucy tiró encima de su cuerpo la bata,
pero era tan fina que con la crema enseñó enseguida el contorno de su cuerpo
al pegarse a la tela.

Sonrojada porque la viera en cueros recordó el día que le había visto a
él y como Edward no le había dado importancia ella tampoco. Miró el mapa y

vio Soldhill en el mapa. —Mi casa ta cerca de este pueblo.

—Eso ya lo sé por tu tía. Ahí te enviaba las cartas. ¿Dónde está la mina?

—Está al norte, pero aquí no sé decirte.

—¿Cuánto hay que ir al norte?

—Medio día a caballo.

—¿Y después?

—Cruzas el río y vas hacia la colina.

—¿Solo hay una colina? —preguntó irónico. Parecía aun enfadado y ella le miró a los ojos.

—Pues no. ¡Pero yo hablo de la mía!

—¡La tuya!

—Claro. ¡Lleva mi nombre!

—¿Se llama Michelle?

—¡E la colina Thackeray! ¡Lo sabe to el mundo! —Se incorporó más sin darse cuenta de que mostraba el inicio de sus pezones y él miró sus pechos tensándose en el acto.

—¡Señor Sherman! ¡Esto es indecente! —Betsy puso las manos en las caderas. —¿No puede esperar a que esté lista?

—¡No estará lista en la vida! —Le mostró otra vez el mapa. —¡El sitio! ¡Estruja un poco esa minúscula sesera que tienes, ya que es tu dinero el que voy a rescatar!

Dolida volvió a mirar el mapa y vio el río señalado en el mapa. Se mordió el labio inferior porque no sabía qué decirle. Las distancias en el mapa eran difíciles de calcular.

—¡Oh, por Dios! —Exasperado se dio la vuelta saliendo de la habitación dando un portazo.

Las doncellas se miraron y Betsy cogió la lima de las manos de Lucy. —Déjanos solas.

—Sí, Betsy.

Le quitó la bata de encima y la tiró en la bañera para intentar recuperarla, aunque con la grasa seguro que se había estropeado. Se acercó a sus pies en silencio y pudo sentir como su chica estaba triste por cómo la había tratado el señor Sherman.

—¿Sabe? El señor Sherman encontrará su oro. —Ella se encogió de hombros como si le diera igual. —Es muy eficiente en su trabajo. Pero algo áspero con las mujeres. Está acostumbrado a tratar a Lady Johanna y no es una dama como las demás.

—¿Ah, no?

—No, mi señora es muy especial. Tiene carácter y el señor se ha criado con ella. No es una delicada florecilla y supongo que se casará con una mujer igual. El señor Edward se casará con una mujer fuerte, eso seguro.

Michelle pensó que daba igual, porque a ella la despreciaba totalmente. Daba igual que tuviera carácter o no. La había odiado desde el principio. Puede que hubiera querido llamar su atención en el barco, pero estaba claro que ni la miraría dos veces si no fuera porque era la prima de Johanna.

Betsy se mordió el labio inferior al ver que no contestaba nada. Pero no se dio por vencida. —¿Qué le parece el señor Edward?

—¿Qué me parece? Le odio —dijo con orgullo—. Me trata mal.

—Odiar es un sentimiento muy fuerte.

—Pues le odio. —Empecinada protestó —¿Cuánto más tengo que tar así?

Betsy reprimió una sonrisa al percibir su rabia. —Enseguida le doy la vuelta. —Gruñó apoyando la barbilla sobre las manos de nuevo. —A mí me parece muy atractivo. Es un hombre muy apuesto.

—Sí.

—Tiene unos ojos muy bonitos y una sonrisa arrebatadora.

—A mí no me ha sonreído nunca, así que no sé —dijo molesta.

—Pues es una pena. Que eso no le quite la sonrisa a usted.

La miró sorprendida sobre su hombro. —¡Me da igual lo que piense de mí ese charrán!

—Bien dicho. Bien, ahora levántese que voy a echarle crema por delante.

Para su sorpresa después de untarle todo el cuerpo y estar de pie una hora con la crema puesta le llevaron otra bañera para meterla de nuevo. Casi grita de la frustración, pero afortunadamente la sacaron enseguida después de quitarle la grasa y la empezaron a vestir. Las medias la fascinaron y Betsy disfrutó viéndola tocar las delicadas piezas de la ropa interior como si temiera romperlas. Cuando le mandó sujetar el corsé ella lo hizo pegándose al vientre mirando las delicadas florecillas que tenía bordadas sobre la seda beige. —¿Qué es esto? ¿Lo que llevan las putas?

—¿Y cómo sabe que lo llevan?

—Pos que las veo en la puerta de la cantina. Llevan esto, pero sin nada debajo como yo.

—¿No me diga? —Betsy parpadeó asombrada metiendo las cintas por los orificios a su espalda. —¿Y salen así a la calle?

—A la calle no. A la puerta de la cantina.

—Pues aquí se pone por dentro del vestido.

—¿Pa qué?

—Ya lo verá. Sujétese al poste, señorita. —Michelle lo hizo y jadeó cuando aquella cosa se cerró cortándole el aliento. —Espere que aún queda. —Volvió a tirar con fuerza y notó como su cintura se reducía. —Ya.

Cuando terminó de atárselo a la espalda, se volvió para mirarse al espejo del tocador acariciándose la cintura. —Está muy pequeña.

—Tiene la cintura más fina que conozco —dijo Betsy emocionada—. Espero que los vestidos no le queden muy sueltos ahí. Sino tendremos que ajustarlos. Ya verá cuando la vea la condesa. La tiene casi como ella antes de dar a luz, pero más pequeña. Se va a morir de la envidia.

—Suéltalo entonces.

Betsy vio que estaba preocupada y sonrió. —No se preocupe. Lady Johanna nunca sentiría envidia por eso. Se alegraría, de verdad. Era un decir.

—Pero...

—No se preocupe. Es tan buena persona que eso no será problema. Además, es muy generosa.

—Sí, estos vestios han debido costar una fortuna.

—Eso ya no debe importarle. Es rica. Debe aprender a vivir como tal.

—Pero en la mina no los voy a usar y...

—No volverá a la mina.

—Claro que sí. Tengo que volver por padre.

—No, no volverá. El señor Sherman y su tío se encargarán de usted y...

Para su sorpresa vio que iba hacia la puerta en ropa interior. — ¡Señorita! ¡No puede salir así!

Michelle enfadada y preocupada a partes iguales ya bajaba las escaleras entrando en el salón donde Johanna tenía a una de sus hijas en brazos. — ¡Michelle, estás en ropa interior! ¡Sube a vestirme de inmediato!

Ignorándola miró a su alrededor viendo que su tía Rose se levantaba mostrando un vestido de un verde imposible, pero ella ni se dio cuenta volviéndose para encontrarse con George que intentaba no mirarla. — Señorita, no va vestida.

—¿Dónde ta mi tío?

—En el despacho, pero....

Caminó hacia donde miraba y abrió la puerta de golpe dejando a los caballeros que había dentro con la boca abierta.

Michelle entró en el despacho con los brazos en jarras. — ¡Tengo que volver! ¡Padre me echará en falta!

Henry atónito se levantó de detrás del escritorio donde Edward le estaba mostrando algo. El duque carraspeó al igual que el marido de Johanna.

—Querida, se te ha olvidado el vestido —dijo su tío mientras que Edward se tensaba con fuerza tras él.

—¡Si voy tapá! —Dio un paso hacia ellos. —Padre...

—¡Michelle! ¡Vuelve arriba! ¡Estás indecente!

Parpadeó asombrada cuando hacía poco la había visto como Dios la había enviado al mundo. Ignorándole miró a su tío que como todos los demás, menos Edward, intentaban no mirarla. —¡Mi padre espera! ¡Tengo que volver!

—Edward se encargará de todo, pequeña. No debes preocuparte más de ese tema. Mi sobrino encontrará la solución.

—¡Michelle! ¡Sal ahora mismo!

Betsy la cubrió con una bata. —Señorita acompáñeme.

Sin entender nada les miró como si fueran ellos los extraños. —¿Qué ocurre?

James carraspeó. —Que la ropa interior de una señorita, sólo puede verla su esposo o su doncella, Michelle.

Se sonrojó intensamente. —¿Y cuándo no la llevaba?

Varios carraspearon. —¡Eso no es decente! —gritó Edward exasperado acercándose a ella y cogiéndola del brazo para sacarla a empujones hasta el hall—. ¡Sube a tu habitación a vestirte!

—Pero si ya me has visto el trasero. ¿Qué te pasa?

Muy interesados en la conversación todos estiraron los cuellos para verlos ante la puerta. —¡No tengo la culpa de que vayas enseñándolo por ahí! ¡Betsy, llévatela de una vez!

Betsy entrecerró los ojos. —No protestaba tanto cuando la vio desnuda hace unos minutos, señor Edward —dijo con mala leche haciendo que los que estaban detrás dejaran caer las mandíbulas del asombro—. ¡Es más! ¡Bien que miraba!

Edward se tensó. —Siempre has tenido la lengua muy larga.

—¿No me diga?

—Michelle —dijo su prima acercándose mirando fijamente a su primo—. Arriba.

—Sí, Johanna.

Corrió hacia la escalera mientras su doncella la seguía. Vio de reojo que Johanna indicaba a Edward que entrara en el despacho y entró detrás cerrando la puerta.

—Se la ha ganado —dijo Betsy satisfecha—. Ahora le va a poner las orejas rojas.

—¿Sí? ¿Po qué?

—¡Porque lo que él hizo antes no era decente! ¡Como lo que usted ha

hecho ahora! Sin bata no puede salir de la habitación.

—Está bien, Betsy.

Capítulo 4

Los cuatro observaban a Edward, que muy tenso se acercó a la mesa.

—Sobre la mina...

—¿Edward? —El tono de su prima no indicaba nada bueno.

—¿Si, querida?

—¿La has visto desnuda?

—Entré en su habitación y estaba tumbada sobre la cama. —Se encogió de hombros sin darle importancia. —Sobre la mina...

—¡No puedes entrar en su habitación cuando te dé la gana! —gritó Henry escandalizado.

—¡Ella lo hizo esta mañana! ¡No sabía que estaba desnuda! Y te aseguro que no me lo esperaba.

—¿Qué no te esperabas, amigo? —preguntó el Duque sonriendo

abiertamente—. ¿Verla sin ropa cuando toda la casa sabe que la están acicalando? ¿O ver que es tan hermosa que quita el aliento?

Edward se tensó con fuerza. —No se pase, Duque. Por muy amigo de mi prima que sea, no cruce el límite.

—¿Qué límite? —James se lo estaba pasando en grande mientras Johanna miraba a su primo con los ojos como platos.

—¡Es familia de mi prima y por lo tanto es familia! ¡Más respeto!

—¡Si solo he dicho que es hermosa!

—Alex... —Henry se sentó detrás del escritorio mirando a su sobrino. —El duque no la ha ofendido. Es más, si alguien la ha ofendido en esta casa ese has sido tú.

—¡Sólo he dicho la verdad!

—¿Y como eres de la familia, te crees en tu derecho? —preguntó Johanna irónica.

—¡Exacto! ¡La familia está para ello!

—Es increíble lo que puede hacer algo de aseo —dijo James a punto de reírse—. ¿Habéis visto su cabello? Por la mañana era impresionante, pero ahora parece seda.

Johanna sonrió. —Betsy es la mejor doncella que se puede tener.

—Es de la familia. Por supuesto que es hermosa —dijo Henry

orgullosa antes de añadir con malicia —¿Conde? ¡Ja! ¡Un duque va a conseguir mi sobrina! —Señaló a su hija. —Dile a tu madre que saque la lista de candidatas de cuando te presentaste en sociedad. Veremos qué queda.

—Sí, padre.

Edward estaba tan tenso que parecía a punto de quebrar la mandíbula.

—No le costará encontrar un candidato —dijo James levantándose para servirse una copa de brandy—. De hecho... Alex, ¿no conoces a solteros que quieran casarse con una hermosa mujer que está cubierta de oro?

—A patadas.

James bebió de su copa mirando a Edward. —Parece que la apuesta se te está complicando, amigo.

Para sorpresa de todos él sonrió. —Todavía no habéis visto nada. El numerito que acaba de pasar, no es nada. Es una cajita llena de sorpresas.

Johanna entrecerró los ojos. —¿Quieres subir la apuesta?

—Preciosa...

—¿No confías en mi criterio? —preguntó mirando con desconfianza a su esposo.

—No empieces, Jo. Está perdido. No quiero arruinarle.

El Duque se echó a reír a carcajadas al ver la sonrisa de su amiga. —Sherman dese por vencido. Si Lady Johanna quiere algo, lo va a conseguir.

Lo sabe de sobra porque es de la familia.

Edward no perdió la sonrisa. —En cuanto abra la boca, todos saldrán despavoridos. Eso si no saca el revólver y les pega un tiro. No conocéis su carácter.

—Parece que en esos días de travesía la has conocido muy bien, sobrino.

—¡Me seguía por todo el barco! ¡No es culpa mía! ¡Te aseguro que no tenía ningún interés en ella, si eso es lo que insinúas!

Johanna apretó los puños. —¡Serás idiota! ¡No tenía amigos! ¡Estaba sola en un barco donde la rechazaban todos! ¡En lugar de ayudarla a no hacer el ridículo, te comportaste como un estúpido! ¡Me has decepcionado!

Miró asombrado a su prima salir del despacho dando un portazo. — Ahora sí que la has hecho buena —dijo James casi sintiendo pena por su nuevo primo—. Jo no se va a dar por vencida.

Henry miró al Duque. —Pues cuando llegue la duquesa...

—Está fuera de combate hasta que se le pasen las náuseas matutinas. Pero por la tarde aquí la tendréis con tu madre dispuestas a ayudar.

Edward gruñó yendo a por una copa de coñac y se la bebió de golpe mientras los demás le observaban. —¿Hablamos de los planes para la jodida mina?

Henry entrecerró los ojos mirándole fijamente. —Tendrás que ir y convencer a Martin para que te dé el oro.

—Necesitareis al ejército para sacarlo de allí —añadió James—. En cuanto se corra el rumor de que un cargamento de oro va hacia el este...

—¡Nos matarán a todos! —Edward se pasó una mano por su cabello negro.

—No podréis ingresar en el banco una cantidad así y menos en una sucursal. Hay que llevarlo hasta una gran ciudad y tasarlo. Una fortuna de ese calibre... —Alex miró preocupado a Henry. —Es un problema.

—Lo sé. Y lo más sorprendente es que no saben ni lo que tienen entre manos. Además, en la mina hay más.

—Habrá que poner seguridad y contratar gente que la explote. Alguien responsable que no se deje intimidar —añadió el Duque—. Yo tengo una mina aquí y solo tengo problemas. Cuando no intentan robarte los de fuera, lo intentan los de dentro.

Edward pensando en ello se sentó en la esquina del escritorio cogiendo el mapa. —Tres carros son imposibles de sacar por tierra.

—¿Qué estás pensando?

—¿Por agua? —Él les mostró un río. —Es el río Puerco. Un afluente del Colorado. Desemboca en la bahía de California.

Henry entrecerró los ojos. —¿A cuánto está de la mina de Michelle?

—No estoy seguro porque no sabe ubicarla en el mapa —dijo con ironía—, pero como mucho a un día del río hacia el norte.

James se acercó para mirar el mapa. —¿Y cómo piensas llevar eso río arriba y después por el Colorado? ¿En barcas? ¿Cuánto calado tiene ese río?

—Ese es el problema. Si quiero que haya caudal, tengo que salir de inmediato para organizarlo todo. Me llevará un mes llegar allí. Prefiero hacer esto en invierno porque no quiero arriesgarme. Además, es una zona plagada de indios.

Henry negó con la cabeza. —Es muy peligroso. Te matarán antes de que cruces sus tierras. Esa zona es un polvorín todavía. Además, necesitarás muchos hombres para transportar el oro. Llamareis mucho la atención.

—Pero mucho menos que haciéndolo por tierra.

Nadie se lo pudo negar y Edward asintió. —Necesitaremos tres balsas para el Puerco y barcas para el Colorado, pues en ciertas zonas sé que puede ser peligroso.

—Dios... —Henry se levantó nervioso—. No sé si estoy de acuerdo con esto. ¡Además, está Martin que puede ser un grano en el trasero! ¡Es capaz de pegarte un tiro en cuanto te vea!

—¿Vas a decirle que estas casado con ella? —preguntó James

divertido.

Él entrecerró los ojos. —Veremos cómo se plantea el asunto. Si veo que puede ser razonable, le diré la verdad y sino...le noquearé y le secuestraré para que entre en razón.

Alex se echó a reír. —¿Harás eso con tal de no decir que estás casado con ella? Eso sería más fácil.

—Prefiero que mi relación familiar se limite a la que tengo en este momento.

—¿Qué hombres piensas llevarte? —preguntó su tío.

—Tienen que ser de confianza, pero también deberían conocer la zona. Creo que contrataré a hombres del ejército y me llevaré a varios del puerto. Quiero que sepan desenvolverse en el agua. Serán muchos kilos y...

—Se pasó una mano por la nuca. —Eso es otra cosa que me preocupa. Tengo que sacarlo todo y no tengo ni idea de lo que queda en esa mina.

—Alguien debería quedarse a vigilar la mina —dijo James—. Al menos hasta que haya un grupo de trabajo.

—Ya sé lo que vamos a hacer —dijo Henry sonriendo—. Irán dos grupos. Tú por el río para sacar el oro y otro que llegue para hacerse cargo de la mina por tierra. Serán de una compañía minera y dirán que le han comprado la mina a Michelle. Los del pueblo no lo verán extraño, porque

seguro que piensan que se ha escapado dejando allí a su padre.

—Eso tenemos que corroborarlo —dijo James—. No vaya a ser que su padre se haya ido de la lengua al respecto.

—De todas maneras, llevarán unos documentos que darán el pego —dijo Henry—. Serán los dueños y se pondrán a trabajar. Esos hombres os ayudarán a sacar el oro porque vosotros ya habréis llegado y habréis convencido a Martin para que os siga la corriente. Ellos se harán cargo de explotar la mina. —Miró a los ojos a su sobrino. —Debes convencer a Martin de que debe seguirte la corriente.

La puerta se abrió dando paso a Michelle vestida con un precioso vestido amarillo y su cabello recogido en un lateral de la cabeza dejando caer unos rizos sobre su hombro.

—Padre no le creerá si no voy. —Se cruzó de brazos mirando a Edward mientras los demás la miraban con la boca abierta. Estaba bellísima y si no se moviera ni abriera la boca nadie diría que hace unas semanas sacaba oro de una mina. Parecía una duquesa. Edward se tensó poniéndose en pie. —Pensará que me ha ocurrido algo.

—Ocurrido algo, querida —dijo su tío Henry.

—Ocurrido algo, tío. —Sonrió radiante y su tío tuvo que sentarse.

—Madre mía. —James miró asombrado a Alex que aún tenía la boca

abierta. Le dio un codazo y el duque carraspeó.

Johanna tras ella sonrió radiante. —Bueno... ¿cuándo nos vamos?

—Uy, uy... —James negó con la cabeza—. Ni hablar. ¡Tú no vas a ningún sitio!

—Pero...

—Menos mal que mi esposa no puede subirse a un barco —dijo Alex divertido.

—No, Johanna. ¡Ninguna de las dos iréis a Arizona! —dijo Henry muy serio—. ¡No pienso poner vuestra vida en riesgo! ¡No hay más que hablar!

—Menos mal, suegro.

—Yo voy. Padre no...

—¡Tú no vas a ningún sitio! —Edward la cogió por el brazo y la volvió a sacar del despacho. —¡Y no vuelvas a entrar!

Le cerró la puerta en las narices y volvió a abrir furiosa. —¡Es mi oro! Y tú no eres naide para decirme...

—¡Nadie! —le gritó a la cara—. ¡Se dice nadie!

—¡No eres nadie para decirme lo que debo hacer! ¡Ni pa me lo dice!

—¿Entonces qué haces aquí? ¿No te ordenó él que vinieras?

Ella se sonrojó con fuerza y todos la miraron. Edward con desconfianza preguntó —¿Te lo ordenó?

—No.

—¡Te has escapado de casa!

—¡No! —Se apretó las manos y miró de reojo a Johanna que preocupada se acercó.

—Prima, ¿qué ocurre? ¿Martin te dijo que vinieras?

Parecía muy avergonzada y Edward chasqueó la lengua. —¡Explícate de una vez!

Para sorpresa de todos Michelle se echó a llorar antes de salir corriendo del despacho. Todos miraron a Edward como si fuera el demonio y asombrado dijo —¿Qué?

Johanna salió detrás de su prima mientras James decía —Primo, estás empezando a molestarme.

Edward le ignoró para ir tras Michelle. Se las encontró debajo de la escalera y su prima intentaba consolarla. Se detuvo tras una pared para no interrumpirlas.

Johanna apartó las manos de Michelle de su cara. —¿Por qué lloras? Cuéntamelo, seguro que estás exagerando y no es tan malo.

—Le mentí.

—¿A tu padre?

Sorbiendo por la nariz asintió pasándose la mano para limpiársela. — Él no me lo ordenó. Leí la carta de la tía y...

Johanna entendió cuando su prima la miró de reajo arrepentida. —Y quisiste lo que yo tenía.

Se echó a llorar de nuevo dándose la vuelta avergonzada y Edward apretó los labios. Vio como Johanna la consolaba. —No pasa nada. Si yo he conseguido esto, tú también puedes.

—Yo solo quiero alguien que me quiera.

Verla mendigando amor, le retorció el corazón y se volvió para ver a sus tíos y los demás mirándole con los ojos entrecerrados y cruzados de brazos como si fuera el responsable de sus lágrimas. Su tío dio un paso al frente y siseó —Vete a disculparte. Ahora.

Miró a los demás que levantaron una ceja mostrándose más tensos y exasperado se volvió para ir hacia ella que le vio llegar de reajo. Él la cogió de la mano sin dar una explicación y tiró de ella hacia el salón cerrando de un portazo.

—¡Deja de llorar! —le gritó a la cara.

Michelle sorbió por la nariz mirándole con sus preciosos ojos azules enrojecidos. —¿Qué le dijiste a tu padre?

—Cuando se levantó después de la borrachera, le dije que me lo había dicho él.

—¿Que había sido idea suya enviarte aquí?

Asintió avergonzada apretándose las manos sintiendo aun su tacto en las yemas de sus dedos. Edward entrecerró los ojos acercándose a su cara. —Como vuelvas a llorar por conseguir lo que quieres, no te hablo más. —Ella tragó saliva reteniendo las lágrimas asintiendo. —¡No hay nada de malo en ello! ¿Me oyes?

—Sí.

Él miró sus labios y a Michelle se le cortó la respiración sintiendo que el tiempo se detenía. Sin darse cuenta pasó la lengua por su labio inferior y él se tensó antes de mirarla a los ojos de nuevo apartándose de golpe. —Ahora vas a hacer lo que yo te diga. Iré a por tu oro y a por tu padre. Tú vas a hacer todo lo que Johanna te ordene, ¿me has entendido?

—Pero...

La cogió por el brazo pegándola a él. —¿Me has entendido? —siseó furioso.

—Padre no te dará el oro. —Se inclinó hacia atrás para mirar sus ojos.

—No necesito que me lo dé porque tú me vas a decir dónde está.

—No. Se lo diré a mi marío.

—¡Marido! —le gritó a la cara.

—Marido. —Levantó la barbilla retándole. —Sólo a mi marido.

—¿Cómo quieres que te ayude si no me dices dónde está el maldito oro?

—No quiero tu ayua. Para eso quiero casarme. Mi marío... marido lo sacaré. Él sabrá qué hacer.

Atónito la soltó. —¡Y entonces para qué me molesto!

Salió del salón dejándola con la palabra en la boca y gritó furiosa —
¡Si crees que voy decirte donde ta el oro, vas listo! ¡Sólo se o diré a mi marío!

—¡Marido!

—¡Púdrete! —gritó sintiéndose frustrada sin saber por qué.

—Toda una dama. ¡Sí, señor! —Edward salió de la casa dando un portazo y vio que los demás la observaban desde el hall.

Su tío Henry puso los ojos en blanco. —Niña, él sólo quiere ayudarte.

—Así podrás elegir marido con calma —dijo Johanna preocupada—.
No debes precipitarte.

—Mira quien fue a hablar —dijo James por lo bajo ganándose un codazo.

—Tu padre puede meter la pata, Michelle. Tengo la sensación de que tú le controlabas —dijo el duque—. Piensa que cuanto más tiempo pase, más tiempo estará solo y más riesgo corre su vida.

Preocupada miró a su tío. —Pero me dijo que si se lo dijera a mi marío. Marido.

Johanna sonrió porque ya empezaba a esforzarse y se acercó a ella. — Debes dejar que ellos lo solucionen. Nosotras solucionaremos lo de buscarte un marido adecuado. Debes decirle a Edward lo que necesita.

—No pueo fiarme del. Me trata mal. No me aprecia.

Alex reprimió una risita. —No tienen ni idea de lo que se les viene encima.

—No —respondió James divertido.

Michelle les miró sin comprender. —¿Qué?

—Nada niña. —Henry les advirtió con la mirada. —¿Sabes qué? Tienes toda la razón —dijo dejándolos a todos de piedra—. Lo mejor es que se lo digas a tu marido y no faltes a la palabra que le diste a tu padre.

Michelle sonrió aliviada. —¿De veras?

—Pero papá...

Henry miró a su hija a los ojos advirtiéndola y Johanna confundida miró a su marido que sonreía de oreja a oreja. —Pero te aseguro que Edward

es el hombre más de fiar que puedas conocer y ya tiene un plan trazado para sacar el oro. Aunque arriesgará la vida por supuesto, pero por ti lo haría sin llevarse nada a cambio.

Los ojos de Michelle brillaron y Johanna entendió al escucharla decir —¿Por mí lo haría?

—Por ti recorrerá medio mundo para buscar ese oro y traértelo hasta aquí. Y a tu padre.

—Sí, es peligroso —dijo Michelle preocupada—. ¿Sabe disparar?

—No debes preocuparte. Es un tirador excepcional.

—Mejor voy con él y me aseguro, ¿no?

Johanna asombrada miró a su marido, que satisfecho la abrazó por los hombros. —¿Quiere ir a protegerle?

—Él no conoce las tierras. —Michelle asintió. —Sí, mejor le acompaño pa cubrir su espalda.

—Entiendo...

Henry sonrió. —¿Por qué no comemos y...?

En ese momento entró Edward y se detuvo en seco al verles allí. —Se me han olvidado unos papeles —gruñó caminando hacia el despacho.

Michelle le vio entrar en el despacho y se acercó a toda prisa entrando. Él estaba recogiendo unos papeles del escritorio y la miró con

desconfianza. —¿Qué?

—¿Lo harías?

—¿Haría qué?

—Ir hata mi casa y traer el oro.

—¡Ya te he dicho que sí! ¿Qué te pasa? —Cogió el resto de los papeles mirando si estaban firmados.

—¿Po qué?

—¡Por qué! —la corrigió ordenando los documentos.

—¿Por qué? Si no ganas na.

Él suspiró. —Me lo ha pedido mi tío y le debo mucho.

Michelle se sintió decepcionada, pero lo entendió. —Iré contigo y...

—¡No! ¡Iré solo y tú te quedarás aquí y a salvo! ¿Me oyes? —Se mordió el labio inferior mirando sus ojos negros y él repitió —¿Me oyes?

—Pero e peligroso y no conoces la zona...

—¡Por eso te quedarás aquí, porque es peligroso!

—Padre no creerá que te he cazao. ¡No se lo creerá si no me ve!

—Por eso me tienes que decir dónde está el oro. Ahí sabrá que si nos hemos casado.

A Michelle se le cortó el aliento. Tenía razón, si se lo decía su padre

pensaría que estaba casada con él y en ese momento deseó que fuera verdad.

Pero él no la querría nunca. Avergonzada susurró —¿Le traerás?

—¿A tu padre?

—Sí.

—Por supuesto. Eso si quiere venir, porque con el carácter que me han dicho que tiene...

—Vendrá a mí para saber que toy bien.

—Lo traeré.

Se miraron a los ojos y temiendo que a su padre le pasara algo por la locura de ir hasta allí a buscar marido sintió remordimientos y susurró —El oro está bajo la casa.

—¿Bajo la casa?

—Hay una trampilla en el suelo ante la chimenea. Se usaba pa los ataques indios. Hicimos el hueco más grande y...

—Lo metisteis allí.

—No cabe más. Ahora lo dejaba tirao al lado de la veta porque ya no sabía dónde meterlo.

—¡Joder! Son más de tres carros, ¿verdad?

Angustiada se apretó las manos. —No lo sé.

Edward tomó aire. —Está bien. Me encargaré del que pueda. El resto tendrá que quedarse allí para la empresa minera que nos vamos a inventar. A ver cómo sacamos el resto.

Ella se acercó y le cogió del brazo asustada. —Yo solo quiero a padre.

—Le traeré —siseó soltándose y yendo hacia la puerta—. Tengo mucho que hacer.

—Edward...

Él la miró con aburrimiento. —¿Qué quieres ahora?

—¿Sabes disparar?

Eso pareció divertirlo. —Algo.

Michelle asintió queriendo ayudarle de alguna manera. —Te daré mi pistola. Padre la verá y se quedará tranquilo.

—Tengo la mía, gracias —dijo irónico antes de desaparecer.

—¡Seguro que la mía dispara mejor!

—¡Seguro!

Corrió tras él. —¿Cuándo te vas?

En medio del hall donde seguía toda su familia él se volvió. —En una semana, tengo que preparar el barco antes de irnos y solucionar unos temas.

—¿Seguro que no pueo ir contigo? Me quedaré en el barco.

Edward frunció el entrecejo. —¿Y para qué te querría en el barco?
¿Para que me agobies con tus chillidos a media noche?

Michelle se sonrojó. Estaba claro que lo de cantarle no había sido buena idea. Levantó la barbilla. —Pueo ayudar.

—¡Puedo ayudar, Michelle! ¡Se dice así!

—¡Puedo ayudar! —gritó apretando los puños con ganas de pegarle otro puñetazo.

—Michelle, tú te quedarás aquí —ordenó su tío muy serio—. No hay más que hablar.

Indecisa miró a su tío. —Ya se lo he dicho.

Henry sonrió satisfecho. —Eso está muy bien. Cuidará esa información. No debes preocuparte. Ahora a comer.

Johanna sonrió satisfecha, aunque hubiera estado encantada de vivir esa aventura, entendía que era muy peligroso y ahora tenía a las niñas y a su esposo como para ponerse en peligro. Cogió del brazo a James de la que entraban en el comedor y él la besó en la sien. —Te está torturando por dentro no poder ir, ¿verdad?

Sonrió divertida. —¿Y a ti?

—No puedo negar que me gustaría conocer esa zona de América. Sería interesante. —Miró a su amigo Alex. —¿Y tú qué dices amigo? ¿Te

gustaría ir?

—¿Y que Elizabeth me mate? —El duque apartó la silla para que Michelle concentrada en sus pensamientos se sentara.

Todos rieron menos Michelle y la tía Rose la miró preocupada. —Ni se te ocurra, ¿me oyes? ¡Si estás pensando en escaparte con él, que se te vaya quitando de la cabeza!

Michelle se sonrojó con fuerza y su cara de culpabilidad fue evidente para todos que se echaron a reír. —¿Cómo lo ha sabío? —preguntó asombrada.

—Tenemos una en casa que es igualita a ti —dijo James ayudando a Johanna a sentarse a su lado antes de hacerlo él en la cabecera de la mesa.

—Tendrá problemas. Y no parece mu listo.

—Te aseguro que Edward es muy inteligente. Sabrá apañárselas —dijo su prima—. Tú preocúpate de aprender todo lo que sé para que cuando vuelva le dejes sin palabras con la nueva Michelle.

Se sonrojó intensamente y todos vieron que deseaba hacerlo. El lacayo le sirvió una sopa de calabaza y pensando en mejorar todo lo que pudiera para deslumbrarle a su llegada, cogió el plato y empezó a beber por el borde sorbiendo con fuerza antes de que nadie pudiera evitarlo. Johanna abrió la boca para decir algo cuando Michelle dejó ya el plato vacío en la mesa. Se

pasó la lengua por los labios mientras todos la miraban y su tía levantó una ceja cogiendo la cuchara de plata. Al mirar a su alrededor gimió al ver como los demás comían sin decir una sola palabra.

—George, vuelva a servir a la señorita —dijo Johanna muy seria—. Tomará sopa de calabaza hasta que lo haga bien.

Todos reprimieron la risa mientras el mayordomo le volvía a servir hasta llenarle el plato.

Mirando a su tía cogió la cuchara y siguió el movimiento de la cuchara hasta su boca. Michelle abrió la boca cuando la metió y tragó con ella. Sonriendo cogió la cuchara empuñándola como si fuera un cuchillo y Johanna carraspeó mostrándole como cogía ella la cuchara. La colocó con la otra mano en la posición correcta y la hundió en la sopa satisfecha antes de empezar a comer imitando a los demás. Como sorbió, Johanna pidió otro plato y Michelle gimió al ver su tercer plato lleno.

Edward entró en la casa y escuchó los chillidos de Michelle en el comedor. George cogió su abrigo y su sombrero. —¿Qué ocurre?

—La señorita Michelle lleva desde medio día en el comedor, señor Sherman. Todavía va por el segundo plato. Se le resiste cortar la carne sin

que chirrié el plato y hasta que no termine de comer no podrá levantarse de la mesa.

Con curiosidad se acercó al comedor para ver a Michelle atada a la silla con una cuerda mientras Johanna y la duquesa sentadas tomando el té charlaban sin hacerle caso. Michelle gritaba que estaba llena y que no podía más después de tanta carne.

—¿Qué ocurre aquí?

Michelle volvió la cabeza hacia él a punto de llorar. —¿Me sueltas? Me aprieta.

—Ni se te ocurra, Edward —dijo Johanna muy seria antes de sonreír abiertamente—. ¿Qué tal en el puerto? ¿Has solucionado algo de esos cargamentos?

—Sterling se pasó por allí a saludarme y me ha sido de mucha ayuda.

—¿A que es encantador? —preguntó Elizabeth antes de mirar a Michelle coger de nuevo el tenedor y el cuchillo para cortar un trocito minúsculo de carne sin hacer ni un ruido y llevárselo a la boca con cara de asco. Como tenía la espalda tan recta atada a la silla acercó el tenedor a ella y el trocito de carne cayó sobre su falda que ya estaba hecha un desastre.

Elizabeth suspiró antes de mirarle de nuevo ignorando la frustración de Michelle, que rabiosa tiró el cuchillo sobre la mesa y empezó a dar botes

en la silla intentando soltarse. —Es un hombre encantador.

Atónito vio como Michelle en su afán por soltarse, caía de lado al suelo y gemía de dolor. Las mujeres sonrieron como si no hubiera pasado nada.

—¿Cuánto lleváis así?

—Está comiendo.

—¡Pero si es la hora de la cena!

—Queda una hora. Y ahí empezará de nuevo. No tengo prisa —dijo Johanna muy seria—. Esta se casa con un duque como me llamo Sherman.

—¡Te apellidas Fishburgne! —exclamó Elizabeth divertida.

—Como dice mi madre, seré Sherman hasta la muerte.

Edward miró hacia abajo para ver como Michelle no se daba por vencida en su afán por escapar. Exasperado se agachó y la levantó para ponerla ante el plato de nuevo. —¡Ayúame! ¡Voy a reventar! —Le suplicó con la mirada.

Johanna frunció el ceño. —Si quieres aliviarte solo tienes que decirlo.

—Me aprieta.

—¿Qué te aprieta? ¿Las cuerdas? —Estaba algo pálida y Edward frunció el ceño.

—No. Lo de dentro.

—¿A qué te refieres, Michelle?

—¡Eso que llevan las putas! ¡Voy a reventar!

—¿Qué llevan las putas? —preguntó Johanna a su amiga.

—¿Y por qué me lo preguntas a mí?

Ambas miraron a Edward que tampoco entendía nada.

—¡Habla del corsé! —dijo Betsy entrando en el comedor—. No está acostumbrada a llevarlo y como la están cebando como a un pavo... ¡Cuidado señor Sherman!

Edward se volvió justo para ver como Michelle vomitaba sobre sí misma al no poder moverse. —¡Oh, por Dios!

Elizabeth se tapó la boca antes de salir de allí corriendo vomitando en el hall. Johanna hizo una mueca. —Bien. Hora de dejarlo por hoy.

—¿No me digas? —siseó Edward furioso al ver como Michelle se encontraba de mal.

—Mañana estará como nueva —dijo como si nada saliendo del comedor—. George, ¿puedes llamar al duque para que venga a recoger a su esposa? Hija, qué delicado tienes el estómago. No me sirves de nada.

Betsy empezó a desatar a Michelle, pero como no se daba la suficiente prisa Edward le ordenó que se apartara. Gruñó por lo bajo al ver

como se había marcado las cuerdas en los brazos en su afán por escapar. Como el vestido estaba para tirar, cogió el cuchillo y rasgó la espalda antes de cortar las cintas del corsé.

Ella gimió del alivio y sonrió. —Sí.

—Pobrecita —dijo Betsy preocupada.

—Quítale el vestido. —Furioso la sujetó por los hombros mientras la doncella tiraba hacia abajo de aquel desastre. La cogió por las axilas y la incorporó para que Betsy bajara el vestido por sus caderas.

—Gracias —susurró ella sonriendo como una tonta.

Él apartó la cara. —Preciosa, ¿un poco de agua?

—No, gracias.

—No era una sugerencia. —Cogió la copa de agua y se la acercó a los labios para obligarla a beber. Ella lo hizo dejando caer el agua por la comisura de la boca mojado su camisa interior sobre su pecho.

Michelle apartó la boca y Edward la cogió en brazos. —Ya toy bien. Es que tenía la comida aquí. —Se señaló la garganta.

—Ya me he dado cuenta. Tenías que haber dicho que te pasaba eso. —Molesto la metió en su habitación llevándola a la cama.

—Si no hubiera llevado el... —Lo pensó un momento. —Corsé. Si no hubiera llevado eso, me podría comer una vaca. ¿Lo usan las gordas para

comer menos?

Edward reprimió la risa tumbándola en la cama y sentándose a su lado. —Lo usan para disimular que tienen kilos de más.

—Ah.

—Tú no lo necesitas.

Michelle se sonrojó intensamente. —¿De verdad? Betsy dice que tengo que engordar.

Él miró sus pechos para ver sus pezones marcados a través de la ligera tela húmeda de la camisola. Durante esos segundos Michelle sintió que se le cortaba el aliento y sus pezones se endurecieron bajo su mirada. Edward carraspeó levantándose de la cama. —Tengo que irme.

Al volverse se encontró con Betsy que le observaba cruzada de brazos. —¿Vuelvo luego?

—Deslenguada.

—Sí, ya... Yo deslenguada y usted mira demasiado.

Se fue farfullando hacia la puerta sobre que las mujeres de esa familia eran insoportables y Michelle se apoyó en sus codos para decir —Edward...

Él se volvió como si fuera una auténtica molestia y Michelle sonrió. —Gracias por ayudarme.

Gruñó por lo bajo antes de salir de la habitación. Betsy se volvió

hacia ella que aun miraba la puerta con una sonrisa tonta en la cara. —Bien, señorita. ¿Y ahora qué va a hacer?

—¿Hacer?

—Tiene una semana para volverle loco y que así no la olvide en su viaje. Si quiere enamorar a un hombre debe hacerlo así.

—¿De verdad?

—Sí, usted sonría mucho. Y háblele. Pero no le cante. Eso parece que le pone nervioso.

—¡Si canto muy bien!

—¿Seguro? Cánteme algo.

Decidió cantarle una canción que le había enseñado su padre y se emocionó sentándose en la cama y abriendo los brazos. Betsy la miró con la boca abierta y cuando soltó otro taco, se acercó deprisa a taparle la boca. — ¿Dónde ha aprendido eso?

Michelle gimió bajo su mano y la doncella la apartó lentamente, suspirando de alivio al ver que no seguía cantando.

—Me la enseñó mi padre —dijo asombrada—. ¿No te gusta?

Betsy carraspeó. —Es un poco... picante.

—Sí. —Se echó a reír divertida y Betsy no pudo evitar reír también.

—¿Cantaba eso en el barco?

—Es que no me sé más. Bueno sí. Me sé otra, pero no entera.

—Madre mía. Debía tenerlos a todos escandalizados.

Eso hizo perder la sonrisa a Michelle y suspiró tumbándose sobre la cama. —Sí. No les gustaba mucho. Una muchacha me insultaba diciendo que era zafia, pero ella se abría de piernas con medio barco. ¿Quién era la zafia?

—¿De verdad? Qué poca vergüenza.

—Sí, él se acostó con ella y un marinero también. Los vi.

—¿El señor Sherman?

—Los encontré en su camarote —susurró abrazando la almohada—.

Si hubiera estado más limpia y hubiera vestido mejor...

—¿Qué?

—¿Si fuera una señorita como Luise Morris crees que él se hubiera fijado en mí?

—No lo sé, señorita. Pero lo que sí sé es que hace un momento sí que la miraba como si la deseara.

—¿Tú crees?

—Por eso debe volverle loco hasta que se vaya, para que no se fije en más Luises, ni en ninguna otra y desee volver a verla.

—Le sonreiré y le hablaré mucho.

—Eso. Ahora duerma.

Betsy salió de la habitación guiñándole el ojo antes de cerrar la puerta y Michelle se levantó de inmediato para quitarse los faldones. Se deshizo el recogido dejando caer su melena hasta el trasero y cogió la pistola de debajo del colchón. Se acercó a la puerta y abrió una ranura para comprobar que no hubiera nadie. Con el pasillo vacío, corrió hasta la habitación de Edward, que seguro que estaba abajo. Pero para asegurarse pegó la oreja a la puerta. Al no escuchar movimiento, abrió la puerta lentamente y entró en la habitación cerrando a toda prisa. Se volvió para dejarle la pistola sobre la cama cuando le vio de espaldas a ella, vestido sin la chaqueta con una mano apoyada en la pared y con la cabeza agachada como si mirara el suelo. Preocupada dio un paso hacia él sin hacer ruido y le escuchó gemir. Estaba sufriendo y parecía que se estremecía. Se acercó a él tocándole el hombro. —Edward, ¿tas enfermo?

Él se sobresaltó dándole la espalda. —¿Qué haces aquí? —vociferó furioso.

—¿Estás enfermo? ¿Te duele algo? —Preocupada se acercó y le cogió del brazo. —¿Qué te duele?

Él la empujó por el vientre con violencia y Michelle cayó hacia atrás

golpeándose la espalda contra la cama. De espaldas a ella Michelle se dio cuenta de que se cerraba los pantalones y entendió lo que estaba haciendo. No era tonta y había visto varias veces como amigos de su padre lo hacían cuando pensaban que no les veía nadie.

Edward se volvió y la vio tirada en el suelo con la pistola a sus pies. Estaba furioso y Michelle no sabía qué decir.

—¡Lárgate de mi habitación! —gritó con ganas de matarla.

—No pasa na —susurró ella sonrojándose—. ¿Po qué te enfadas?

Pareció atónito. —¡Has invadido mi intimidad!

—¿Te ayudo?

Eso sí que le dejó de piedra. —¿Qué acabas de decir?

—Una vez vi como una puta ayudaba a un minero en la cantina. Padre dice que lo hacen todos, pero que si ayuda una mujer es mejor. —
Tímidamente le miró a los ojos. —¿Quieres que te ayude?

A Edward se le cortó el aliento, pero cuando reaccionó, se agachó para cogerla por los brazos y gritarle a la cara —¿Lo has hecho antes?

—¿Qué?

—Lo has hecho antes, ¿verdad? ¿Has tocado a otro hombre?

—¡No! ¡Padre le hubiera matado!

Los ojos negros de Edward brillaron. —Pero a mí quieres ayudarme.

Se puso como un tomate. —Sufres. No sabía que dolía.

Con la respiración agitada Edward miró sus labios alterando su corazón y lentamente la pegó a él. Michelle sintió que se mareaba al sentir la fuerza de su cuerpo y cuando sus labios rozaron suavemente los suyos, gimió sin poder evitarlo experimentando las sensaciones más maravillosas de su vida. Acarició su labio inferior con la lengua estremeciéndola y ella separó sus labios sacando la suya. Él gruñó entrando en su boca con pasión y enlazándose con ella. Michelle gimió abriendo sus ojos como platos de la sorpresa antes de dejarse llevar. Sintió que se mareaba de placer y levantó las manos por instinto para sujetarse en sus hombros. Gritó en su boca cuando bajó sus manos de su cintura a sus glúteos, amasándolos de manera apasionada pegándola a su sexo endurecido. Michelle perdió el control y gimió pegándose a él deseando más. Edward apartó la boca y mirando sus ojos azules con la respiración agitada susurró —No podemos hacer esto.

—Sí. —Besó su boca ansiosa deseando tocarle y que la tocara. Él intentó apartar sus manos y tuvo que emplearse a fondo porque cada vez que le apartaba una aparecía en otro lado. La cogió por los hombros y la apartó con firmeza. Se miraron a los ojos devorándose con la mirada. —Tengo que bajar a cenar sino vendrán a buscarme.

La decepción en sus ojos le tensó. —Preciosa, esto no está bien. No

podemos hacer el amor.

—¿Por qué?

—¡Te vas a casar con otro!

Sintió que la traspasaba un rayo porque él no contemplaba la posibilidad de ser su marido por nada del mundo. Pero se moría por estar con él. Sentía algo en el pecho que no podía entender y le necesitaba.

—Yo quiero hacer el amor contigo. Quiero tocarte y ser tuya.

Él se tensó con fuerza. —Vete, Michelle. Tengo que vestirme para la cena. Voy a llegar tarde.

Se apretó las manos nerviosa por si no volvía a tocarla nunca más. — Cuando acabe...

—¡Esto no volverá a pasar! ¿Me oyes? ¡Si quiero una mujer, no elegiré a una como tú! —Disimuló el dolor que sintió en ese momento y él prosiguió —No tienes nada de lo que necesito por esposa y no te quiero como amante. —Se pasó la mano por el cabello negro y decidiéndose la cogió por el brazo tirando de ella hacia la puerta. —¡Y no vuelvas a entrar en mi habitación! ¡Jamás!

La echó al pasillo y le cerró la puerta en la cara. El labio inferior de Michelle tembló mirando la puerta y se volvió reprimiendo las ganas de llorar para encontrarse a su prima al otro lado del pasillo con un precioso vestido

rojo, mirándola con los ojos entrecerrados y las manos en la cintura.

—¿Michelle?

Ella avergonzada corrió hasta su habitación y antes de que pudiera cerrar su prima empujó la puerta entrando también. Cerró la puerta y la señaló con el dedo. —¿Qué has hecho?

—Na. —Se sonrojó con fuerza y corrió hasta la cama tumbándose en ella. —Nada. No hecho na porque Edward no me quier.

Johanna entrecerró los ojos acercándose a la cama. —¿Le has besado? —La miró sobre su hombro avergonzada. —¿Y él a ti? ¿Ha rechazado tu beso?

—¡Me besó él primero! —dijo indignada.

—¿Ah, si? Mira con el primito.

Se sentó en la cama. —Pero me echó después. Dijo que no estaba bien porque me iba a casar con otro.

—Seguro que la cena ha tenido algo que ver —dijo para sí.

—¡Sí! ¡Dijo que si no iba a cenar, irían a buscarle! ¿Cómo lo sabes?

Johanna la miró de arriba abajo. Habría que ser de piedra para rechazarla con esa guisa. —Intuición. Y fuiste a su habitación a besarle o...

—Fui a llevarle mi pistola. Para que se protegiera. Padre la verá y confiará de él porque no se la dejo a naide.

—Y te besó y te echó.

Asintió sonrojada. Johanna se paseó por la habitación pensando en ello y después de unos minutos la miró con los brazos en jarras. —¿Qué sentiste cuando le viste por primera vez?

Los ojos de Michelle brillaron. —Es tan guapo...

—Te gustó físicamente.

—Es fuerte por dentro y por fuera. —Suspiró dejándose caer en la cama. —Esos ojos negros me hacen temblar por dentro. Deseo tocarle y estar con él a toas horas.

—¿Por encima de todo?

Levantó la cabeza para mirar a su prima y lo pensó, pero su prima añadió —¿Por encima de todo? ¿De cualquier cosa? Deseas que sea tu esposo y el padre de tus hijos más que nada en esta vida.

Se apoyó en las manos para incorporarse. —Sí. Quiero que me ame y too eso.

—¿Qué darías por conseguirlo?

—Too lo que tengo.

A Johanna se le cortó el aliento porque para alguien que jamás había tenido nada y que ahora era rica, era increíble que lo diera todo por Edward sin dudar.

Su prima dio un paso hasta la cama. —¿Le quieres?

—Sí.

—¿Le harás feliz?

Asintió con vehemencia. —Haré lo que sea.

Johanna no quería que empezara su matrimonio como ella. Habían sido unos meses muy duros y no se los deseaba a nadie. Pero había visto algo en los ojos de su primo que no había visto en su marido antes de casarse. Quería protegerla, así que eso ya era mucho. —¿Quieres un consejo?

—Sí.

—Conviértete en su amante.

—¿Su amante?

—Métete en su cama y hazle el amor. Lo demás vendrá solo.

—Pero ...

—Entra esta noche en su habitación —dijo divertida—. Te apuesto lo que quieras a que la puerta no estará cerrada con llave.

—¿Cómo lo sabes?

Sonrió antes de salir de su habitación y Michelle se quedó allí sentada varias horas pensando en ello. Quería que él la amara, pero si no lo conseguía, atesoraría los momentos que pasara con él. Si él iba a buscar su

oro, ya no tenía que buscar marido como decía su prima. Podía esperar a que la quisiera. Se convertiría en una dama y puede que él se fijara en ella para ser su esposa. Era rica y sería una dama. Ya no podría rechazarla. Además, la deseaba. Padre decía que su madre le había vuelto loco en la cama y que ya no había podido negarle nada.

Capítulo 5

Escuchó como iban a sus habitaciones y dieron un suave toque en su puerta. También escuchó como su prima y su marido se alejaban. Su corazón galopó en su pecho levantándose de la cama. Se miró al espejo y se apartó su melena rubia. Corrió hasta el tocador y se echó unas gotitas del perfume que le había llevado Betsy. Tomó aire y caminó hacia la puerta decidida. Descalza corrió por el pasillo y entró sin llamar en la habitación de Edward. Se estaba quitando la camisa y cuando la vio apretó los labios. Ella cerró la puerta y se acercó decidida a él deteniéndose a unos centímetros. Se quitó la camisola tirándola al suelo y Edward mirándola a los ojos, dejó caer la suya.

—Si lo que quieres es cazarme como mi prima hizo con James, vas lista. No pienso casarme contigo.

—Yo solo quiero que me hagas el amor. —Alargó la mano y tocó con las yemas de los dedos su pectoral. Tenía un vello negro sobre su pecho que

la volvió loca y dio un paso hacia él. A Edward se le cortó el aliento y cerró los ojos cuando sus pezones le rozaron. Michelle sintió que la traspasaba un rayo, pero su deseo de tocarle era aún mayor y bajó su mano por su duro vientre hasta llegar a sus pantalones. Sintió como se tensaba y pensó que había hecho algo mal. —¿No quieres que te...?

Él la cogió por la nuca besándola como si la necesitara y Michelle tembló entre sus brazos sin darse cuenta de que la tumbaba sobre la cama. Sus labios se separaron para besar su cuello haciéndola gemir. Fue una sorpresa lo que sintió cuando acarició uno de sus pechos, pues su tacto hizo que su cuerpo se arqueara sin poder evitarlo. Pero cuando sus labios llegaron a él y lamió su pezón endurecido, creyó que moría. Cogió la almohada entre sus manos gimiendo de placer y gritó de la sorpresa cuando la acarició entre las piernas suavemente. Miró hacia abajo para ver que le había quitado la ropa interior y que ni se había dado cuenta. Por un momento sintió temor, pero cuando la besó en el vientre cerró los ojos olvidándose de todo excepto de lo que le hacía sentir. Se tumbó sobre ella y Michelle abrió las piernas a la vez que los ojos mirándole. Edward gimió empujando su cadera contra su sexo y sentir su miembro endurecido contra ella fue maravilloso. —Estás muy húmeda, preciosa. ¿Quieres esto? ¿Me quieres dentro de ti?

—Sí. —Acarició su cuello atrayéndole a ella. —Quiero ser tuya.

Los ojos de Edward brillaron antes de entrar en ella con fuerza y

Michelle se mordió el labio inferior por el dolor que la atravesó. Él pareció sorprendido y susurró —¿Eres virgen?

Asustada por si la dejaba ahora, rodeó sus caderas con sus piernas pegándole con fuerza a ella. —Eso no importa.

Él apretó los labios y sujetándose en sus antebrazos movió la cadera con firmeza. Michelle gimió de la sorpresa por el placer que la traspasó y ansiosa por volver a sentirlo se abrazó a su cuello. Edward gruñó contra su oído antes de empezar a mover sus caderas con firmeza una y otra vez. Michelle sintió cómo con cada movimiento todo su cuerpo se tensaba y con una última estocada la lanzó al paraíso estremeciéndola con fuerza entre sus brazos.

No se había sentido tan agotada en su vida y sintió frío cuando él se apartó dejándose caer a su lado. Respirando agitadamente miraron al techo durante varios minutos recuperándose. Michelle sonreía pensando que nunca se había sentido tan feliz en su vida como en ese momento.

—No esperaba que fueras virgen después de lo de esta tarde. —Su tono indicaba que no le había gustado un pelo encontrarse con eso. —Me da igual. Si crees que así vas a cazarme, estás equivocada.

Sorprendida le miró. —Nunca te obligaría a ser mi marío. Yo quiero que mi esposo me quiera por encima de to.

—De todo —susurró relajándose.

Michelle sonrió. —De todo. —Se miraron a los ojos y Edward se incorporó apoyándose sobre su antebrazo. —Me ha gustao mucho.

Él cogió un mechón de su pelo. —Gustado.

—Eso.

Se preguntó qué tenía que hacer ahora. Quería quedarse, pero si no quería que les pillaran juntos debía irse a su habitación. Sorprendiéndole se sentó en la cama y vio sus pantalones interiores a sus pies. Se arrodilló para cogerlos y Edward se sentó de golpe.

—¿Qué haces?

—Si no quieres casarte conmigo, debería irme. ¿No? —Se sentó sobre sus pies mirando sus ojos.

Él se levantó y desnudo fue hasta la puerta cerrando con llave. — Solucionado.

—Pero si entran en mi habitación...

Edward llegó hasta ella y la cogió por la nuca tirando de su cabeza hacia atrás. —Te irás cuando yo diga. —A Michelle se le cortó el aliento porque la miraba como si fuera suya. —¿Me has entendido?

—Sí —susurró antes de que la besara robándole el alma.

Los siguientes días todas las mujeres de la familia la torturaban durante el día y Edward hacía de sus noches las más maravillosas de su vida. La última noche que estaría en la casa, Edward la torturó besando todo su cuerpo antes de hacerla estallar una y otra vez. Agotada y medio adormilada entre sus brazos él susurró —Debes irte a tu habitación. Está amaneciendo y tengo que irme.

Michelle apretó los labios contra su pecho y sintió que se le iba una parte muy importante de su vida. —¿Tendrás cuidado?

—¿Sabes que ya hablas mucho mejor? —preguntó divertido—. Cuando vuelva me llevaré una sorpresa.

No le pasó desapercibido que no quería hablar de ello, pero insistió levantando la cara para mirar sus ojos. —¿Tendrás cuidado?

—No debes preocuparte. Traeré a tu padre y tu oro.

Se sentó enfadada. —No te he preguntao eso.

Edward sonrió irónico. —No necesito que te preocupes por mí. No eres nada mío.

A Michelle se le rompió el corazón y él se tensó al ver su dolor en sus ojos azules. —Preciosa, fui muy claro.

Ella asintió cogiendo su camisón del suelo y poniéndoselo a toda prisa

dándole la espalda. Sin mirarle fue hasta la puerta y susurró —Que tengas buen viaje.

—Lo tendré. Por cierto, tienes ahí tu pistola. No pienso llevar esa monstruosidad.

Michelle vio la pistola sobre el aparador y se dio cuenta de que no quería nada suyo. Otro hombre se la habría llevado, aunque fuera para hacerla feliz, pero Edward no. Quería dejarle claro que no quería nada suyo. Se acercó a ella y la cogió forzando una sonrisa. —Adiós.

—Adiós Michelle —dijo muy tenso desde la cama.

Sintiendo que se le rompía el corazón, abrió la puerta en una rendija para mirar al exterior. Una lámpara de aceite iluminaba el pasillo parcialmente y salió a toda prisa cerrando tras ella. Reprimiendo las lágrimas corrió por el pasillo entrando en su habitación y al volverse se quedó de piedra al ver a su prima en bata sentada en su cama. Johanna abrió los brazos sin decir nada y Michelle corrió hasta ella dejando que la consolara.

—No te ha pedido matrimonio, ¿verdad?

Negó con la cabeza apartándose para mirar sus ojos ambarinos. —No me quiere.

—Es tan idiota que no sabe lo que quiere. He visto cómo te mira y mi James me miraba igual.

—¿De verdad?

—Es hora de cambiar de táctica. Pero tendremos que esperar a que vuelva.

—¿Y qué táctica?

Johanna sonrió. —Seguiremos el plan original. A ver si puede soportar verte con otros hombres. Se va a subir por las paredes. —La besó en la mejilla y se levantó. —Ahora me voy, que mi James se despertará en cualquier momento. Duerme que tenemos mucho trabajo. Van a ser unos meses de lo más interesantes, te lo prometo.

—Jo... —Su prima se volvió mirándola interrogante. —¿Y si no me lo pide cuando regrese? ¿Y si no le importo?

—Le atamos a la cama y le obligamos a casarse. Tú déjame a mí, que serás una Sherman antes de que te des cuenta.

—Pero yo quiero que me ame.

—Tranquila, si llegamos a ese extremo terminará amándote.

—¿De verdad?

—Yo lo hice con mi James y míranos ahora. —Abrió los ojos como platos y Johanna se echó a reír. —Se resistió, pero al final... Ahora descansa. Le diré a Betsy que no te despierte.

Asintió metiéndose en la cama y suspiró cerrando los ojos

arropándose. Se quedó dormida preocupada por el viaje que Edward iba a hacer. Era peligroso y esperaba que su padre le ayudara en lo que pudiera. Se quedó dormida de puro agotamiento y sonrió en sueños al sentir los labios de Edward sobre los suyos. Él se apartó y se acercó a la casita. Su padre salió con la escopeta en la mano y disparó a Edward en el pecho gritando que no le robaría su oro. Michelle gritó despertándose de golpe y sentada en la cama miró a un lado y al otro sin entender dónde estaba. Gimió al ver la luz que entraba por la ventana indicando que debía ser mediodía y se tumbó de nuevo cubriéndose con las sábanas. Tembló al ver los ojos de Edward cuando recibió el disparo en su sueño. El miedo empezó a invadirla y se dio cuenta de que había cometido un error al no acompañarle.

Ese temor la acompañó las semanas siguientes, pero solo tenía tiempo durante la noche porque todas las mujeres de la casa, volcadas en su aprendizaje, no la dejaban sola ni un segundo al día. Cuando tenía algo de tiempo libre, era cuando ellas tenían algún compromiso y entonces pasaba el tiempo con las niñas o con Alex, el hijo de los duques que era para comérselo. Una noche la duquesa les deleitó con unas piezas a piano y Michelle quedó maravillada. Animándola la sentó en el banco a su lado y le puso los dedos sobre las teclas, mostrándole las notas.

—Es obvio que te encanta la música —dijo Elizabeth divertida al ver que repetía la escala una y otra vez—. Quizás deberías tomar clases.

—¿De verdad? —preguntó deseosa de aprender.

—No es mala idea —dijo James desde su asiento—. Así dejarás el banyo.

Se sonrojó mientras los demás se reían. —¡Toco muy bien!

—Sí, querida —dijo Rose—. Pero solo te sabes tres melodías y dos canciones. Llega a ser desquiciante.

—Es que padre no sabe más. —Levantó la barbilla orgullosa antes de empezar a tocar la escala de nuevo haciéndoles reír.

—Buena la has hecho, Elizabeth —dijo Alex divertido.

La duquesa se encogió de hombros. —Si eso la hace feliz...
Últimamente está algo apagada.

Todos se miraron sabiendo el porqué. —Buscaremos un profesor para ti —dijo Johanna.

—¿Tenemos noticias de Edward, suegro? —preguntó James cortándole el aliento. Dejó de tocar mirando a su tío Henry—. Hoy te ha llegado carta de Boston.

—Me han comunicado que Edward se ha llevado a nuestros mejores hombres, pero de eso ya hace algunas semanas, así que en realidad no sé lo

que está ocurriendo—dijo preocupado—. Espero que todo vaya bien. No tardaremos en tener noticias, estoy seguro.

Decepcionada se levantó. —Si me disculpáis, voy a retirarme.

—Por supuesto, querida. Has tenido un día algo ajetreado. Que descanses —dijo la tía Rose sonriendo.

Cuando se alejó, Alex levantó una ceja mirando a James que sonrió divertido. —Le echa demasiado de menos, ¿no creéis?

Todos miraron a Johanna que se hizo la loca quitándose una pelusa inexistente de su vestido de noche.

—Preciosa, disimulas fatal. —James se echó a reír y Susan se acercó a su nuera sentándose a su lado.

—¿Qué sabes?

—Nada. ¿Qué voy a saber? Lo que sabéis vosotros.

Elizabeth se echó a reír a carcajadas. —Mientes fatal.

—¿No te lo ha contado? —preguntó Alex intrigado a su esposa.

—No. Y respeto que no me lo cuente porque se trata de la intimidad de su prima.

—Estás muerta de curiosidad. —Su marido se echó a reír mientras Liss se sonrojaba.

—No sé nada. Nada que no sepáis vosotros. —Johanna se levantó mirando a los ojos a su amiga, que no se lo tomó en cuenta. Aliviada sonrió.
—¿No tenéis sueño?

—Sí, ahora disimula. —Rose se levantó enfadada. —No estarás llevando a cabo uno de tus planes, ¿verdad? ¡Edward no se deja manipular! ¡Deberías saberlo después de tantos años!

—¡Está enamorada de él! —exclamó furiosa— ¡Y él se siente atraído por ella! ¡Lo habéis visto todos!

James silbó. —Esto va más allá de la apuesta. Preciosa, ¿me vas a hacer perder la fábrica de telas? —Johanna se sonrojó y le miró arrepentida.
—¡No me lo puedo creer! —Su marido se levantó furioso. —¡Me has metido en esto! ¡Confíé en ti!

—Lo siento. Pero se querrán. Ya verás como sí. ¡Sólo quiero que sean felices!

Henry y Nelson pusieron los ojos en blanco mientras Alex reprimía una sonrisa bebiendo de su copa.

—Johanna lo hace por el bien de su prima y es lo único que debería importarte —dijo Elizabeth apoyando a su amiga.

—¡Eso lo dices porque tu marido no va a perder una fortuna!

—Sí, eso también. —Se tapó la boca disimulando una risita.

James la señaló con el dedo. —¿Sabías que esto iba a pasar?

—¡No! ¡Edward parecía tan reticente que ni se me pasó por la cabeza, te lo juro! Pero...

—¿Pero?

—El día que se puso enferma de tanto comer, me di cuenta de que se preocupaba por ella, mi amor. Y después...

James entrecerró los ojos dando un paso hacia ella. —¿Después? — Disimuló mirando a su alrededor. —¡Johanna!

—La besó. —Se miró las manos. —Así que le dije que se acostara con él.

Todos la miraron como si estuviera loca y jadeó indignada. —¡Le podía haber dicho que le atara a la cama y sorprenderlos, pero como no funcionó con nosotros al principio, creí que era mejor que se convirtiera en su amante!

—¿Estás loca? —gritó Elizabeth sobresaltándola.

—¡La desea! ¡No pudo resistirse!

—¡Pero no la ama! ¡Y ahora ella está deshonrada y enamorada de un hombre que no se casará con ella como es obvio, porque no se lo ha pedido! Eso si no está en cinta y el muere al otro lado del océano o...

—Se casará en cuanto vuelva —dijo Henry fríamente.

—No.

—¿Cómo que no? —gritó Rose escandalizada—. Claro que lo haré.
¡Cumpliré con su deber!

—¡Deber! ¡El deber hizo que durante un año yo pasara las de Caín con mi marido!

James se sonrojó con fuerza. —Preciosa, tienes una lengua...

—Ella quiere que le pida matrimonio porque la ame y la apoyo. Y se lo pediré, vaya si se lo pediré.

—¿Esto es tan seguro como lo de que se casaría con un conde como mínimo? —preguntó su marido irónico pasándose la mano exasperado por su cabello rubio.

—Estoy más que segura, casi. —Hizo una mueca. —Casi convencida.

—Madre mía.

—¡Edward es impredecible! ¡Es capaz de no pedirle matrimonio solo por fastidiar!

—Eso es cierto —dijo Henry preocupado—. Tiene que parecer que es él quien toma la iniciativa.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —preguntó Elizabeth intrigada.

—Como se ha hecho toda la vida —dijo Susan empezando a divertirse—. Con los celos, ¿verdad, nuera?

—Exacto. Piensa que queremos casarla con un conde, ¿no es cierto?

Todos asintieron. —A ver cómo reacciona cuando vea a otros hombres cortejándola. ¡Y todos sabéis que con la fortuna que tiene, será agasajada por muchos! Se va a subir por las paredes cuando vea a la nueva Michelle rodeada de pretendientes. —Miró maliciosa a su marido. —¿Acaso tú no te pusiste celoso?

Su marido gruñó. —Eso no cuenta. ¡Yo ya te quería!

—No es mala idea —dijo Alex ayudándola—. Puede que funcione.

—Gracias, duque.

Elizabeth se levantó del banquito frente al piano y caminó por el salón pensando en ello. —Sí, puede que funcione. Pero tenemos que conseguir que no se acuesten de nuevo. Tiene que haber tensión. Tiene que sentir que ella ha pasado página.

Alex frunció el ceño. —Es cierto, si sigue compartiendo su lecho, no le dará importancia a sus pretendientes.

—Pues como no ponga un lacayo en su puerta, no sé cómo lo voy a impedir —dijo Johanna preocupada—. Y eso sería sospechoso. Él se daría cuenta de que lo sabemos.

Henry asintió. —Él no debe sospechar nada. O cogerá el primer barco de vuelta a Boston sin mirar atrás.

Todos pensaron en ello y Johanna susurró —Debería hablar con ella para que se resistiera.

—¿Estás loca? Está enamorada. En cuanto llegue, se tirará a sus brazos. —James gruñó. — Quedándose con mi fábrica de paso.

—¿Quieres dejar la fábrica?

—Esto me lo vas a pagar.

Johanna se sonrojó con fuerza. —Ya hablaremos de eso luego, mi amor.

—James tiene razón. —Alex se levantó para servirse otra copa. —En cuanto llegue no podrá evitarlo.

—A no ser que esté enfadada con él —dijo Elizabeth divertida.

Johanna se acercó a su amiga y susurró —¿Piensas lo mismo que yo?

—Nada mejor como una amante para que la rabia salga al exterior.

—¿Queréis decirle que tiene una amante? —Los hombres no salían de su estupor y Rose entrecerró los ojos. —Le romperéis el corazón.

—Podemos decirle que nos han llegado rumores de que se vio con cierta dama en Boston —dijo Johanna.

—¿Y si se enfada demasiado y no quiere saber más de él? —Alex negó con la cabeza. —No me parece bien. Si tiene orgullo y creo que lo tiene por lo que la conozco, puede que no quiera casarse después. Eso sí que sería

un desastre.

—Pues como no le digamos la verdad y colabore con nosotros...

—No —dijo Susan—. Tiene que demostrarle que no quiere nada con él. Tiene que ser Edward el que se arrastre hasta ella para suplicarle su amor.

Todos la miraron asombrada y Nelson levantó una ceja. —Preciosa, ¿tienes algo que decirme?

Se sonrojó intensamente levantando la barbilla. —No.

Su marido la miró preocupado y Susan se sonrojó aún más mirando a Johanna. —De esa manera ella sabrá totalmente que le ama, que es como debe ser.

Para todos quedó patente que tenía dudas aun de que su marido la amara de esa manera y avergonzada miró de reojo a su hijo que estaba obviamente preocupado.

—Voto por los celos —dijo Elizabeth intentando relajar el ambiente.

Johanna miró a su padre. —Te necesito.

—Haré lo que haga falta. Lo comentaré mañana en el desayuno. Incluso tengo la candidata.

—¿Quién es?

—Una viuda que Edward visita a menudo.

Rose le miró sorprendida. —¿La conozco? —Su marido levantó una ceja y su esposa gruñó —Increíble. ¿Cómo me lo has ocultado?

—Es su intimidad, cielo.

Rose Sherman gruñó y todos rieron porque sabían lo que le gustaba un cotilleo.

—Sé delicado, padre. Tampoco quiero que le pegue un tiro en cuanto entre por la puerta.

—Tranquila. Dejaré la duda. La incertidumbre la volverá loca. Tampoco queremos que piense que le ha sido infiel. Solo necesitamos crear la duda.

—De acuerdo. Pues vamos allá. Espero que funcione.

—Y si no funciona, búscale un conde, mi vida —dijo James haciendo reír a todos.

Michelle no había dormido bien. Bajó a desayunar con un precioso vestido rosa y en cuanto entró en la sala de desayuno susurró —Buenos días.

Todos la miraron y se sentó al lado de su prima como de costumbre. —¿No has dormido bien? —preguntó Johanna mirando su palidez—. ¿No estarás enferma?

James se tensó desde la cabecera y Michelle negó con la cabeza para alivio de todos. —He tenido una pesadilla.

Al ver que se servía huevos revueltos todos se miraron respirando tranquilos.

—Yo tampoco he dormido bien —dijo Henry cogiendo su taza de café—. Estoy algo preocupado por Edward.

—¿Por qué? —preguntó Michelle ansiosa—. ¿Se sabe algo?

—Oh, no es eso. —Exasperado dejó la taza sobre el platillo. —Es que en las noticias que me llegaron me han comentado algo que no quería contar ante los duques. Al fin y al cabo, no son de la familia.

Michelle se preocupó perdiendo el apetito del todo. —¿Qué ocurre?

Henry miró preocupado a su tía, que asintió dándole permiso para que hablara.

—¿Padre? —preguntó Johanna también preocupada—. ¿Qué ocurre con mi primo?

—Pues estoy algo descontento con él. Lleva buscando esposa un año.

—¿Buscando qué? —preguntó Michelle con voz aguda y Johanna la miró asombrada porque no lo supiera.

—Esposa. ¿No lo sabías?

—¡No! —Se sonrojó por como la miraban y disimuló tomando su

café, pero la mano le temblaba. Sería sinvergüenza. ¡Estaba buscando esposa, pero ella no le valía! Decepcionada miró su plato cogiendo el tenedor lentamente.

—Bueno, pues sí. Pero no le vale ninguna. —Henry miró de reojo a su yerno que asintió animándole. —Pero lo que me preocupa es que en mi última visita a Boston, me enteré de que visitaba a la Viuda Hertford a menudo.

—¿La viuda Hertford? —chilló su mujer levantándose de la silla asombrada—. ¡Es una arpía!

—Pues creo que ha vuelto a visitarla al regresar. ¡Eso me ha dicho mi secretario!

Michelle sin dejar de mirar su plato, sintió que se le rompía el corazón. En cuanto había llegado a Boston había ido a ver a su amante. Apretó el cuchillo en su mano hasta que los nudillos se pusieron blancos. ¿Por qué no la quería? ¿Qué tenía ella de malo? ¡Ahora hablaba mejor! ¡Podía ser su esposa! Pero iba a ver a esa zorra en cuanto llegaba a Boston. Rechinó los dientes mientras toda la mesa la miraba de reojo empuñar los cubiertos como si fuera a matar a alguien.

—¿Pero crees que se casará con ella? —preguntó Rose preocupada.

—No creo que llegue a tanto. Pero me preocupa que siga

manteniendo una relación con esa mujer. Es obvio que solo quiere su dinero.

—No creo que se case con ella —dijo Johanna lentamente advirtiéndoles con la mirada—. Es solo una amante. —Hizo un gesto con la mano sin darle importancia. —Encontraré una mujer apropiada, ya veréis.

Michelle se levantó de golpe sobresaltándolos y salió del comedor caminando como si fuera a la guerra.

James reprimió la risa. —Se ha llevado los cubiertos.

—Está hecha una furia —susurró Rose—. ¿Nos habremos pasado?

—No. Ha sido la estocada justa. Ahora espero que él no tarde demasiado en llegar porque puede que se le pase —dijo Johanna preocupada.

—Han pasado siete semanas. No pasaría por Boston al volver, así que si todo va bien en una o dos semanas estará al llegar.

—Mi amor. ¿Por qué no buscas un profesor de piano y baile para nuestra pupila? —dijo James sonriendo abiertamente—. Atractivo y divertido. Escuchar reír a tu mujer con otro hombre siempre pone de los nervios.

—¿No me digas? —preguntó maliciosa.

—No juegues con fuego, mi vida.

—Ni se me ocurriría.

Se mordió el labio inferior haciendo exactamente lo que el profesor McMillan le había explicado y él sonrió satisfecho cuando terminó. Michelle sonrió radiante. —¿Lo he hecho bien?

—Perfecto. En nada de tiempo podrá interpretar una pieza. —Recogió sus partituras para meterlas en su maletín de cuero. —Siga practicando. La veré mañana.

Cogió su mano y se la besó mirándola con sus preciosos ojos verdes. Sonrojada sonrió. —Hasta mañana, señor McMillan.

—Llámeme Presley.

Se sonrojó aún más porque la miraba de tal manera que era imposible no sentirse halagada. —Hasta mañana, Presley.

—Pensaré en usted, Michelle. Como en las últimas dos semanas. —Se apartó soltando su mano como si le costara separarse de ella. —Buenas tardes.

Le vio salir del salón y se sentó en el banquito del piano suspirando. La primera vez que le había visto, ni se había fijado en lo atractivo que era con ese cabello rubio algo revuelto y esos preciosos ojos verdes. Pero poco a poco se dio cuenta que estaba atraído por ella. Habían sido gestos amables y caballerosos. Ella poco acostumbrada a esos gestos a no ser que fueran por

hombres de su familia, no pudo evitar sentirse especial. El interés creció por parte de él y esa era la primera frase donde insinuaba que la pretendía.

Johanna entró en la sala agitada y con una nota en la mano. —¡Ya están aquí!

La miró sin comprender. —¿Quiénes?

—¡Edward! —Su corazón saltó en su pecho. —¡El barco ha llegado a puerto! Están esperando para atracar.

Se levantó llevándose una mano al vientre sin saber qué hacer. — ¡Vamos! —gritó su prima.

—¿Vamos al puerto? —preguntó asombrada.

—¿No quieres recibirles?

Se moría por ir y asintió diciendo —Me muero por ver a mi padre.

—Pues ponte un abrigo. ¡Rápido, que el carruaje estará en unos minutos! Qué pena que James y mi padre estén en el club y mi madre de compras con Susan. Les recibiremos solas, pero no pasa nada. Ya los verán en la cena.

Michelle casi sin escucharla salió del salón y Johanna la vio subir por las escaleras algo preocupada. No esperaba esa reacción. Igual el tema de la amante la había afectado más de lo que pretendían. Esperaba que no se hubieran pasado.

Minutos después Michelle se apretaba las manos mirando por la ventanilla del carruaje. Se llevó una mano al vientre mirando su abrigo de terciopelo granate antes de llevar su mano a sus rizos.

—Estás preciosa —susurró Johanna—. Tu padre se va a quedar con la boca abierta.

Forzó una sonrisa. —Espero que me reconozca.

—Seguro que sí. Esos ojos son inconfundibles.

Inquieta volvió a mirar por la ventanilla y cuando llegaron al puerto se detuvieron en la zona de embarque de los Sherman. —Espera, Michelle —dijo Johanna mirando por la ventanilla. Sonrió al mirar los barcos—. Están colocando la pasarela. Vamos.

Su prima bajó primero y esperó a que descendiera. Michelle muy nerviosa ni se fijó en la actividad que había a su alrededor, mirando el barco ansiosa. Vio la cabeza de su padre hablando con alguien y gritó —¡Padre! —Corrió hacia la pasarela y Johanna sonrió al verla subir sujetándose las faldas mostrando los botines. Martin Thackeray miró hacia ella y Michelle sonrió radiante. —¡Padre, estás aquí! —Rodeó a unos marineros que la observaban con admiración para saltar una cuerda antes de correr hacia su padre, que abrió los brazos para recibirla. Saltó sobre él abrazándole con fuerza y sus ojos se llenaron de lágrimas por todo lo que le había echado de menos. —

Estás aquí.

—Mi niña. —La apretó con fuerza besándola en la mejilla. —Déjame verte, muchacha.

La dejó en el suelo y Michelle se limpió las lágrimas mientras se miraban mutuamente. Se sorprendió un poco al ver que su padre estaba muy aseado y que se había afeitado. Incluso llevaba una chaqueta de traje y sorprendida miró de arriba abajo su fuerte corpachón hasta sus inmaculadas botas. —¡Padre! ¡Estás muy guapo!

Martin se sonrojó llevando las manos a su cinturón. —Es que mi yerno me dejó las cosas claras desde el principio.

A Michelle se le cortó el aliento. —¿Yerno? —Entonces se volvió para ver al hombre que les observaba y entrecerró los ojos al ver a Edward comiéndosela con la mirada.

—¿No saludas a tu marío, mi niña? No seas tímida. Hace mucho que nos veis.

Estaba tan guapo con su traje negro... y ella llorando por las esquinas mientras ese gusano se acostaba con otras. Se acercó a él y le dio un puñetazo que le hizo trastrabillar cayendo sobre unas cajas que estaban apiladas.

—¿Estás loca? —gritó sorprendido mientras su padre se reía a carcajadas.

Recordando que era una señorita enderezó la espalda y sonrió. — ¿Qué tal el viaje, señor Sherman? —Edward parecía asombrado. —Espero que no le hayamos causado demasiadas molestias.

—Niña, eres tan finolis como las señoritas de ciuda —dijo su padre orgulloso.

—Vamos, padre. Tengo que explicarte por qué aún estoy soltera.

Martin Thackeray la miró sorprendido. —¿Cómo que soltera? —gritó a los cuatro vientos antes de fulminar con la mirada a Edward, que aún estaba tirado en el suelo—. ¿No te has casado con mi niña?

—¿Con esa fiera? ¡Ni loco! —Se levantó de golpe. —¡Sólo le dije que nos habíamos casado para que me hiciera caso, porque es cabezota como un mulo!

Martin parpadeó antes de echarse a reír. —Pero os casareis —dijo sorprendiéndolos a ambos—. Vaya que sí.

Michelle fulminó con la mirada a Edward y siseó —¡Antes me caso con un cerdo!

—¡Lo mismo digo! —le gritó a la cara.

Johanna decidió hacer acto de presencia y miró a su tío sorprendida. Era tan grande como su James, pero moreno. No se parecía en nada a su hija, pero sí que compartía rasgos con su madre. —Tío Martin. Soy Johanna.

Martin la miró asombrado de arriba abajo. —¡La condesa!

Johanna se echó a reír cuando la abrazó con fuerza y Michelle sonrió cruzándose de brazos. —Eres igualita a mi Rose cuando ese truhan la engañó pa casarse.

—¿Cómo? —Asombrada miró a Michelle, que hizo un gesto para que no le diera importancia.

—Estarás cansado del viaje, padre —dijo cogiéndole del brazo. Edward la miró como si quisiera matarla y Michelle sonrió a Martin de oreja a oreja—. Ahora iremos a casa y podrás comer algo. Un baño y una buena cama es lo que necesitas. Mañana empezaremos a buscar casa.

—Sí, niña. Una bien grande —dijo dándose importancia—. Tengo que contarte muchas cosas. Somos muy ricos.

Le abrazó por la cintura mirándole con amor. —Dale las gracias al señor Sherman, papá.

Edward atónito vio como Martin se acercaba y le daba una palmada en la espalda. —¡Gracias, chaval! ¿Me dirás dónde metes el oro?

—Os veré en casa de Johanna —dijo con ganas de matar a alguien. Sobre todo a Michelle.

Johanna se acercó a él y le miró con cariño. —Me alegra que hayas vuelto sano y salvo. —Le abrazó con fuerza y Michelle desvió la mirada

porque ella no podía hacerlo.

—Bueno, sano y salvo... —dijo Martin sorprendiéndolas—. Le traspasó una flecha el hombro, pero es todo un hombre.

Ellas jadearon mirándole y Michelle preguntó —¿Estás bien?

Él entrecerró los ojos y siseó —Muy bien, gracias.

Johanna vio cómo se abría una grieta entre ellos, pero tenían que seguir el juego. —¿Tienes que quedarte?

—Tengo que supervisar el traslado. Aun tardaré unas horas en ir a casa.

Johanna asintió preocupada. —¿Quieres que llame a padre y...?

—Sterling me ayudará con sus hombres. Vete a casa. —Miró a Michelle, pero cuando sus ojos coincidieron, se volvió para bajar las escalerillas que llevaban a los camarotes.

—Bien... —Johanna se volvió para ver el dolor en los ojos de su prima. —¿Nos vamos?

Su padre no dejó de hablar en todo el trayecto mirando la ciudad con estupor. —Esto es enorme.

—En unas semanas se habrá acostumbrado —dijo Johanna preocupada porque Michelle estaba sumida en sus pensamientos—. Así que piensan establecerse aquí.

—Allí ya no nos queda nada. De la mina se ocupará mi yerno y...

—No es tu yerno, papá —susurró preocupada.

—Pero lo será.

—No, papá. Él no me quiere.

La miró atónito. —Claro que te quiere.

—¡No! ¡No me quiere! —gritó mostrando su carácter oculto desde hacía semanas —. ¡Y no me va a querer nunca!

Para sorpresa de todos abrió la puerta del carruaje que se había detenido y salió corriendo.

Johanna gritó cuando por poco la atropella un carro de hortalizas al cruzar la carretera para correr hacia el parque.

Su padre la miró atónito. —¿Qué coño pasa aquí?

Su sobrina se sonrojó y forzó una sonrisa. —Bueno, tío. Así que piensan mudarse aquí.

Martin se cruzó de brazos y gruñó con fuerza. —Se casarán —dijo ella decidida—. Pero no sé cuándo. —Volvió a gruñir—¡Y no le fuerce, tío! ¡Mi primo es muy cabezota! Tiene que tomar él la iniciativa. Ya la ha oído. Quiere que la ame.

Volvió a gruñir, pero más suave y miró hacia la puerta antes de cerrarla y tomar aire. —Le doy un mes antes de pegarle un tiro.

Johanna suspiró aliviada. —¿Y dos meses?

—Un mes.

—¿Mes y medio?

Martin se echó a reír. —Me gustas, niña. Se nota que eres de la familia.

Johanna sonrió. —Gracias, tío. —Alargó la mano. —Mes y medio.

—Trato hecho.

Capítulo 6

Michelle caminó por el parque y miró hacia el cielo cuando empezó a llover. Ni se había dado cuenta de que había oscurecido. No podía soportar tenerle en la casa. ¡No sabía cómo comportarse con él! Tenía ganas de besarle y de matarle a la vez. Su prima desde su conversación en su habitación no había vuelto a comentar el tema y estaba totalmente perdida. Reprimió las ganas de llorar y desde la acera de enfrente miró la casa. No tenía más remedio que volver. Esperaba que su padre comprara la nueva casa cuanto antes porque esos días iban a ser una tortura.

Arrastrando los pies fue hasta la puerta y llamó. Se abrió de inmediato y George la vio entrar totalmente desanimada. —Señorita, les tiene a todos muy preocupados. La esperan en el salón a punto de salir a buscarla.

Edward salió del salón con la misma ropa que llevaba en el barco. —¿Dónde estabas? —gritó furioso.

—Paseando.

Edward vio cómo se quitaba el abrigo como si nada. Su padre salió del salón y sonrió. —Sabía que estabas bien. Se alarman por na.

Sonrió a su padre y Edward la cogió por el brazo fuera de sí. —¡Sube a tu habitación!

Parpadeó asombrada. —¿Qué?

—¡Este comportamiento es intolerable! ¡Sube a tu habitación!

Apartó el brazo furiosa y siseó —No vuelvas a tocarme.

Edward entrecerró los ojos. —¡No sé lo que ocurre aquí, pero mereces una azotaina por largarte durante horas!

—¿Y me la vas a dar tú?

Su padre silbó antes de volver al salón dejándola sola con él. Jadeó indignada. —¡Padre!

—A mí no me metas.

Edward sonrió antes de cogerla por la cintura cargándosela al hombro. Gritó rabiosa sujetándose en la chaqueta.

—¡No sé qué ocurre aquí, pero me lo vas a explicar! —Entró en su habitación mientras todas las cabezas de la familia les observaban desde la puerta del salón.

Johanna gimió mirando a su marido que siseó —Mierda.

—Todavía queda la esperanza de que le rechace —dijo Susan.

Escucharon el grito de Michelle en la planta superior. —¡Serás imbécil!

Edward la tiró sobre la cama y la señaló. —¡Ahora me vas a explicar ese recibimiento tuyo después de jugarme el pellejo para hacerte rica!

—¡Ya era rica! —Con orgullo levantó la barbilla. —¡Y te di lo que merecías!

—¡Preciosa, he pasado las peores semanas de mi vida! ¡Más te vale que me expliques por qué me has pegado, porque si no me voy a cabrear y no respondo!

—¡Púdrete! —Intentó darle una patada, pero él la cogió por los tobillos. Gritó cuando la giró boca abajo.

—Al parecer sigues siendo una deslenguada sin educación. —Le levantó las faldas sentándose sobre sus piernas y ella gritó de frustración al intentar levantarse. El azote que le dio con fuerza en el trasero la hizo abrir los ojos como platos, pero no dijo ni pío.

—¿Vas a explicármelo?

—¡Imbécil!

Le dio dos azotes más y ella apretó los puños de impotencia antes de

insultarle de nuevo ganándose tres más. Sentía el trasero que le ardía y no pudo evitar insultarle. —Cabrón.

—¿No has tenido bastante? ¿Por qué me pegaste?

—¡Te odio!

La golpeó de nuevo y Michelle ya no pudo reprimir las lágrimas. Al oírla sollozar se detuvo en seco y se apartó para darle la vuelta. Tumbada en la cama la miró a los ojos. —Esto es porque no te pedí matrimonio, ¿verdad?

—¡No me casaría contigo ni muerta!

Edward la cogió por la nuca besándola apasionadamente y Michelle gimió empujándole por el hombro. Cuando él se apartó le espetó —Me voy a casar con otro.

—¿Qué has dicho? —Su voz de acero le puso los pelos de punta, pero no dio un paso atrás.

—Me voy a casar con otro.

Apretó la mano de su nuca levantando su cara. —¿Ya has encontrado a ese conde?

—Puede.

Él sonrió divertido. —Preciosa, ¿intentas darme celos para que me declare? —Al ver sus fríos ojos azules Edward se tensó. —¿Por qué me golpeaste?

—Porque te desprecio. —Él palideció. —Me hiciste daño y te dio igual. ¡Sabías que te quería y no me correspondiste! —le gritó a la cara sin darse cuenta de que lloraba—. ¡Ahora te odio y te odiaré siempre por hacerme sentir que no era buena para ti!

Edward se apartó. —¡Te advertí desde el principio!

—¡Sí! ¡Todo es culpa mía!

—¡Sí! ¡Todo es culpa tuya porque fui muy claro contigo!

—Exacto y como no seré tu esposa, seré la de otro —dijo con odio.

Se levantó de la cama y sonrió. —Perfecto. No necesito una histérica sin educación que no sabe contenerse en público.

Salió de la habitación dando un portazo y Michelle se echó a llorar tapándose la cara con las manos. Betsy entró unos minutos después y la vio echa un ovillo llorando.

—No llore, señorita. Todo va bien.

Sorprendida la miró. —¿Estás loca?

Betsy sonrió. —Ya le había dicho yo a mi señora que tenía que hablar con usted. Queremos que esté celoso, ¿recuerda? Lo ha hecho muy bien.

Parpadeó sorprendida. —¡Ya no le quiero!

—A mí no me mienta. ¡Y deje de llorar que mañana tendrá un aspecto pésimo! Ahora a desvestirse y como está castigada, se queda sin cenar.

Parpadeando la vio acercarse. —No le he dicho eso para que se ponga celoso.

—Pues le ha salido de perlas porque tiene un cabreo...

Su corazón saltó. —¿De verdad?

—Ha salido de la casa dando un portazo sin despedirse siquiera. Apuesto a que volverá borracho por la mañana.

Michelle sonrió esperanzada. —Tú crees que...

—Dele tiempo y celos. Ya verá como todo cambia en unas semanas.

A la mañana siguiente con un precioso vestido de flores bajaba a desayunar cuando George abrió la puerta. —Buenos días, señor Sherman.

Sorprendida miró hacia la puerta para ver entrar a Edward con una sonrisa en la cara. Atónita le vio ir hacia la escalera e inclinar la cabeza a modo de saludo antes de empezar a subir los escalones. Al pasar a su lado el aroma de un perfume de mujer la tensó con fuerza, pero él ni la miró para subir hasta su habitación.

Entró en la sala de desayuno preocupada y James que era el único que estaba despierto levantó la mirada del periódico. Sonrió cerrándolo. —Buenos días, Michelle. Debes estar hambrienta después del castigo de

anoche. —Se encogió de hombros de manera poco femenina y se sentó en su sitio. —¿Te encuentras bien?

—Sí, gracias.

James reprimió una sonrisa al verla coger el cucharón de los huevos y tirarlos sobre su plato de mala manera.

—¿Qué tal las clases de piano?

Michelle giró la cabeza hacia el conde y entrecerró los ojos. —Creo que voy a doblar las horas.

—Esa es una idea estupenda. Además, creo que no habéis empezado todavía con las clases de baile. ¿No es cierto?

—No. —Sonrió maliciosa. —Habrá que empezarlas.

—Sí, y cuanto antes mejor, porque en nada de tiempo tendrás que asistir a tu primer baile.

—Me aplicaré mucho.

James reprimió una sonrisa. —Estoy seguro de eso.

Presley la hizo reír cogiendo sus manos y colocándolas en el teclado, tocando como él quería. Se sentó a su lado y tocaron juntos. Él la miró a los

ojos y Michelle se sonrojó con fuerza. Terminaron la pieza y él le susurró al oído —No hay mujer más hermosa y con más talento que usted, Michelle.

Asombrada le miró y él pareció avergonzado por su indiscreción. —Perdóneme, pero...

Alguien carraspeó tras ellos sobresaltándoles y Presley se levantó en el acto tensándose mientras Michelle miraba a Edward, que les observaba como si quisiera matarles.

—¿Y usted es? —preguntó con voz lacerante.

—Soy el maestro de música de la señorita Thackeray. Presley McMillan a su servicio, señor...

—Sherman.

—Oh, es el primo de la condesa, ¿verdad? —Sonrió mostrando que era encantador. —Es un placer.

Edward muy tenso miró a Michelle y levantó una ceja. —¿Tu profesor de música?

—Y de baile. —Se levantó sonriendo y fue hasta Presley. —Por cierto, el conde me ha dicho que debo aprender a bailar, Presley. —La manera de decir su nombre hizo que Edward estuviera a punto de lanzarse sobre él. Pero ensimismado en ella el pobre ni se dio cuenta. —¿Cuándo empezamos con esas lecciones?

—Cuando usted quiera, Michelle. Será un honor enseñarla. —Se la comió con los ojos.

—Deberíamos ampliar las horas de estudio, ¿no cree? No quiero perder las clases de piano. Estoy aprendiendo mucho —dijo sensualmente.

Él cogió su mano y la besó enamorado. —Será un honor.

Presley miró a Edward e hizo una inclinación de cabeza. —Señor Sherman. Hasta mañana.

Edward entrecerró los ojos viéndole salir y Michelle suspiró como si estuviera enamorada. Fue hasta la puerta tras él y se despidió con la mano.

—¿Ese es tu pretendiente? —preguntó divertido.

Ella suspiró. —Es encantador. ¿No te parece?

—Sí, encantador —se burló él.

Ilusionada salió del salón y empezó a subir las escaleras cuando se encontró con Johanna a mitad de camino. —¿Qué tal las lecciones, Michelle?

—Muy bien. —Suspiró antes de seguir subiendo como si estuviera flotando.

Johanna vio que su primo estaba a punto de explotar y reprimió una sonrisa. —¿Has visto? Parece enamorada, ¿no crees?

—¿Crees que es conveniente que dé las lecciones sola? ¡No me parece decente!

Parpadeó del asombro. —¿Tú crees?

—¡Ese hombre intenta seducirla!

—¿Y qué hay de malo en ello?

—¡Seguro que es por su dinero!

—No digas tonterías. Las clases se las pago yo. Ella ni sabe dónde tiene su dinero. —Fue hasta el salón y su primo fue detrás como suponía.

—No es decente. ¡Es una mujer soltera y debe tener carabina! ¡Ese hombre le susurraba al oído cuando les encontré!

—¿De verdad? ¿Y qué le decía?

—¡No llegué a escucharlo! ¡Pero se sonrojó! —Apretó los puños con ganas de matar y Johanna sonrió sin poder evitarlo. —¡No tiene gracia!

—Es joven.

—¡Tiene tu edad!

—Un año menos. Uff, lo que puede pasar en un año. Además, es doncella y no sabe relacionarse con los hombres. Está acostumbrada a hombres sin modales y está deslumbrada con el señor McMillan. Cuando conozca a otros hombres, se dará cuenta que todos la tratarán así.

—¿Así cómo?

—Como debe tratarse a una mujer. Con delicadeza y con susurros

descarados. Con deliciosos bailes y besos apasionados en la oscuridad del jardín.

Edward estaba que le salía humo por las orejas y Johanna sonrió. — Tiene que conocer a mi conde, al que por cierto ya he elegido.

—Perdón, ¿qué has dicho?

—Es un amigo y está algo bajo de fondos. Le encantará. La tratará como a una reina. Le he descrito cómo es y le atraen las rubias. Cuando la vea se va a quedar con la boca abierta.

—¡Eso no va a pasar!

—¿Qué? ¿A qué te refieres, primo? ¿Recuerdas la apuesta? — Maliciosa le miró a los ojos. —¿O quieres retractarte?

—¿Retractarme?

Johanna vio en sus ojos que la apuesta ni se le pasaba por la cabeza. —Sí, sobre la apuesta....

—¡Déjate de apuestas! —gritó muy nervioso—. No puede estar sin vigilancia y...

—Ya te he dicho que eso no es importante. En dos semanas se la presentaré a mi conde que llegará a la ciudad y asunto solucionado. La deslumbrará con sus artes de seducción porque es un libertino de cuidado. No hay mujer que se le resista. Se casarán antes de un mes y...

—¡Es mía! —gritó interrumpiéndola.

Johanna le miró aparentando sorpresa. —¿Pero qué dices, Edward? Si la tratas tremendamente mal y... —Él se sonrojó e incómodo fue hasta la ventana dándole la espalda. —Casi no se puede sentar de tus azotes y la apuesta...

—Olvida lo que he dicho. Ni sé por qué lo he dicho.

—¿Esto es un plan retorcido para que deje la apuesta? ¿Crees que vas a perder? No me extraña, está preciosa y ha aprendido tanto... —Se levantó para acercarse a su primo. —Si quieres lo dejamos, James se sentirá aliviado.

Parecía que su primo no la escuchaba y le acarició el hombro. —¿Qué ocurre, primo?

—¡Nada! ¡No ocurre nada!

Divertida vio como salía del salón como si se lo llevaran los demonios. No sabía cuánto iba a aguantar, pero se lo iba a pasar estupendamente esos días.

En la cena Michelle sonreía de oreja a oreja escuchando las aventuras que su padre había disfrutado en su viaje con Edward.

Martin todavía no dominaba muy bien los cubiertos, pero se fijaba en

todo intentando no dejar mal a su hija. Vestido con su traje de noche estaba guapísimo y aunque con su cuñado Henry había algunas asperezas que todos intentaban pasar por alto, miraba orgulloso a Michelle que delicadamente cortaba la carne.

—Así que le disparó una flecha un indio cuando empujaba la balsa río arriba —dijo Alex interesado.

En ese momento escucharon un portazo y Edward apareció en la puerta del comedor con unos papeles en la mano.

—Edward, llegas tarde —dijo Rose sorprendida.

—Disculpa tía, pero tenía que solucionar esto antes de irme.

A Michelle se le cortó el aliento mientras su prima se levantaba. —
¿Irte? ¿A dónde?

—A Boston. Salgo mañana. Tengo mucho que hacer en la ciudad y los negocios por los que venía ya están solucionados gracias al tío.

Henry atónito también se levantó. —Pero te ibas a quedar una temporada. —Miró a Martin que apretó los labios viendo el disgusto en los ojos de su hija.

—Martin, tienes que firmar unos papeles.

Alex miró a Michelle que se había quedado helada. —No puedes irte ahora. Casi no has disfrutado de Londres y tenemos mil cosas que enseñarte.

—Nada me gustaría más, pero tengo que solucionar un problema que ha surgido en el astillero y llevo mucho tiempo retrasándolo. —Inclinó la cabeza. —Si me disculpáis voy al despacho. Martin cuando termines, te espero allí.

Con el corazón roto Michelle miró su plato. Se iba a ir. Le importaba tan poco que se iba. ¡Eso no podía ser! ¡No podía perderle para siempre! Puede que ahora estuviera enfadada con él, pero la posibilidad de no volver a verle no la soportaba.

—Muy bien. Ha llegado la hora de ser drástica —dijo Johanna mirando a su familia, que asintió dándole la razón.

Michelle levantó la cabeza mirando a su padre. —¿Papá?

—¿Si, cielo?

—¡Me ha desvirgado!

Martin Thackeray entrecerró los ojos y Henry gimió tapándose la cara. —Le va a matar.

Su padre golpeó la mesa con los puños haciendo temblar toda la vajilla antes de levantarse con un rugido que ponía los pelos de punta.

Johanna asombrada miró a su prima. —¡Me refería a atarle a la cama!

—Esto es más rápido —dijo James a punto de reírse.

Michelle se levantó a toda prisa corriendo detrás de su padre y le

cogió por el brazo. —No le pegues mucho —susurró.

Martin le guiñó un ojo, pero ella gimió porque de todas maneras Edward iba a sufrir. Tenía la misma cara que cuando intentaron robarles la mula y el ratero se arrepintió de ello, eso seguro porque se quedó sin dientes.

Su padre llegó al despacho que tenía la puerta abierta y entró apretando los puños y bufando. Edward levantó la mirada de los papeles. — ¿Ya has terminado?

—Voy a terminar ahora. —Cogió a Edward por las solapas levantándolo de golpe antes de pegarle un puñetazo que le lanzó contra la pared.

Michelle gimió desde la puerta al ver que le sangraba la nariz. —Así que te has beneficiado a mi hija. Explícame eso de que te vas sin casarte con ella. —Apartó la mesa. —Suerte que me pillas sin beber. Porque sino acabarías en el hoyo.

Edward se enderezó y siseó —¡No voy a casarme con ella! ¡Se lo dije desde el principio!

Martin le dio un puñetazo en el estómago que lo dobló. —¿Cómo has dicho?

—Martin, deja a mi sobrino. Cumpliré con su deber.

—Ni hablar —dijo Edward casi sin aliento—. ¿Casarme con esa loca?

¡Fue ella la que se metió en mi cama!

Michelle entrecerró los ojos cruzándose de brazos y gimió cuando su padre le pegó otro puñetazo que lo tiró sobre la mesa. No quería casarse con él si Edward no la amaba, pero la posibilidad de perderle la volvía loca y dijo —Estoy esperando un hijo.

Eso les dejó de piedra a todos y Edward siseó con burla —¿Y es mío?

Esas palabras le rompieron el corazón y dio un paso atrás como si la hubiera golpeado. Sintió que se le retorció el estómago de dolor y se llevó una mano al vientre demostrando en sus preciosos ojos azules que le había hecho daño.

Él se sentó en la mesa. —Michelle...

Negó con la cabeza sabiendo que no la amaría nunca y susurró —No, no es hijo tuyo y nunca lo será.

Salió corriendo dejándolos a todos sin saber qué decir. A todos excepto a Johanna que le fulminó con la mirada. —Nunca en mi vida me hubiera imaginado que podías ser tan despreciable.

Edward sin hacerle caso corrió tras Michelle que subía las escaleras corriendo.

—¡Michelle!

Ella miró hacia atrás con los ojos cuajados en lágrimas y corrió hasta

su habitación encerrándose por dentro. Llorando escuchó que la llamaba y Michelle apoyó la espalda en la puerta mientras gritaba que le abriera o que la tiraría abajo. El golpe a la puerta la tomó por sorpresa y se apartó asustada gritando —¡Vete!

Las niñas se echaron a llorar y Edward gritó —¡Abre ahora mismo!

Ella se tapó los oídos sin dejar de llorar sin poder creerse que hubiera sido tan estúpida. Se había enamorado de un hombre que desde el principio le había dicho que nunca se casaría con ella.

La puerta se abrió con un fuerte golpe y él entró en la habitación. —
¡Nos casamos mañana!

—Antes me mato.

Edward se quedó tan sorprendido que dio un paso hacia ella. —
Preciosa, ¿qué dices?

—¡Te odio! —gritó dolida—. ¡Te odio y no quiero volver a verte!

—Edward sal de la habitación —dijo James muy serio.

—Sé que me he equivocado. No debería haber dicho eso, pero estaba enfadado y...

Loca de dolor fue hasta su mesilla de noche y cogió su pistola apuntándole. —¡Vete!

—Michelle baja eso. —Levantó una mano dando un paso hacia ella y

Michelle gritó de dolor. Ni escuchó el disparo. Solo vio como James se tiraba sobre Edward y pálida tembló al ver el humo que salía de la pistola.

Johanna gritó entrando en la habitación y se acercó a ellos. —Estoy bien —dijo James, pero su esposa gritó al ver la sangre en su camisa blanca—. No es mía, Johanna. La sangre no es mía. —James se apartó para volver a Edward que estaba de costado y Johanna hizo una mueca al ver que le faltaba parte del dedo meñique.

—La madre que la parió —dijo Edward cogiéndose la mano y mirándola asombrado—. ¡Me falta un dedo!

El alivio la recorrió de arriba abajo y para sorpresa de todos puso los ojos en blanco antes de caer redonda al suelo.

—¿Michelle? —preguntó Edward apartando a James antes de acercarse a ella. —¿Preciosa? No ha sido nada. No lo voy a echar de menos. ¿Michelle? —Asustado miró a su alrededor. —¡Llamar a un médico!

Johanna reprimió la risa viéndole dar palmaditas en la cara de su prima. Cogió su mano y la besó. —Michelle, me estás asustando.

—Será mejor que llame a un médico —dijo James asombrado pasando entre los demás que cotilleaban desde la puerta.

Johanna exasperada cogió una toalla tendiéndosela a su primo, que se cubrió su mano al ver que manchaba la mano de Michelle de sangre. Como

su otra prima no se despertaba, cogió la jarra de agua y se la tiró en la cara sobresaltándola. Edward suspiró del alivio.

Al verle a su lado soltó su mano mirándole con rencor y Edward entrecerró los ojos. —Me has disparado.

—Y he fallado.

—¡No tiene gracia! —La cogió en brazos tirándola en la cama. —
Mañana nos casamos.

—¡Antes me caso con el primero que pase! —Se apartó sus húmedos rizados de la cara. —¡Con Presley! ¡Me casaré con él!

—¡Deja de decir disparates!

—¡Él me quiere!

—¡Y a mí me odias, pero te casarás conmigo! —Furioso fue hasta la puerta. —¿Y ese maldito médico? —Se encontró de frente con Martin, que cruzado de brazos le impidió el paso.

—No te he escuchao discuparte.

—¡Padre! ¿No piensas hacer nada? —gritó ella a los cuatro vientos.

Él metió la cabeza en la habitación. —Sí, niña. Buscar al cura.

Michelle parpadeó sentada en la cama. —¡Estarás de broma! —
Edward sonrió de oreja a oreja y rabiosa saltó de la cama. —¡Antes me caso con un cerdo!

Martin Thackeray entró en la habitación empujando a Edward, que gruñó apretando los puños y este vio cómo se acercaba a su hija. Se miraron a los ojos y él susurró —Hazme caso, niña. Te casarás.

—No. ¡No me quiere y ha dicho que el bebé no es suyo! ¡No le quiero en mi vida! —Le rogó con la mirada y le cogió las manos. —Nos iremos a casa.

—¡Vete olvidándote de eso! —gritó Edward acercándose. Martin suspiró volviéndose y pegándole un puñetazo que hizo que perdiera el sentido.

Johanna levantó las manos como pidiendo ayuda mientras los demás miraban asombrados a Edward espatarrado a sus pies y Michelle ni le dirigió una mirada. —Tú y yo solos. —Siguió diciendo a su padre. —Como antes.

—Eso no puede ser. Tú le has elegido y tú te lo quedas.

Michelle entrecerró los ojos. —¡No me hagas enfadarme contigo!

—¡Yo no tengo la culpa de na! ¡Esto es cosa tuya y por una maldita vez harás lo que te digo! ¿Crees que soy tonto? Tú quisiste vivir la vida de tu prima. ¡Pues hala! ¡Ya la estás viviendo!

Asombrada miró a Johanna que se mordió el labio inferior y sus ojos se llenaron de lágrimas. —Ayúdame.

—Ni hablar. Te casarás con mi primo. —Sonrió de oreja a oreja. —

Ya verás. Al principio será algo duro, pero en nada de tiempo seréis muy felices. Te lo digo por experiencia.

Ella miró a Edward tirado en el suelo y gruñó —¡Ni siquiera lo vio venir! ¿Cómo voy a casarme con un hombre que no sabe defenderme?

—¿Cómo va pegar a tu padre? —dijo Henry entrando en la habitación —. ¡Yo tampoco le pegué en su momento por respeto a mi Rose!

Martin sonrió. —Aunque hubieras querido...

Henry se puso rojo de furia. —¿Quieres salir a comprobarlo?

—¡Ya está bien! —gritó Rose sorprendiéndoles a todos por su enfado —. ¡Esto se acabó! —Señaló a Michelle. —Te casarás con él. ¿No le querías? ¡Pues ahí lo tienes! ¡Ahora está en tus manos hacer que se enamore de ti! — Señaló a su hermano. —¡Llevo casada veinticinco años y mi marido no ha podido hacerme más feliz! ¡Deja de meterte con él o seré yo la que te parta la cara! —Henry sonrió de gusto. —¡Y ahora vamos a comportarnos como una familia y asistiremos a una boda! ¡Cómo oiga una palabra más alta que otra y alteréis a mis nietas, os saco los ojos!

Muy tiesa salió de la habitación dejándoles con la boca abierta y Martin carraspeó mirando de reojo a Henry. —Igual deberíamos hacer las paces.

—Por supuesto, Martin. Lo estoy deseando. —Extendió la mano y

Martin se la estrechó.

—¿Es que los Sherman no van a dejar de robarme a mis mujeres?

Henry sonrió. —Son las mejores.

—Eso es cierto —dijo mirando a su hija con orgullo—. Menudo marido has pillao. ¡Me gusta!

Asombrada vio que le daba una palmada a Henry en la espalda. —
¿Un coñac?

—Por supuesto. Hay que celebrarlo.

Todos salieron de la habitación y Michelle miró a Johanna con lágrimas en los ojos. —Yo no quería esto.

Se acercó para abrazarla. —Lo sé. Pero te juro que es lo mejor.

—¿Tú crees?

—Cómo te he dicho, será duro al principio, pero lo superareis. —Un gemido en el suelo hizo que mirara hacia el desastre de su prometido y apretó los labios. —Mejor os dejo solos. —Soltó una risita. —Lo del dedo ha sido un poco...

—Tenía que haberle traspasado la mano, pero estaba tan nerviosa...
Grrr. ¡Me pone de los nervios!

—Lo mismo digo, preciosa.

Johanna salió de la habitación y puso los ojos en blanco al ver el desastre de la puerta. —En esta casa nunca habrá tranquilidad —susurró de la que se iba.

Las niñas ya se habían calmado y se hizo un silencio incómodo mientras Edward gemía tocándose el costado y se sentaba.

Michelle puso las manos en jarras mirándole. —Puede que digan que debo casarme contigo, pero no lo voy a hacer.

—Oh, sí. Claro que lo harás.

—Si lo dices por mi reputación, me importa una boñiga de vaca.

—Eso, cielo. Tú saca todo lo que tengas dentro. —Se levantó como si le costara y gimió levantando la mano cubierta por la toalla llena de sangre. Michelle se mordió el labio inferior arrepentida, pero no dijo una palabra. — ¡Joder! ¡Mira lo que has hecho! —dijo él furioso—. ¡Debería ser yo el que dijera que no me casaba con una loca como tú!

—¡Eso ya lo has dicho!

Él la miró de arriba abajo. —¿Estás bien?

Que se preocupara por ella mientras que él estaba hecho una piltrafa lleno de golpes la emocionó y sus ojos se llenaron de lágrimas. —Preciosa, no llores —dijo como si estuviera agotado.

—¡Te has acostado con otras! —le dijo impotente—. ¡A mí no me

tocarás un pelo!

La miró sorprendido. —¿Cuándo me he acostado con otras?

—¿Crees que no tengo olfato, idiota? ¿Y que no sé lo de la viuda de Boston? —Le señaló con el dedo. —¡Te lo advierto, vuelve a hacerlo y te la corto!

Edward se tensó. —No sé cómo te has enterado de lo de la viuda, pero me suena muy sospechoso. ¡Y no me he acostado con nadie! ¡Necesitaría seis meses para recuperarme de tus exigencias durante una semana!

Jadeó indignada. —¿Yo exigente? ¡Tranquilo que a partir de ahora vas a tocarte mucho más a menudo! ¡Y no te pienso ayudar!

Edward la cogió por la cintura pegándola a él y siseó —Harás lo que yo te diga. —Una lágrima cayó por su mejilla y él se la besó con delicadeza. —Siento lo que dije antes —susurró antes de besar su mejilla de nuevo—. Estaba enfadado.

—¿Por qué?

—No te importa. —Sonrió contra su mejilla al darse cuenta de que se tensaba. —No me he acostado con ninguna otra. ¿De acuerdo? —Besó su cuello haciéndola temblar entre sus brazos. —Me vuelve loco como me respondes. —La miró a los ojos. —¡Y cómo te vuelva a ver con ese pianista

de tres al cuarto, te doy una tunda que no saldrás de la cama en una semana!

Michelle sonrió porque estaba celoso. —Pues vuelve mañana. Tiene que enseñarme a bailar.

Él la cogió por la nuca inclinando su cabeza hacia atrás. —¿No me digas? ¿Necesitas aprender a bailar? Preciosa, yo te enseño. —La besó como si la necesitara y Michelle gimió abrazándole sin poder evitarlo. La otra mano bajó hasta su trasero pegándola a él y alguien carraspeó desde la puerta.

Edward se apartó de golpe dejándola atontada mientras James divertido entraba en la habitación con un hombre con un traje marrón detrás de él. —Ha llegado el doctor Hobson.

—Estupendo. Mi prometida se ha desmayado —dijo dejándoles a todos asombrados porque era obvio que el que necesitaba atención era él. Su cara empezaba a hincharse por los golpes y la mano no dejaba de sangrar.

Michelle negó con la cabeza. —No le haga ni caso. Atiéndale a él.

—Sí, será lo mejor —dijo el doctor mirando la habitación asombrado—. ¿Una pelea?

—Algo así —dijo Edward sentándose en la cama con esfuerzo.

—Cielo, ¿te ayudo a quitarte la chaqueta? —Hizo una mueca al ver que la tenía rota en un hombro.

—Mejor le ayudo yo —dijo James advirtiéndola con la mirada—.

Espera abajo Michelle.

Se apretó las manos y negó con la cabeza. —¡Si ya lo he visto todo!

El médico carraspeó sonrojándose. —Conde, ¿ha dicho prometida?

—Michelle... —Edward la advirtió con la mirada—. Espera abajo.

—¡Menuda tontería! —dijo indignada yendo hacia la puerta—. ¡Si lo voy a ver después!

—¡Michelle!

—¡A mí no me hables así, que no me caso! —gritó yendo por el pasillo.

El doctor no salía de su asombro y ambos carraspearon sin saber qué decir.

—Mejor le atiendo antes de que vuelva. Empecemos con esa mano antes de que regrese su... prometida.

Capítulo 7

Cuando bajó el doctor, Michelle esperaba impaciente en el hall. —
¿Cómo está, doctor?

El hombre se rascó la cabeza casi sin pelo. —Sufrirá de dolores durante unos días, pero no tiene nada roto. —Suspiró del alivio porque su padre pegaba puñetazos que baldaban a cualquiera. —Y le he cosido el dedo. Le faltará la uña, pero no se notará demasiado.

Se sonrojó intensamente pensando que debía controlar su carácter. —
¿Algo más?

—Cásese —dijo yendo hacia la puerta. Se detuvo antes de salir y la miró de arriba abajo—. Supongo que está bien.

—Sí, ya puede largarse —dijo distraída.

El doctor reprimió la risa. —La veré en unos meses.

—Sí, sí, claro.

—Cuídese. —Rió por lo bajo al verla ir hacia la escalera y miró al mayordomo. —En esta casa siempre me encuentro las situaciones más interesantes.

—No nos aburrirnos. Se lo aseguro.

Michelle entró en su habitación y vio que su cama estaba vacía. Apretó los labios antes de ir hacia el final del pasillo y abrió la puerta para ver a Edward tumbado en la cama con los ojos cerrados. Se subió a la cama y se tumbó a su lado.

Él suspiró. —Preciosa, no puedes estar aquí.

—Si nos vamos a casar.

—Pero no estamos casados. —Desmintiendo sus palabras cogió su mano y se la puso en su pecho. Michelle sonrió levantando la cabeza para ver los morados en su torso desnudo y en su cara. Hizo una mueca y se tumbó de nuevo.

—Te he echado de menos —susurró escuchando su respiración.

Él apretó su mano, pero no dijo nada. Eso la hizo sonreír porque estaba claro que le iba a costar que Edward le dijera algo así.

Al día siguiente su prometido no era capaz de levantarse de la cama por los dolores que tenía por todo el cuerpo y la verdad es que tenía un aspecto terrible y su humor era todavía peor.

Ella entró con una bandeja para llevarle el desayuno y le echó la bronca por cargar pesos. Estuvo todo el día insoportable y ella puso su mejor cara, porque ya que se iba a casar con él, no era plan de volver a discutir. Pero después de comer ya estaba que se subía por las paredes y cuando George llamó a la puerta, se levantó de la cama para abrir tan rápido que su prometido levantó una ceja divertido.

—¿Sí?

—Señorita, su profesor de música acaba de llegar y espera al lado del piano impaciente.

—Oh. —Se volvió ligeramente para mirar de reojo a Edward, que intentaba enterarse de lo que ocurría y sonrió radiante. —Johanna me llama. —George levantó una ceja, pero no dijo ni pío. —No te importa que baje, ¿verdad?

Edward entrecerró los ojos. —¿Johanna te llama?

—Sí. Será algo del nuevo vestuario. —Salió cerrando la puerta, pero antes de cerrar del todo le dijo metiendo la cabeza en la habitación —Puede que tarde un poquito. Tú descansa, mi vida. Te veo algo pálido.

—Sí, dormiré un rato... —La cara de alivio de Michelle le mosqueó, pero siguió sonriendo como si nada.

Michelle corrió hacia las escaleras y bajó a toda prisa para entrar en el salón donde Presley se levantó del sofá de inmediato. —Señorita Michelle, está hermosísima esta tarde.

—Oh, qué amable. —Sonrió acercándose con la mano extendida. Él se la besó cogiendo su mano más de lo necesario mientras la miraba a los ojos, cuando llegó al salón Johanna que carraspeó sorprendiendo a su profesor de música. Él hizo una reverencia. —Condesa, me alegra verla.

—Lo sé. —Se sentó en el sofá como si nada. —¿Empezamos con las lecciones? Quiero ver lo que su pupila ha mejorado.

El profesor se sonrojó. —Por supuesto.

Michelle miró confundida a su prima, pero la cara de Johanna indicaba que no se movería de allí. Fue hasta el piano y se sentó. —Empecemos con la escala, Michelle. —Johanna carraspeó y él se sonrojó intensamente. —Quiero decir... señorita Thackeray.

Michelle fulminó a su prima con la mirada, pero ella se hizo la loca. Empezó a tocar la escala y lo hizo impecablemente. Él sonrió encantado, pero Johanna no parecía nada impresionada. —Ahora al revés.

Lo hizo mirando de reojo a su prima que chasqueó la lengua

poniéndola de los nervios. —¿No puede tocar una melodía?

—Tiene que tener en cuenta que solo lleva unas semanas de estudio. Debe dominar el teclado para empezar a tocar, Condesa.

—Podemos tocar a dúo, ¿verdad? —dijo ilusionada para que su prima lo viera.

Él sonriendo se sentó a su lado y Johanna volvió a carraspear. Asombrada vio cómo su profesor se levantaba para tocar con el espinazo doblado con tal de no rozarla.

Cuando terminaron los dos sonrieron a la condesa que levantó una ceja antes de decir —¿George?

—¿Sí, milady?

—Él té.

—Sí, milady.

—Johanna... —Michelle se levantó del banquito. —¿Se puede saber qué te ocurre? Elizabeth te dirá que hay que aprender así.

—Esperaba más resultados. ¿Y el baile?

Michelle y Presley se miraron. —Esperábamos empezar hoy, milady.

—Ah, pues eso me entretendrá mientras llega Elizabeth. Empezar. — Movi6 la mano apurándoles y Presley la cogió por la cintura. — Empezaremos con los pasos básicos del vals, señorita.

Los ojos de Michelle brillaron. —El vals. —Cogió su mano y la puso en su hombro antes de coger la otra pegándola a él. Se sonrojó un poco mirando a Johanna que entrecerró los ojos.

—Paso básico, un, dos, tres. —Al hacerlo ella le siguió sin esfuerzo y Presley sonrió repitiéndolo. —Muy bien, señorita. Se nota que es una alumna a la que no le costará aprender. Se deja llevar perfectamente.

—¿No me digas?

La voz de su prometido la hizo gemir y miró sobre su hombro para verlo vestido con unos pantalones negros y una chaqueta marrón con los puños de terciopelo negro. Su cara decía que esa lección no le gustaba un pelo y cuando caminó hacia su novia estaba a punto de explotar.

—Primo, estoy aquí —dijo Johanna divertida.

—Ya lo veo. —Se acercó a Michelle y siseó —Así que estás aprendiendo a bailar, preciosa.

Presley le miró confundido antes de mirarla a ella, que se moría de la vergüenza porque la habían pillado.

—Edward...

—Puesto que mi prometida quiere aprender a bailar —dijo dejando las cosas claras a su profesor de música que la miró asombrado—, creo que debería ser yo quien le enseñara.

Michelle negó con la cabeza. —Estás convaleciente y Presley puede enseñarme.

—Ven aquí, Michelle.

Gruñó dejando caer los brazos y se acercó a su prometido a regañadientes para sisear —No me vas a quitar esto.

—Claro que sí. —Cogió sus manos y la pegó a él. Michelle le miró a los ojos. —Se han terminado estas lecciones, preciosa.

—¡No! —Le rogó con la mirada. —Prometo ser buena. Quiero aprender. —Ni se dio cuenta que bailaban alrededor de los sofás como si fueran uno solo. Tú no puedes enseñarme a tocar el piano.

Johanna sonrió de oreja a oreja antes de mirar a Presley, que parecía que le acababan de dar el disgusto de su vida. Ignorándole volvió a mirar a los novios que se miraban a los ojos demostrando todo lo que se querían, pero su primo dijo —Buscaremos otro profesor que tenga sesenta años por lo menos.

Michelle se sonrojó intensamente. —Edward...

—Oh, ¿es que él no tiene que escucharlo? —Se detuvo en seco. — ¿Crees que voy a dejar que a mi mujer le susurren al oído?

Presley se sonrojó. —Creo que debería irme.

—No, por favor. —Decepcionada porque le quitaran las lecciones

juntó las manos rogándole con la mirada a su prometido. —No pasará nada, de verdad. —Miró a Presley. —¿A que sí?

Él asintió a toda prisa. —Por supuesto. Sé cuál es mi sitio.

Edward le señaló con el dedo. —Como te acerques de más, lo único que vas a tocar serán los bastones que te sostengan el resto de tu vida.

Michelle jadeó viendo como Presley cogía su maletín a toda prisa y salía del salón sin despedirse siquiera. —¡Edward! —Se volvió molesta.

—Este es un listo —dijo él sin darle importancia antes de sentarse con esfuerzo ante su prima.

—Vaya que sí. —Johanna sonrió a George.

—¡Me he quedado sin profesor!

—Mala suerte. —Cogió la taza de té que le daba George y ella se sentó a su lado enfadadísima.

—No te preocupes, querida —dijo Johanna divertida—. Buscaremos otro. No tan atractivo y que tu futuro marido apruebe.

Gruñó cogiendo una pasta y metiéndosela en la boca de golpe olvidando sus modales.

—Preciosa, te vas a atragantar.

Ella le miró como si quisiera matarle y Edward reprimió la risa antes de beber de su té.

—¡Tenías que levantarte de la cama para fastidiarme! —dijo con la boca llena.

—Sabía que tramabas algo. ¡Y no vuelvas a mentirme!

Se sonrojó masticando antes de coger un bocadito de limón que se metió en la boca entero. Edward puso los ojos en blanco. —¿Qué? ¡Estamos solos!

—Preciosa, tienes que ser una dama todo el tiempo.

En ese momento entró su padre en el salón vestido con un traje negro. Abrió la boca asombrada porque parecía todo un caballero. —Padre, ¿de dónde has sacado ese traje?

—James me ha llevao a su sastre. —Se volvió y Michelle se echó a reír levantándose.

—Estás mu elegante.

—Cielo, ¿tu padre es una mala influencia?

—Muy elegante. —Se corrigió deprisa haciendo sonreír a Edward a su espalda. —¿Te lo has hecho pa la boda?

Johanna gimió, pero ella no se dio cuenta acercándose a su padre y rodeándolo. —No, niña. Me van a hacer siete más —dijo dándose importancia. Se echó a reír a carcajadas—. Si me vieran en casa.

Michelle se echó a reír también asintiendo. —Pero ahora somos ricos

y debo vestir como un caballero. Me voy de juerga para celebrarlo.

—Eh... —Miró de reojo a su prometido. —Padre, aquí no hay tabernas con putas como en casa.

—Claro que sí. Ya verás cómo las encuentro.

Edward levantó una ceja. —Debes tener cuidado, Martin. Esos antros que quieres conocer, pueden ser peligrosos para un hombre rico como tú.

—No. Si voy al local de Sterling —dijo dejándoles de piedra—. Seguro que conozco una gachí que me guste. —Se echó a reír. —Me sacará los cuartos, pero para qué coño los quiero sino. Igual me busco una amante de esas que te esperan con las piernas abiertas. —Se echó a reír a carcajadas mientras que Johanna se tapaba la boca para no reírse mientras Edward se tensaba con fuerza. —Bueno, voime. —Besó a Michelle en la mejilla y salió del salón. —¡George, amigo cómo pueo ir al puerto!

Michelle forzó una sonrisa acercándose y sentándose al lado de Edward. —Bueno...

—¿Bueno? ¡Se va de putas! ¡Y lo dice a los cuatro vientos! ¡Y al local de Sterling, que es donde van todos los caballeros! ¡Mañana sabrá todo Londres de donde habéis salido!

—¿Y eso que tien de malo?

Se apretó las manos viendo la cara de incredulidad de Edward. Se

sentía entre la espada y la pared porque a su padre no le tocaba nadie. —
¡Pues a él no le vais a cambiar, así que si te avergüenzas de nosotros no nos
casamos y ya está!

Disgustada salió del salón corriendo y Edward tomó aire apretando
los labios.

—Debes tener paciencia, primo. Ella se ha esforzado muchísimo por
mejorar y estoy segura de que lo ha hecho para que no te avergonzaras de
ella. Que ahora critiques a su padre...

—¡Sabes lo que va a ocurrir! ¡Seremos la comidilla de todo Londres!
¡Y de Boston!

Johanna sonrió. —No me voy a escandalizar. Llevo siendo la
comidilla de la sociedad desde los catorce años.

Él gruñó levantándose y Elizabeth entró asombrada en el salón. —¿Es
cierto que el padre de Michelle se va de juerga, por no decir de...?

Johanna hizo una mueca mientras que su primo se ponía rojo de furia
saliendo del salón con paso ágil para los golpes que llevaba encima. Elizabeth
miró a su amiga. —Está hecho una pena.

—Va, en un par de días como nuevo. ¿Qué te ha dicho Madame
Blanchard?

—Oh, le ha encantado tu encaje y dice que hará el vestido de novia y

que tardará una semana.

—Perfecto para organizarlo todo. Espero que no rompan antes de la semana.

—¡Michelle, deja de ser tan cabezota! ¡Nos vamos a casar!

Ambas miraron hacia arriba y gimieron antes de que la duquesa susurrara —Meteré prisa a la modista.

—Será lo mejor.

Michelle sentada ante el banquito del tocador de su habitación, esperaba que Betsy terminara su recogido. Escuchó que llamaban a la puerta y salió corriendo hasta las escaleras para ver que entraban los marqueses de Wildburg. Decepcionada volvió a su habitación donde la doncella levantó una ceja. —Lo siento. —Resignada se volvió a sentar.

—No debe preocuparse por su padre, señorita. Seguro que el señor Sterling le cuida bien.

Gimió tapándose la cara. —Odio que haga esto. Siempre tenía que ir a buscarle a la cantina y me tenían que ayudar a cargarle hasta el carro.

—Es mayorcito.

—Allí le conocían y no le hacían caso cuando se ponía burro, pero

aquí... —Edward, que iba a buscarla después de vestirse, escuchó a través de la puerta destrozada. —¿Crees que le ocurrirá algo? Si va diciendo que es rico puede que le roben, ¿verdad? —Era evidente su preocupación. —¿Y si le matan? En el puerto ocurre de todo. Lo sé por Johanna.

—Está preocupándose sin razón y no es bueno para el bebé. Su padre tiene que aprender que ya no están en la mina y que ahora debe arreglárselas solo. Usted se casará y tendrá su vida.

Edward vio a través del espejo como Michelle se mordía su labio inferior. Betsy sonrió. —Ya está, señorita. Hoy está más hermosa que nunca.

—Eso es cierto —dijo Edward sonriendo y entrando en la habitación mientras su novia se levantaba mostrando su traje azul claro con volantes blancos que resaltaba el color de sus ojos.

Betsy salió discretamente y Michelle forzó una sonrisa acercándose. —¿Te encuentras mejor?

—Sí. —Acarició su mejilla viendo la preocupación en sus ojos. —No debes preocuparte por él. Se lo pasará estupendamente y dormirá en una de las habitaciones de Sterling.

—¿Tú crees? —preguntó esperanzada.

Edward la besó suavemente en los labios y gimió cuando se hizo daño en el labio inferior. —Oh, lo siento —susurró ella dándole un suave beso y

otro y otro haciéndole reír. Se cogió a su brazo pegándose a él—. ¿Seguro que quieres casarte con nosotros?

—¿Cómo que nosotros? Me caso contigo.

—Ya, pero mi padre...

—Ya hablaremos de eso. Ahora disfrutemos de la cena. —La besó en la sien y salieron de la habitación.

Y fue muy agradable la cena en familia. Hablaron de la boda y no sería tan precipitada como había supuesto al principio. Incluso tendría un vestido de novia que era una sorpresa de Johanna. Harían una recepción en casa.

—Sois mis únicos primos, así que debemos hacer una boda en condiciones por una vez.

Todos se echaron a reír y el resto de la velada fue perfecto. Edward estuvo pendiente de ella y sentados en el sofá acariciaba su hombro sin darse cuenta. Michelle estaba encantada, pero eso no podía durar mucho tiempo.

Estaban a punto de retirarse cuando llamaron a la puerta y George fue a abrir. Michelle se tensó enderezando la espalda para mirar hacia el hall cuando vio entrar a un hombre enorme y muy bien parecido en la casa. — Edward...

Su prometido se levantó mientras Alex decía —Es uno de los

hombres de Sterling.

—Se llama Coleman —dijo Johanna yendo hacia la puerta.

Preocupada se levantó, pero Edward le dijo —Quédate aquí.

—Pero...

—Hazme caso. Te quedas aquí.

Salió del salón y vio como James y Johanna hablaban con él. Alex suspiró. —Seguro que no es nada.

Johanna pálida entró en el salón apretándose las manos. —Michelle...

—¿Qué ocurre? —preguntó medio histérica. Corrió hasta aquel hombre mientras Edward asentía. —¿Qué ocurre? ¿Es mi padre?

—Michelle... —Su prometido la cogió de las manos y se las apretó. Estaba muy serio y tuvo un mal presentimiento. —Tu padre... se ha casado.

Dejó caer la mandíbula. —¿Qué?

—Con una puta del puerto.

Coleman carraspeó. —Al parecer se conocían. Sterling intentó impedirlo porque su padre está... —Volvió a carraspear. —Está muy borracho. Pero su padre estaba empeñado. Le encerramos en una de las habitaciones, pero consiguió escaparse. Cuando le encontramos, estaba tirado en un callejón del puerto desmayado y su esposa estaba a su lado. Tienen los papeles. La verdad es que no tengo ni idea de dónde encontraron un cura que

los casara y tan precipitadamente además, pero... está hecho.

Atónita dio un paso atrás. —¿Se ha casado? ¿Con una puta?

—Están durmiendo la mona en el carruaje.

—¿Qué?

Salió corriendo antes de que nadie pudiera impedirlo y abrió la portezuela del carruaje para ver a su padre roncando con la boca abierta y a una mujer rubia a su lado con la cabeza apoyada en su hombro. —Ay, Dios.

—Preciosa, sube a tu habitación —dijo su prometido tras ella preocupado—. Nos encargamos nosotros.

—¿Os encargáis vosotros? —Furiosa entró en el carruaje de un salto y le dio un tortazo a su padre, que se sobresaltó mirándola como si no la reconociera. —¡Padre! ¿Te has casado con esta puta?

—Querida... —Edward miró a su alrededor. —Baja el tono.

—¡Nenita! ¡La he encontrao!

—¡Eso ya lo veo! —Miró a la mujer con desprecio y la cogió por los rizos tirando de su cabeza hacia atrás. La mujer chilló abriendo los ojos y a Michelle se le cortó el aliento. —¿Madre?

Edward gimió tapándose la cara mientras Alex y James intentaban no reírse. Pero Michelle no se enteraba de nada porque tenía delante a la mujer que la había abandonado. Atónita la miró de arriba abajo y era obvio que era

puta. Miró a su padre y le gritó —¿Por qué?

—Me siento solo, nenita —dijo al borde de las lágrimas pasando su brazo por los hombros de su madre—. Y la he querido siempre.

—¿Michelle?

La voz de su madre la traspasó y la miró con odio. —¡Ni se te ocurra hablarme, zorra! ¡Le robaste todo lo que tenía y nos abandonaste! ¡Tú no eres mi madre!

—¡No le hables así! —protestó su padre molesto.

Furiosa salió del carruaje y gritó —¡No quiero volver a veros! ¡Si sigues con esa, no me hables más en tu vida! ¡Ya volverás cuando te lo haya quitao todo!

Cogiendo sus faldas entró corriendo en la casa y cerró de un portazo. Johanna se acercó preocupada con Elizabeth detrás. —¿Qué ocurre?

—¡No la quiero aquí!

—¿A su esposa? Lo entiendo, pero...

—¡Es mi madre! —gritó dejándolas de piedra—. ¡Si entra en esta casa, yo me voy!

Edward entró en la casa preocupado. —Se van a un hotel.

—¡Me da igual! —Corrió escaleras arriba con los ojos llenos de lágrimas y se volvió en lo alto de las escaleras. —¡Solo quiere su oro! ¡Le

arruinará y después le dejará como hizo antes! ¡No nos ha querido nunca!

Vieron como desaparecía yendo hacia la habitación de Edward y este suspiró del alivio. —Un problema menos.

—¿Tú crees? —Johanna negó con la cabeza. —Creo que los problemas acaban de empezar.

Y la condesa no se equivocó, porque las noticias de que su padre estaba despilfarrando sus ganancias llegaron hasta ellos apenas dos días después. Joyas, fiestas en el club de Sterling, pieles, y un carruaje tirado por ocho caballos fueron lo que llegó a sus oídos. Sentada en el salón frente a su prometido apretó los puños clavándose las uñas. —¿No puedo hacer nada? Si alguien ha trabajado como una mula para conseguir ese oro he sido yo.

—Cielo, no te pongas nerviosa.

Henry carraspeó. —Cuando pusimos los fondos a nombre de tu padre, era porque tú no estabas casada ni tienes la edad suficiente como para encargarte de ellos legalmente. Un error que no habíamos previsto, evidentemente. Pero podemos ir a la corte para reclamar que tu parte sea depositada en un fideicomiso. Ya lo he hablado con un abogado.

—Se lo beberán todo antes de que decidan —dijo rabiosa.

—Preciosa, es una auténtica fortuna. Necesitarán tres años para eso.

Entonces un pensamiento se le pasó por la cabeza. —¿Y si mi padre fallece? —Edward y Henry se miraron preocupados. —¡No!

—Sería su viuda, cielo. Tiene derecho a ello legalmente.

—¡Maldita puta! —gritó fuera de sí levantándose—. No se casó con él la primera vez, pero ahora sí, ¿verdad?

—Ah, ¿pero no se casaron la primera vez?

—No. Decían que sí, pero mi padre me lo confesó un día. Mintieron para que no dijeran en el pueblo que era bastarda. Él la consideraba su mujer.

—¿Cuántos años tenías cuando se fue?

—Seis años —dijo con rabia—. Me dijo que iba hasta el pueblo y quise acompañarla, pero me lo prohibió. No quería llevarme con ella. —Se cruzó de brazos yendo hasta la ventana. —La odio. Estoy segura de que en cuanto le vio vestido así, sus ojos brillaron con avaricia. Y yo pensando que había muerto hace años porque no había regresado.

Edward la cogió por los hombros intentando reconfortarla. —Nos iremos a Boston y te olvidarás de ellos.

—¡No! —Sus ojos azules brillaron de rabia. —¡Es mi oro y como si me la tengo que llevar por delante, que esa zorra no va a tocar una sola libra más!

—Tranquilízate. Esto no es bueno para el bebé.

Miró a su tío. —Si firman un papel donde me lo dejen casi todo, ¿vale?

—Sí.

—Que lo preparen porque voy a ir con una pistola y a ver si tienen agallas para decirme que no firman.

—Ey, ey. Ese documento no sería legal, cielo.

—¡Qué lo demuestren! Mientras tanto el dinero es mío.

—No me parece mala idea —dijo Johanna desde la puerta—. Pero no debes hacerlo tú. ¿Y unos encapuchados que les metan el miedo en el cuerpo? Seguro que Sterling...

Henry sonrió. —Sí, nuestro amigo nos ayudará, no tengo duda.

—Por una buena cantidad estará encantado. —Edward miró a Michelle a los ojos. —¿Estás segura?

—Que no les quede nada. Quiero que esa zorra le demuestre a mi padre que no le quiere.

Johanna la miró preocupada. —Pero le romperá el corazón.

Michelle apretó los labios. —¡Ya lo hizo una vez y no aprendió la lección! ¡No pienso dejar que se beban todo lo que les corresponde a mis hijos y que he trabajado tanto! ¡Ella no!

Salió del salón furiosa. Edward se pasó la mano por su pelo negro. — Está de los nervios. Lleva dos días sin dormir.

—Johanna llama al médico y que le dé algo para que descanse —dijo Henry preocupado—. Solo faltaba que perdiera al bebé por este tema.

—Sí, papá.

James entró en ese momento casi chocándose con su mujer y parecía preocupado. —¿Y ahora qué? —preguntó ella exasperada.

—Se ha retado a duelo porque han insultado a su mujer. Y siento decir que su oponente es un tirador de primera.

Edward se tensó. —¿Cuándo?

—Mañana al amanecer.

—No digáis nada de esto a Michelle. Johanna llama al doctor.

—Sí, primo. —Él salió del salón para ir hacia la puerta. —¿Qué vas a hacer?

—Ir a hablar con el abogado y con Sterling.

—¿Con Sterling? —preguntó James extrañado.

—Ya te lo explico, cielo.

Edward abrió la puerta y miró a su prima. —No la dejes sola, por favor.

—Vete tranquilo.

En cuanto cerró la puerta, Rose empezó a bajar las escaleras. Estaba pálida con todo lo que ocurría porque estaban en boca de todos. Henry se acercó y cogió su mano. —¿Has podido descansar algo?

—No dejo de darle vueltas. Me parece increíble toda esta situación. ¡Si a ti te trató así cuando nos casamos! ¡Y ahora le hace esto a su propia hija! ¡Con lo que la niña ha trabajado! ¡Es incomprensible que la mandara aquí para hacerla una dama y ahora haga esto!

—Mama, cálmate. George, que alguien vaya a buscar el médico de inmediato.

—Sí, condesa —dijo preocupado.

—¡No necesito un médico! Que traigan el carruaje.

—¿A dónde te crees que vas?

—¡A hablar con mi hermano! Alguien tiene que hacerle entrar en razón.

Johanna miró a James que asintió. —No perdemos nada.

—Mi abrigo. —Rose miró a su marido. —Iré sola. No quiero conflictos entre vosotros.

—No creo que sea buena idea que vayas sola, mamá.

—Yo sé cómo tratarle.

James se tensó. —Iré con ella. Me quedaré fuera de la habitación. Si escucho algo raro entro.

Rose sonrió a su yerno. —Perfecto.

Johanna se apretó las manos. —Ten cuidado. Esa mujer me da mala espina.

—No te preocupes. Antes de casarme, estaba acostumbrada a relacionarme con ese tipo de gente. Conmigo no va a poder.

George la ayudó a ponerse su abrigo violeta y muy tiesa cogió su sombrero para ponérselo ante el espejo. —Esta lista se va a enterar.

Johanna gimió mirando a su marido que la besó en la sien siguiendo a su suegra al exterior. Se volvió hacia su padre y susurró —¿Crees que conseguirá algo?

—Al menos le removerá la conciencia. Tu madre sabe ser machacante hasta conseguir lo que quiere. ¿Cómo crees que consiguió casarse conmigo?

Su hija se echó a reír. —¿No la robaste tú?

—Fue idea suya.

Capítulo 8

Michelle tenía a Lady Elizabeth Fishburgne en brazos y le canturreaba cuando llamaron a la puerta. Betsy entró en la habitación de las niñas y sonrió. —Venga conmigo, señorita.

—¿Has visto que hermosura?

Betsy hinchó el pecho orgullosa. —Las niñas más bonitas de todo Londres.

—Espero tener una niñita tan bonita como ella.

—La tendrá y para eso... —Fue hasta Michelle y cogió a la niña de sus brazos para tumbarla en la cuna. —Para eso va a echarse una siesta. Como todas las preñadas.

—Estoy bien.

—¡No me mienta! —La cogió de la mano y tiró de ella hasta la salida.

Michelle se quedó de piedra cuando vio al médico en la habitación de Edward.

—¿Qué hace aquí?

—Reconocerla, señorita. Desvístase.

Su tono indicaba que no estaba para bromas. Betsy empezó a desabrocharle el vestido. —Estoy bien.

—Eso lo decidiré yo. —Vio el corsé y dijo disgustado —Ni se le ocurra ponerse eso de nuevo. ¿Me ha entendido?

—Sí, doctor. —Al quitárselo no se notaba su embarazo en absoluto y el médico frunció el ceño. —¿Hace cuánto que no tiene el periodo?

—Desde que mi prometido se marchó. —El médico la miró sin comprender, pero ella pensó en ello. —No, desde el barco.

—¿El barco?

—Habla de su travesía desde las Américas.

—Sí, cuando me subí al barco lo tenía —dijo asintiendo.

—¿Y eso fue?

—Hace tres meses más o menos.

—No se le nota nada. —Miró su vientre totalmente plano.

—¿Cree que es por el corsé?

—No. A veces las primerizas no empiezan a engordar hasta más adelante. Túmbese.

Se tumbó sobre la cama y él palpó su vientre. Cogió una trompetilla de su maletín y apartó sus calzones antes de colocársela sobre la piel y escuchar al otro lado. Preocupada le miró sin decir una palabra. —¿Ha notado que sus pechos se han hinchado? ¿Ha tenido náuseas? —Negó con la cabeza.

—No. ¿No estoy embarazada?

Él se apartó y le dijo a la doncella —Quítele la ropa interior.

Asustada se quitó los pantalones interiores ella misma. —¿Qué va a hacer?

—Comprobar si está en estado o no. —Fue hasta el aguamanil y se lavó las manos. Nerviosa miró a Betsy, que sonrió intentando tranquilizarla.

Se secó las manos y tiró la toalla sobre la cama. —Sé que esto la avergüenza, pero es necesario.

—Haga lo que tenga que hacer.

Le dobló las rodillas y abrió sus piernas. Michelle cerró los ojos mordiéndose el labio inferior muriéndose de la vergüenza y de miedo por si no estaba en estado. No sabría qué decirle a Edward después de darlo por hecho.

Gimió cuando empezó la exploración y el médico asintió antes de sacar la mano de entre sus piernas. —No debe preocuparse. Está en estado.

Sonrió aliviada. —¿De verdad?

—Sí. Pero no me gusta que no haya aumentado de peso, ni que no pueda localizar el latido del corazón. —Volvió a intentarlo colocando la trompetilla sobre su vientre. La miró a los ojos.

—¿Me está diciendo que está muerto?

—No, no estoy diciendo eso. No tiene dolores de parto y eso es bueno. Puede que sea tan pequeño que todavía no pueda escucharlo. —Sonrió tranquilizándola. —Si no se encuentra mal en un mes, volveré para intentar escucharle de nuevo.

—¿Pero todo va bien?

—Debe evitar situaciones de nervios, descansar mucho y comer. Le voy a dejar un tónico porque me han dicho que lleva dos días sin dormir. Aunque si se parece a su prima, sé por experiencia que no me hará caso. —Se echó a reír. —Pero son duras. Traerá al mundo unos niños preciosos como la condesa. Eso seguro. —Sonrió aliviada. —¿Seguirá mis consejos?

—Sí, por supuesto.

—Perfecto. En un mes volveré. —Cogió el maletín y Betsy la cubrió con la colcha pues iba a abrir la puerta. —Por cierto. Tengo entendido que su

próximo marido es de Boston. —Asintió. —No recomiendo el viaje. Si ocurriera algo no estaría atendida como debe en alta mar.

—Entiendo.

—No se vaya de Londres hasta después de dar a luz.

Apretó los labios y preocupada miró a Betsy. —¿Cómo va a estar Edward aquí los próximos meses?

—No lo sé, señorita. Dirige los negocios de Boston. —Forzó una sonrisa. —No se preocupe que ya encontrarán una solución. Ahora a ponerse el camisón y a descansar.

Gritos en el piso inferior la despertaron y en camisón salió al pasillo medio atontada para escuchar a Johanna gritando indignada. Dos policías estaban en la puerta con su madre sujeta por los dos brazos como si fuera una delincuente. Asustada bajó las escaleras. —¿Qué ocurre?

Johanna se volvió. —¡Vuelve a la cama! —ordenó antes de gritarle a los policías—¿Dónde está mi marido?

—El conde está detenido, condesa. Intentó ayudar a su suegra y la señora Thackeray le ha denunciado.

El aspecto de Rose era desastroso. Como si se hubiera peleado con

alguien. —¿Qué ha ocurrido?

—¡Qué fui a hablar con tu padre y esa loca se me tiró encima gritándome que quería robarle a su marido! ¡James al oír mis gritos entró y Martin le pegó un puñetazo! —Se echó a llorar. —No reconozco a mi hermano. ¡Le han denunciado!

Los policías la soltaron y entró en casa abrazando a su hija. Johanna apretó los labios y les preguntó a los policías sin soltarla —¿Qué tengo que hacer?

Se miraron y uno le dijo en confidencia —No se preocupe. Le soltarán en cuanto declare. En una hora lo tendrá en casa.

Johanna suspiró de alivio y el policía añadió —Yo que ustedes tendría cuidado con esa mujer. Es una pieza de cuidado.

Michelle vio como Rose se echaba a llorar y horrorizada se dio cuenta de la carga que eran para todos. No formaban parte de ese mundo y en ese momento fue totalmente consciente de ello. No les creaban más que problemas desde que había llegado. Ella encaprichándose de su primo Edward, amarrándole con un embarazo y su padre saliendo de juerga dejándolos en evidencia. Miró a su prima. Nunca sería como ella con una madre que la quería y la protegía por encima de todo. Con un marido que la amaba con locura. Nunca sería una dama por mucho que lo intentara, con un

padre borracho al que le preocupaba más una mujer que le había abandonado que su propia sangre.

—Lo siento —susurró avergonzada—. Lo siento mucho.

—Michelle tú no tienes la culpa. —Johanna asustada se acercó a ella.
—De verdad. Esto pasa en las mejores familias.

Ella negó con la cabeza con los ojos llenos de lágrimas. —Solo pasa porque hemos venido. No debía haber venido. Nunca debí salir de casa.

Corrió hacia la escalera. —¡Michelle! Te aseguro que no es así. —
Miró a su madre que estaba de los nervios. —George vaya a buscar al duque y al Marqués. Les necesito.

—Sí, Condesa.

George salió por la puerta y Johanna guió a su madre hasta el salón.
—Ahora te tomarás una copita para relajar los nervios. Alex y Nelson se ocuparán de todo. —Nerviosa fue hasta el mueble bar. —¿Dónde estará Edward? —Miró hacia arriba. —Espero que Betsy se esté encargando de Michelle.

—Pobre niña. ¡Pobre niña!

Michelle se quitó el camisón y se puso un vestido que se cerraba por

delante. Cogió una capa y se puso los primeros botines que encontró. Abrió el cajón de la mesilla de noche y cogió su revólver. Todavía tenía cuatro balas. Era una pena que no hubiera comprado más balas antes de salir de Boston porque allí no sabía dónde se vendían. Pero daba igual. Aun le quedaban cuatro. Suficientes.

Salió de su habitación guardándose el revólver en el bolsillo del vestido y se ajustó la capa antes de ir hacia la escalera de servicio. Varias personas estaban en la cocina, pero aunque la vieron pasar nadie la detuvo. Salió a la calle y rodeó la casa diciéndose que hacía lo correcto. Aquella no era su vida, pero si quería tener una nueva debía recuperar su dinero y por Dios que lo iba a hacer.

Cuando llegó al hotel donde sabía que estaban alojados sus padres, entró en el hall del hotel sin preocuparse porque la miraran. No llevaba sombrero y su melena rubia caía por la espalda llamando demasiado la atención. Se acercó a la recepción y un hombre la miró sonriendo. —¿En qué puedo ayudarla?

—Los señores Thackeray, ¿en qué habitación se alojan?

Él perdió la sonrisa y la miró de arriba abajo. —En la suite real.

—Supongo que está en el último piso y es la más cara.

—Exacto, señorita.

—Perfecto.

Fue hasta las escaleras y empezó a subir. Al llegar al cuarto piso fue hasta la habitación que tenía un letrerito dorado donde se leía suite real. Caminó hasta allí y decidida fue a abrir la puerta. Para su sorpresa estaba abierta y se detuvo en seco cuando vio a cuatro hombres con las caras cubiertas y con las armas apuntando a las cabezas de sus padres.

—No disparéis —dijo uno de ellos que sospechosamente tenía la voz de su prometido.

Ella entró y cerró la puerta mirando fríamente a sus padres, que arrodillados ante la enorme cama dorada se miraban asustados.

—¿Estás metida en esto? —preguntó su padre asombrado.

—¡Crees que iba a dejar que esta sanguijuela se llevara lo que he sangrado con estas manos! —le gritó furiosa—. ¡Ese oro es mío! ¡Y tú lo sabes mejor que nadie! ¡Me he deslomado trabajando de sol a sol en esa apestosa mina, sin tener siquiera zapatos porque te bebías todo lo que había! ¡Y yo lo soporté porque te quería y no te abandoné cuando tuve mil oportunidades! ¡Pero seguí buscando y la veta la encontré yo! ¡Y yo lo saqué de allí! —gritó desgarrada. Vio los papeles que tenía delante, sacó su pistola y apuntó a su cabeza—. Firma los papeles o te envío al otro barrio con la zorra de tu mujer y me quedo con todo.

Su padre se echó a llorar. —¡No pues hacerme esto!

—¡Sí que puedo! ¡Pudiste tenerlo todo, pero decidiste traicionarme!

—¡La quiero!

—¡Pues quédate con ella, pero a mi dame lo mío!

—Michelle, no pierdas los nervios —dijo Edward tras ella.

Sin dejar de mirar a su padre a los ojos siseó —Firma o muere. Y sabes que hablo en serio.

Su padre temblando cogió la pluma y su mujer chilló furiosa —¡No lo firmes! ¡Sería un asesinato y no lo va a hacer!

—No nos pruebes, puta —dijo Coleman poniéndole la pistola en la sien—. Te advertí que te alejaras de ellos, pero le sacaste de la habitación para casarte con él. Sterling está muy disgustado.

Palideció al escucharle. —¡Firma, Martin! ¡Nos matarán si no lo haces!

Su padre firmó poniendo su nombre como ella le había enseñado y sin dejar de apuntarle se agachó para recoger los documentos. Mirándole a los ojos susurró —Volverá a dejarte y vendrás a mí de nuevo. No te recibiré hasta que sepa que has dejado la bebida.

Se volvió para salir de allí y Edward la siguió. —¿Les matamos? —preguntó Coleman divertido asustándoles.

Ella se volvió mirándoles fríamente. —No. Quiero que se dé cuenta de cómo es esa esposa que quiere tanto.

Edward la cogió por el brazo y tiró de ella hasta el exterior quitándose el pañuelo de la cara. —¿Estás loca? —Le quitó la pistola de la mano. —¿Qué haces aquí?

—Solucionar mis temas. ¡No sabía que ya habías arreglado esto!

—¡Deberías estar en la cama como te ordenó el médico! — Empezaron a bajar los escalones.

—¿Cómo sabes lo que me ordenó el médico?

—¡Porque he estado en casa y he hablado con Johanna! ¡Ella sabía que estaría aquí!

—James...

—¡Ya lo sé! Pero no podía ayudarle en ese momento. Da igual. Ahora me encargaré.

En cuanto salieron la metió en un coche de alquiler ordenándole que fuera a Mayfair. Sentados el uno frente al otro, se miraron con la respiración agitada y susurró —No debería haber entrado en tu vida. Lo siento.

La miró sorprendido. —¿Pero de qué hablas?

—Solo os hemos complicado la vida. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No merecéis esto. Somos de otro mundo muy distinto al vuestro.

—Preciosa, ¿estás bien?

—Sólo quiero que sepas que hago esto porque te quiero.

Edward vio como le apuntaba con la pistola que le había cogido sin que se diera cuenta. —¿Qué haces? Baja eso.

—¡Deténgase! —gritó ella al cochero y mirándole a los ojos susurró —Es lo mejor para todos. Sabes que es cierto.

—Aparta la pistola, Michelle. —Ella disparó al aire y el carruaje se detuvo en el acto. —Sabes que dispararé. —Una lágrima corrió por su mejilla. —No quiero hacerlo. No me obligues, Edward. —Abrió la portezuela y le dijo —Sal del coche.

—No pienso salir.

—¡Sal del maldito coche, Edward!

El cochero les miró desde la puerta. —¿Qué ocurre?

—El señor se va. No se preocupe le pagaré bien, se lo prometo.

El tipo cogió de las solapas a Edward que intentó resistirse, pero al final le sacó del coche. Michelle cerró la puerta mirándole por la ventanilla. Intentó entrar de nuevo, pero el cochero le dio un puñetazo que lo tiró al suelo. Ella gimió de dolor por él y cuando el coche se alejó le miró intentando grabar en su memoria cada uno de sus rasgos para que no se le olvidaran jamás.

—Señorita, ¿quiere tomar un té? —Se acarició su vientre de siete meses mirando distraída el jardín a través de la ventana. La primavera lo había hecho florecer y estaba precioso.

—¿Señorita?

Miró a su única doncella y sonrió. Tenía cincuenta años y la cuidaba como a una hija. —No gracias, Lidia. No tengo hambre.

—Debería tomarlo. El bebé necesita alimento.

Tomó aire asintiendo. —El bebé está bien. Creo que voy a ir a dar un paseo.

—Sí, eso le abrirá el apetito. La señora Stuart le hará una buena cena.

Salió de la pequeña casita que tenía alquilada a las afueras de Londres. Apenas estaban a setenta millas de la ciudad, pero todo era totalmente distinto. Salió del empedrado que llevaba a la valla de hierro y abrió para salir cuando paso por delante el pastor Lewis. —Buenos días, pastor —dijo ella con una sonrisa en los labios.

El pastor la miró como si fuera el diablo antes de seguir adelante como si no hubiera dicho nada. Era lo que tenía estar en estado en una comunidad tan pequeña llena de estirados parroquianos. En su antigua vida

los mineros la mirarían con una sonrisa en los labios y la felicitarían, aunque no supieran quién era el padre. Allí era la hija del pecado y llevaría al mundo a otro pecador. Nadie le hablaba excepto su servicio y la señora de la tienda. Eso era porque tenía dinero y la mujer no era tonta. Cuando el cochero la sacó de Londres, la dejó en una posada cercana y ella le entregó el revólver en pago. Costaba mucho más que el viaje y por supuesto no lo rechazó. Pidió una habitación y preguntó si había algún abogado por la zona. La posadera le dijo que había un hombre que sabía de leyes en el pueblo y al día siguiente fue a verle. Le dio sus papeles y los leyó con detenimiento. El señor Cordel le dijo que era la propietaria de los fondos de esa cuenta.

—¿Cómo puedo sacar el dinero sin que sepa dónde estoy?

—Puede dar a alguien un pagaré y que esa persona recoja el dinero por usted. Por una comisión, por supuesto.

Y así lo hizo. Ella firmaba los pagarés que el señor Cordel llevaba al banco y cobraba. Por una módica cantidad él se encargaba de todo yendo a la ciudad y le entregaba su dinero una vez al mes. Alquiló la casita que había sido de la madre de la posadera y se quedó hasta que decidiera lo que iba a hacer en el futuro. Había pensado en volver a América, pero como el médico le había aconsejado que no viajara por mar no sabía si tener a su bebé allí o mudarse a otro sitio. El médico vivía a varias millas de distancia y dudaba que fuera a atenderla por no llevarse mal con el pastor. Lidia le había dicho

que no se preocupara, que su hermana era partera y que la atendería, pero no sabía si estaba haciendo lo correcto. No dejaba de pensar en Edward y cada vez que lo hacía se decía a sí misma que estaba mejor sin ella. Se imaginaba que se habría ido a Boston o que ya habría encontrado esa esposa que estaba buscando. Se acarició el vientre subiendo la colina y se sentó en la roca de siempre para mirar el camino que llevaba a Londres. También pensaba en su padre y en cómo estaría. En si Michelle le habría dejado o si aún estarían juntos. Pero todavía no podía ponerse en contacto con su familia porque la buscarían. Sabía que Johanna con el corazón de oro que tenía, iría a buscarla de inmediato. Tenía que encontrar la manera de enviarles cartas sin que supieran donde estaba, pero lo haría después del parto. Necesitaba un tiempo para estar sola. Miró las colinas de su alrededor y respiró hondo. Se echó a toser y cuando se le pasó se llevó la mano al pecho. Le dolía un poco. ¿Debería llamar al doctor? Decidió regresar porque empezaba a refrescar y no había llevado la capa. Sí, llamaría al doctor porque más valía prevenir y además así se aseguraría de si la atendería en el parto.

Al llegar a la casita volvió a toser y Lidia salió de la cocina secándose las manos. —¿Se está acatarrando, señorita?

—¿Puedes llamar al médico? Igual debería tomar algo.

—Por supuesto. Le traeré de las orejas si hace falta. —Se puso un chal y salió de la casa a toda prisa.

Ella fue hasta la cocina y sonrió cuando la cocinera le sirvió una taza de té. —Tómese esto. Ya verá cómo se siente mejor.

—Gracias. —Pero al acercar la bebida caliente a la boca el vapor hizo que su nariz le picara y estornudó con fuerza derramando el té.

—Oh, señorita. Quizás debería acostarse. Venga que la ayude.

—No. Puedo yo. Solo tengo algo de tos.

La mujer asintió mirándola preocupada. —Mejor me acuesto hasta que llegue el doctor.

—Sí, señorita.

Fue hasta la habitación y se quitó el vestido teniendo otro acceso de tos. Empezó a preocuparse y se sentó en la cama. Ahí fue consciente de que si a ella le ocurría algo su hijo quedaría desamparado. Nadie sabía el dinero que tenía y su hijo acabaría en una inclusa. Preocupadísima fue hasta el escritorio que tenía la habitación y cogió una hoja de papel. Lidia la enviaría en caso de que le ocurriera algo. Estaba segura de que lo haría. Johanna sabía qué hacer. Mojó la punta de la pluma en la tinta y se mordió el labio empezando a escribir.

Mi querida prima

Sé que pensarás que soy una desagradecida, pero te aseguro que alejarme de vosotros ha sido únicamente un acto de amor. No podía soportar que mi familia y yo fuéramos una carga para todos vosotros y tenía que alejarme para dejaros vivir vuestra vida. Deseo de todo corazón que todo haya vuelto a la normalidad y que estéis bien.

Te preguntará por qué te envío esta carta en este momento y es porque te necesito. Es una ironía, pero sin querer entrometeros vuelvo a necesitaros. Si estás leyendo esta carta es porque ya no estoy entre vosotros y mi bebé os necesita. En la dirección que te escribo podrás encontrarle y vosotros podréis entregárselo a Edward, que sabrá administrar su herencia. Sé que al leer esta carta te disgustará, pero no debes hacerlo porque, aunque no he vivido muchos años mi vida ha estado repleta de experiencias y conocerte ha sido de las mejores.

Dile a Edward que lo siento. Siento haberle ligado a mí a su pesar y siento lo del dedo. Dile también que siento dejarle solo con el bebé. Dios, lo siento muchísimo porque eso significa que no le veré crecer y es lo que más me rompe el corazón. Dile que deseo que sea feliz y que espero que encuentre a una mujer que esté a su altura. Me gustaría que de vez en cuando le hablarais de mí. —Se limpió las lágrimas antes de continuar.

Si ves a mi padre dile que nunca he dejado de quererle y que si soy

como soy es gracias a él.

Os quiero. Os deseo la mayor felicidad.

Michelle Thackeray.

—¿Señorita?

Con la frente perlada de sudor miró hacia la puerta desde la cama donde estaba tumbada. La doncella entró sin hacer ruido en la habitación y Michelle sintió que le fallaban las fuerzas. —¿Qué ha dicho el médico? — susurró.

—Que como siga así, habrá que sacar al bebé. —Se sentó a su lado pasándole el paño por la frente. —No sabe si sobrevivirá.

Suspiró de alivio por el paño frío sobre la frente. —¿Puede morir?

Su doncella se echó a llorar. —Pueden morir los dos. No sabe si resistirá la operación y tampoco si el bebé sobrevivirá. Ese idiota no sabe nada, pero creo que teme más por usted.

Agotada volvió la cabeza para mirar el escritorio. —Abre el primer cajón del escritorio. Ahí hay una carta —dijo con la respiración entrecortada sintiendo que sus párpados le pesaban muchísimo.

La doncella se limpió la nariz y sacó la carta del cajón. —Envíala de inmediato. —susurró—. Y quiero que hagas entrar al médico. Quiero hablar con él.

La doncella asintió saliendo a toda prisa. El doctor entró en mangas de camisa demostrando que al final era mejor persona de lo que ella creía. Sonrió sin fuerzas y susurró —Gracias por estar aquí.

—No se agote.

—Por favor. Escúcheme. Quiero que saque a mi bebé.

—Michelle, estoy esperando que se recupere antes de tomar una decisión tan drástica.

—Usted sabe que eso no pasará —dijo agotada—. Me cuesta mucho respirar y no lo conseguiré. Salve a mi bebé, se lo ruego.

El doctor cogió un tónico que tenía sobre la mesilla de noche y echó su contenido en una cuchara. —Tómese esto. Es para la fiebre. Le vendrá bien.

Ella lo tomó suspirando como si tragar le costara un triunfo. Ella le cogió de la mano y le miró a los ojos. —Salve a mi bebé. Es lo único que me importa.

—Haré lo que haga falta para salvarle la vida. Se lo prometo. Ahora descanse.

Cerró los ojos agotada y sonrió. —Llevará una buena vida.

—Claro que sí. —Le colocó el paño frío sobre la frente y ella suspiró quedándose dormida.

Escuchaba murmullos a su alrededor e intentó abrir los ojos. —Ya no puedo hacer nada por ella —escuchó decir al doctor—. Sacaré al bebé.

Sonrió aliviada y volvió a dormirse. En sus sueños suspiró al soñar con Edward y susurró su nombre. Se imaginó que la abrazaba y que la besaba suavemente en los labios. Se dijo que no había mejor manera de morir.

Le pasaban un paño húmedo por el cuerpo y abrió los ojos cuando sintió que la secaban. Los párpados le pesaban muchísimo, pero hizo un esfuerzo pensando en su bebé. Lidia estaba a su lado arropándola y sonrió al verla despierta. —Ha vuelto.

—Mi bebé...

—Su bebé está en su barriga, que es donde debe estar y sigue creciendo. —Apartó un mechón de su cabello rubio con cariño. —El nuevo doctor los ha salvado a los dos.

—¿Nuevo médico? —Entonces vio el dosel de la cama en terciopelo granate y miró a su alrededor. —¿Dónde estoy? ¿En casa del doctor? — Atontada miraba a su alrededor y al ver los muebles elegantes y la colcha de seda gimió cerrando los ojos de nuevo.

—Estamos en Londres —dijo su doncella confirmando sus sospechas.

La puerta se abrió y vio que su tía se acercaba a la cama con un bordado en sus manos. —¿Le ha bajado la fiebre?

Ella sonrió y Rose dejó caer el bordado al suelo acercándose a toda prisa. —¡Estás despierta!

—Hola tía.

—Mi niña. —Le cogió la mano y la besó. —Hemos estado tan preocupados...

—Lo siento.

—No te disculpes. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Pobrecita. Lo que has debido pasar. —Se levantó sobresaltándola y corrió hacia la puerta.

—¿Tía?

Rose la abrió y gritó —¡Se ha despertado! ¡Y habla!

—¿Es que tenía que haberme quedado muda? —preguntó atónita. Lidia le hizo un gesto con la mano sin darle importancia y en ese momento

entró Edward en la habitación con aspecto de haberse levantado de la cama con la ropa puesta. Pareció aliviado al verla despierta y se acercó sentándose en la cama. Sonrió cansada. —Hola.

—Hola preciosa. —Le acarició la mejilla. —¿Cómo estás?

—Cansada, pero respiro mejor.

—¿Así que estás mejor?

—Sí.

Johanna entró en la habitación con la respiración agitada y chilló de la alegría al verla despierta corriendo hacia la cama. —Estás despierta.

—Sí.

Miró de reojo a su prima, que se sentó al otro lado, y susurró —Siento lo de la carta.

—Ahora no hablaremos de eso —dijo Edward muy serio—. ¡Cómo no hablaremos de todas las tonterías que ponías en ella y del susto que me diste después de buscarte durante cuatro malditos meses! ¡Tampoco hablaremos de la angustia que he pasado pensando que te ibas a morir después de pensar que ya estabas muerta! —le gritó a la cara mientras Michelle le miraba con los ojos como platos.

—Ah.

Edward la besó en los labios con fuerza y asombrada vio cómo se

separaba aun enfadado. Johanna reprimió una risita.

—Ahora... me voy a intentar calmar antes de pegarte cuatro gritos.

—Bien —susurró sin salir de su asombro.

Salió de la habitación cerrando suavemente la puerta y Johanna sonrió. —Está algo nervioso, pero se le pasará.

—No sé si lo he entendido bien —dijo confundida—. ¿Está enfadado?

—No, qué va... —dijo Rose uniendo las manos bajo su pecho—. Igual que le echaras del carruaje a punta de pistola después de recuperar tu dinero y no saber de ti en meses para luego enterarse por carta de que estabas muerta e ir a buscar tu cadáver y a tu hijo, le ha puesto de mal humor. Eso por no hablar de la semana que llevas en cama con un pie en la tumba.

Gimió cerrando los ojos y Johanna recriminó con la mirada a su madre su explicación. —Ya podías tener la boquita cerrada.

—Solo se lo estaba explicando —dijo asombrada.

—¿Soy horrible?

—No, ahora tienes que descansar y recuperarte para tener fuerzas y poder enfrentarte a Edward en igualdad de condiciones.

—Padre... —Johanna y Rose se miraron y abrió los ojos al darse cuenta de que no le contestaban. —¿Qué ocurre? ¿Está bien?

—Sí, claro —Johanna forzó una sonrisa. —Mamá, ¿por qué no vas a

buscar a Edward?

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no me hablas de mi padre?

—¡Edward! —gritó Rose corriendo fuera de la habitación.

—¿Le ha pasado algo? —Sus ojos se llenaron de lágrimas por el miedo que la recorrió.

Edward entró en la habitación mientras Rose le susurraba algo al oído y asustada intentó levantarse, pero no tenía fuerzas. —¿Qué le ha ocurrido a padre?

—Michelle, no pasa nada. —La cogió por los hombros tumbándola con suavidad. —Tu padre está bien. Lo que no quieren decirte, es que tus padres han vuelto a Arizona.

Suspiró del alivio. —¿De verdad?

Edward asintió. —Han vuelto a la mina. El oro que está aún allí es suyo porque la mina está a su nombre.

—Da igual. —Sonrió aliviada. —Me alegro de que al menos estén bien. —Cerró los ojos. —Que trabajen por el oro. Les vendrá bien.

—Sí, preciosa. No te preocupes más por ellos. Estarán bien. Tienen oro suficiente para vivir como reyes el resto de su vida. Ahora descansa.

—Debería comer algo —dijo Lidia preocupada por su señora—. El bebé debe comer. Solo ha bebido caldo en estos días.

—No tengo hambre —susurró casi dormida.

—No, preciosa. Lidia tiene razón. Aunque sea un caldo te vendrá bien.

La doncella salió de inmediato. —Enseguida lo traigo.

Le costaba mantener los ojos abiertos y Edward le acarició la mano mirándola fijamente. Logró abrir los párpados y sonrió. —¿Todos estáis bien?

—Todos estamos muy bien.

Una cabeza se asomó por la puerta y vio a una mujer de la edad de Rose y con el pelo castaño mirarla desde allí. —¿Quién es?

Edward se volvió y se tensó apretando su mano. —Es mi madre que ha venido de visita.

La mujer forzó una sonrisa entrando en la habitación. —¿Se ha despertado?

Michelle sonrió con esfuerzo porque se sentía agotada. —Encantada, señora Sherman.

Se acercó hasta los pies de la cama y Michelle pudo ver en sus ojos que intentaba aparentar normalidad. —Me alegro de que estés bien —dijo enderezando la espalda. Mentía. Lo vio todo el mundo y Johanna se tensó.

—Tía Marcia, ¿por qué no le dices a George que avise a mi padre?

Debe estar en la casa del Marqués hablando de negocios con Nelson. Querrá verla.

—Enseguida.

Cuando salió de la habitación, Michelle miró a Edward que le sonrió. —Me odia —dijo divertida. Después de todo lo que había ocurrido le importaba bien poco.

—No te odia. Estaba algo preocupada por no saber dónde estaba su nieto.

—¿El bebé está bien? ¿No me mentís?

Al ver su preocupación Edward le apartó los rizos rubios de la frente y susurró —Está muy bien. Ahora tienes que ponerte bien tú.

Se miraron a los ojos y susurró —No te convengo.

—Eso lo decidiré yo. Ahora estás agotada. Ya hablaremos de todo.

—¿Y me gritarás?

Él sonrió. —¿Cómo lo sabes?

—Lo echaba de menos.

—Y yo a ti, preciosa. No sabes cuánto. —Acarició su cabello y la besó en la mejilla emocionando a su prima, que se limpió las lágrimas con un pañuelo al igual que su madre. —No vuelvas a hacer algo así. Me has dado un susto de muerte.

—Ya está aquí el caldito —dijo Lidia sonriendo entrando con la bandeja.

—No tengo hambre —susurró a Edward que se incorporó sonriendo.

—Tienes que recuperar fuerzas. —Johanna se levantó para dejarle espacio a Lidia que con el bol en la mano se sentó para acercarle la cuchara a la boca. Para darles gusto abrió la boca y dejó que Lidia le diera de comer. Todos se quedaron en silencio mientras se terminaba todo el contenido y Edward sonrió satisfecho cuando Lidia dijo que había acabado. —Ahora descansa.

Entonces entraron en la habitación Elizabeth, Alex, Nelson y Susan acompañados de su tío Henry, que emocionado se acercó a la cama. —Estás despierta. —Se acercó colocándose al lado de Edward y ella apartó su mano para coger la de su tío. —Cómo me alegro, niña.

—No deberíais haberme traído. Las niñas...

—Las niñas están bien —dijo Johanna advirtiéndoles con la mirada—. Y lo importante es que tú te recuperes.

—Eso es —dijo su tío besándole la mano—. Todo será distinto ahora. Ya verás. Os casareis y...

Asustada miró a Edward. —¿Casarnos?

—¿Cómo teníamos previsto y no empieces que todavía no estás en

condiciones de gritarme tú a mí!

—¿Todavía quieres casarte conmigo? ¿Después de echarte de mi vida y quitarte medio dedo?

Todos se echaron a reír y Edward sonrió. —Todavía me quedan nueve y medio.

—Si es por el bebé...

—¡Es porque eres mi mujer! —le gritó a la cara—. ¡Ahora a dormir!

Johanna levantó los brazos como pidiendo ayuda mientras Alex reprimía una risita al igual que Elizabeth. —Creo que lo mejor es que los dejemos solos. Necesita descansar. Ya tendremos tiempo para hablar.

—Sí —dijo su tía Rose mientras ellos se miraban a los ojos.

Cuando salieron de la habitación Edward se tumbó a su lado y acarició su vientre. —Duérmete Michelle.

—Pensaba que no te volvería a ver. —Una lágrima cayó por su sien y Edward se la limpió con el pulgar.

—Shusss, no llores.

Volvió la cara para mirar esos ojos negros que tanto había echado de menos y así se quedaron dormidos los dos.

Capítulo 9

Por orden del médico no podía salir de la cama y Edward vigilaba su recuperación como un halcón cuando no estaba trabajando. Una tarde la pilló sentada en una silla y se puso hecho un basilisco, así que corrió hasta la cama sonrojada porque la hubiera pillado.

Sonrió cubriéndose con las mantas mientras él se acercaba a ella dispuesto a soltarle cuatro gritos más.

—¡Y descalza! ¿Estás loca, mujer?

—Sí, loca por ti.

Esas palabras le robaron el aliento y se le quitó el enfado de golpe. Él subió las mantas cubriéndola hasta la barbilla y Michelle soltó una risita. —
Estoy bien.

—Me alegro.

—Te alegras. —Entrecerró los ojos y vio cómo se sentaba a su lado.
—¿Eso es todo lo que vas a decir?

—Preciosa estoy deseando hacerte el amor. —Acarició su vientre con posesividad. —Ha pasado mucho tiempo.

Michelle sonrió porque eso era mucho más de lo que esperaba y alargó la mano para acariciar su muslo. Edward se tensó. —Michelle.

—¿Te has tocado mucho? —preguntó con voz ronca—. ¿Has pensado en mí? —Su mano llegó a la entrepierna y se incorporó buscando sus labios. Edward se levantó de golpe dejándola confundida. —¡Edward!

—¿Es una broma? ¡Porque no tiene gracia!

—¡Si has empezado tú!

—¡Era para ver si así te recuperas más rápido!

—Te aseguro que estoy de lo más recuperada. —Se apartó el camisón enseñando el hombro. —¿No quieres hacer el amor?

—¿Te has visto? ¡Tienes ojeras y estás más delgada que antes del embarazo!

—¿No estoy atractiva?

Él se pasó la mano por su pelo negro. —¡No te tocaré hasta que el médico diga que estás totalmente recuperada!

—¡Conociéndole eso no será hasta después del parto! —gritó

asombrada.

—¡Pues muy bien!

—¿Cómo que muy bien? ¡No puedes ponerme la miel en los labios y después decirme que no! ¡Eso es tortura!

Edward reprimió una sonrisa. —Tortura, ¿eh?

—Es como enseñarle agua a un sediento y no dejar que beba. Es cruel. ¡Has sido tú quien ha sacado el tema, así que solúcionalo!

—Me voy a trabajar.

—¿Y esta noche?

—Dormiré en mi habitación.

—¡Edward Sherman como no vengas a dormir conmigo, no me caso! ¡Allá tú! —Al ver que no le hacía ni caso, se subió sobre la cama y se quitó el camisón dejándole de piedra—¿Vas a rechazar esto?

—¿Estás loca? ¡Tápate! —Volvió a la cama y ella lanzó el camisón al fuego. Asombrado miró la chimenea. —¡Estás loca! —La intentó coger y ella saltó de la cama. —Como venga alguien y te vea así...

Puso los brazos en jarras. —¿Qué? ¿Vas a darme una paliza? —Hizo una pedorreta y Edward lo vio todo rojo haciéndola reír.

—Espera y verás. —Saltó sobre la cama haciéndola chillar y ella corrió hasta la puerta, pero la pilló antes de que pudiera abrir abrazándola

para después cogerla en brazos. Ella se echó a reír a carcajadas abrazando su cuello. —Te cogí —dijo antes de besar sus labios.

—No, te he cogido yo —dijo con voz ronca tumbándola en la cama de nuevo y cubriéndola hasta la barbilla—. Preciosa, lo digo por tu bien.

—Lo sé. Pero dame un beso. Solo uno.

Él gruñó sentándose en la cama y mirándola a los ojos se agachó sobre ella. Michelle acarició sus hombros y susurró —Eres duro de pelar, Sherman.

Besó su labio inferior haciéndola gemir y cuando entró en su boca Michelle le besó apasionada disfrutando de cada segundo. Él bajó la sábana acariciando su pecho y se retorció de placer cuando apretó su pezón entre sus dedos.

—¡Dios...! —exclamó ella cerrando los ojos cuando sus labios se apartaron de su boca para besar sus pechos.

La puerta se abrió y atontada se encontró tapada hasta la barbilla. Lidia estaba con una bandeja en la mano muy sonrojada. —Ah... mejor se la dejo aquí —dijo antes de salir corriendo.

Michelle se echó a reír a carcajadas, pero Edward la miró como si quisiera matarla. —¡Cómo me convences para hacer estas cosas!

—Porque me quieres. —Le guiñó un ojo exasperándole. —Cierra la

puerta —dijo seductora.

—¡Michelle!

—¿La cierro yo?

—¡Me voy a trabajar!

—Cariño...

—¡Tomate el té!

—¡Volveré a intentarlo! —gritó cuando cerraba la puerta.

—Siempre vuelves.

—¡Exacto!

Le pareció oír su risa en el pasillo y sonrió ilusionada. La quería. Le costaría un poco decírselo después de todo lo que había pasado, pero al final se lo confesaría tarde o temprano.

Edward no fue a cenar. Preocupada le preguntó a Lidia cuando estaba a punto de darle las buenas noches. —¿Se sabe algo de Edward?

—Al parecer ha habido un problema en el puerto e intentan solucionarlo.

—¿Un problema?

Lidia apretó los labios desviando la mirada. —¿Qué problema?

—Se han incendiado un par de barcos.

Sentándose de golpe llevó una mano a su pecho. —¿De los Sherman?
¿Lo han detenido? —En un puerto donde todos los barcos eran de madera, un incendio debía ser muy peligroso porque podía extenderse de un barco a otro con rapidez.

—No lo sé, señorita. Los hombres de la familia han ido a ayudar.

—¿Qué? —Asustada apartó las sábanas y dejando a su doncella con la boca abierta cogió la bata saliendo de la habitación sin ponérsela.

—¡Señorita! ¡Vuelva a la cama!

George puso los ojos en blanco al verla descender las escaleras. —
¿Qué ha ocurrido?

—Nada, debería volver a la cama.

Como no le respondía, entró en el salón donde las mujeres esperaban noticias. Rose se apretó las manos preocupada. —¿Qué ha ocurrido?

—¡Es culpa tuya!

Asombrada miró a la madre de Edward que la miraba con odio. —
¿Qué dice?

—Eso no es cierto, tía —dijo Johanna levantándose—. Vuelve a la cama. Ha habido un incendio en el puerto, pero seguro que ya está

controlado. No te preocupes.

—¿Por qué ha dicho que es culpa mía?

—Está nerviosa, eso es todo.

—¡Mi hijo no debería estar aquí! —gritó la que iba a ser su suegra levantándose—. ¡Debería estar en Boston con una buena mujer! ¡Tú solo le has creado problemas desde que te conoce!

Michelle palideció y Rose gritó a su cuñada —¡Cierra la boca, Marcia! ¡Michelle no tiene la culpa de nada! ¡Está prostrada en una cama, por Dios! ¿Es que se te ha ido la cabeza?

—¡Basta! —gritó Johanna imponiendo su autoridad en su casa—. ¡Es un accidente que puede pasar en cualquier momento! ¡Michelle no tiene la culpa de nada y ahora se va a la cama!

—¿Pero están bien?

—James y Henry se han ido apenas hace dos horas, Michelle —dijo Rose—. No sabemos nada.

—Edward ya estaba allí cuando se inició el incendio —le explicó Johanna—. Él nos envió el aviso.

No podía entender por qué esa mujer había llegado a la conclusión de que ella tenía la culpa de lo que ocurría.

—Vuelve a la cama. Debes reponerte. —Johanna miró a Lidia y a

Betsy que esperaban en la puerta. —Llévalas.

—Sí, condesa.

Preocupada se dejó llevar hacia las escaleras mientras las doncellas la miraban preocupadas. —¿Por qué ha dicho eso?

—No debe preocuparse, señorita. Está nerviosa porque quiere a su hijo con locura y teme por él con el incendio. La ha pagado con usted. Eso es todo —dijo Betsy sin darle importancia—. ¿No ve que ha dicho que debería estar en Boston? Es demasiado protectora. En cuanto el señorito Sherman le envió una carta explicándole que estaba buscando a su mujer y que no volvería hasta encontrarla, se metió en el primer barco para plantarse aquí.

—Betsy... —Lidia la advirtió con la mirada. —No la preocupes más.

—No me quiere de nuera, eso es obvio. —Se tumbó en la cama y suspiró mientras la cubrían.

—No. Pero esa mujer tendrá que fastidiarse porque el señor está decidido. Van a tener un hijo, por el amor de Dios —dijo indignada—. Debería estar contenta de que su hijo sea feliz a su lado y esté contentísimo de haberla encontrado.

Lidia se mordió el labio inferior reprendiéndola con la mirada, pero Betsy era la primera doncella de la casa y tenía autoridad para decir lo que se le pasaba por la cabeza. —¿Si vio el disgusto de su hijo cuando creyó que

había muerto! ¡Es incomprensible!

—¿Estaba muy disgustado?

—Se puso como loco. —Se sentó en la cama como si fuera de la familia y susurró —Destrozó el despacho.

Asombrada preguntó —¿Destrozó el despacho?

—Milady Johanna lloraba desconsolada mientras James intentaba calmarla y él se puso a pegar puñetazos a todo lo que veía. Cogió una silla y no dejó un mueble vivo. Nadie intentó detenerle porque todo el mundo comprendió su dolor.

El corazón de Michelle se retorció y se sintió culpable. —Siento haberles hecho daño.

—¿Qué culpa tiene usted de ponerse enferma? Hizo bien en enviar esa carta. La recuperaron, que era lo que deseaban desde hacía meses. Temía por su bebé e hizo bien. Pero sobre los barcos no debe preocuparse. Esos accidentes ocurren y los señores no van a arriesgar el pellejo por ellos cuando les sobra el dinero y sus familias les esperan en casa. —Sonrió soplando sobre la llama de la lámpara de aceite —Ahora a dormir que tiene que traer al mundo un precioso niño que sea el orgullo de su padre.

—Gracias Betsy —susurró emocionada.

—Va. Esa bruja debería morderse la lengua antes de hablar. Seguro

que se envenenaría y asunto arreglado.

Lidia soltó una risita y Michelle sonrió sin darse cuenta. —Si necesita cualquier cosa, avise. Hasta mañana, señorita.

—Hasta mañana.

Pero no fue capaz de dormir preocupada por Edward y los demás. Cada vez que escuchaba un sonido se tensaba mirando hacia la puerta y después de unas horas estaba desesperada por saber qué ocurría.

Al escuchar un carruaje detenerse ante la casa en mitad de la noche, corrió hasta la ventana para ver con alivio que bajaba el Conde y su tío Henry seguido de Edward, que tenía un aspecto lamentable. Estaba lleno de hollín y tenía la ropa rasgada como si hubiera apagado él solo el incendio. Los demás estaban algo desarreglados, pero lo de su prometido le puso los pelos de punta. Al darse cuenta de que cojeaba un poco, corrió hasta la puerta saliendo de la habitación a toda prisa. Les vio entrar en el hall con cara de agotamiento y Edward levantó la vista cuando Johanna salía del salón para abrazar con fuerza a su marido.

—Preciosa, deberías estar durmiendo.

Todos miraron hacia arriba y angustiada se apretó las manos. —¿Estás bien? —Bajó un escalón. —¿Estás herido?

—¿Herido? —Un alarido tras ella la sobresaltó y se volvió para ver

como su suegra bajaba la escalera en bata casi arrollándola por el camino. Edward gritó cuando la vio sujetarse en la barandilla a punto de caer.

—¡Madre casi la tiras!

Su madre no hizo caso acercándose a su hijo y llevando su pálida mano a su cara llena de hollín. —Mi niño, ¿estás bien? ¿Estás herido?

—¡Estoy bien! —Se apartó para subir los escalones hasta Michelle que contemplaba la escena impresionada. Esa mujer no estaba bien. Edward vio que estaba algo pálida. —¿Te encuentras bien?

Se miraron a los ojos. —¿Y tú? ¿Qué tienes?

—Nada. Te lo aseguro. Solo me torcí el tobillo un poco al tropezar con una cuerda del puerto.

Michelle le abrazó por el cuello aliviada por tenerle con ella y dejó que la cogiera en brazos. —Preciosa, te voy a poner perdida.

—Sabes que eso no me importa.

Edward sonrió besándola en el cuello.

—Un baño para los hombres, George —ordenó su prima desde abajo.

—Sí, milady.

Marcia apretó los puños mientras los demás les miraban con una sonrisa en los labios. —¿Muchos daños? —preguntó Johanna a su marido.

—Déjame tomar una copa y te contamos.

—Sí, necesito un trago doble. O triple. —Su padre cogió a su mujer por la cintura para entrar en el salón al igual que los demás. —Parece que las cosas mejoran entre Michelle y Edward. Habrá que ir preparando la boda.

—Papa, déjame a mí. Ya está todo en marcha.

Michelle dejó que la tumbara en la cama y él se sentó a su lado. —
Deberías...

Le cogió la mano interrumpiéndolo. —¿Qué ha ocurrido?

—Se quemó un barco y las velas cayeron sobre el de al lado. Hemos tenido suerte porque conseguimos sacar los que les lindaban, pero hemos perdido dos barcos. No los hemos podido salvar.

—¿Tuyos?

—Uno mío y otro de mi tío.

—Lo siento.

—Lo acababa de sacar del astillero, así que no ha rentado nada y todo es pérdida.

En ese momento entraron una bañera y Lidia dijo mirándoles —¿Se

bañará aquí, señor?

—Sí, éntrala —dijo ella antes de que se negara. No quería separarse de él.

Edward la miró divertido y Michelle se echó a reír. —No pensaba en eso.

—Pues menos mal, porque no podría rendir aunque tú pudieras. Estoy agotado.

Cuando salieron los lacayos y las doncellas después de echar el agua, Edward se empezó a desvestir tirando la ropa al fuego. Se quitó las botas sentándose en la silla ante la chimenea y ella se sentó en la cama apoyando la espalda en los almohadones sin quitarle la vista de encima. Tragó saliva al ver su trasero desnudo antes de meterse en el agua.

—Michelle... —dijo divertido sentándose en la bañera.

—¿Tampoco puedo mirar?

Cogió el paño y se lo puso en la cara suspirando. Preocupada se levantó arrodillándose al lado de la bañera. —Vuelve a la cama —dijo bajo el paño.

—Tú solo no podrás quitarte el hollín de la cara, cielo. Déjame ayudarte. —Cogió el paño de su cara y se lo pasó por la oreja con cuidado. Cuando estuvo bien limpia pasó a la mejilla. —Cielo, si necesitas dinero...

Él la cogió por la muñeca mirándola como si hubiera dicho algo imperdonable. —No vayas por ahí. ¿Me oyes?

—Tengo mucho dinero y tú sabes manejarlo. Tenemos que pensar en el bebé y...

—Tengo dinero de sobra para atender a mi familia. Tu dinero lo heredarán nuestros hijos.

Preocupada asintió pasando el paño por su torso. —Está bien. No te enfades.

Él suspiró. —No me enfado, pero no quiero que tu dinero sea un punto de discusión.

Le pasó el paño por la cara y él cerró los ojos. —Estás hecho un desastre. —Le besó en el hombro. —No puedes meterte así en la cama. — Con voz ronca añadió —Tendré que emplearme a fondo para limpiarte como se debe.

—¿No me digas? —Se le cortó el aliento cuando ella dejó el paño sobre su pecho y las yemas de sus dedos acariciaron su húmeda piel bajando hasta llegar a su vientre que se tensó con fuerza a su paso.

—¿Me has echado de menos, mi amor? —dijo con los ojos brillantes deseando darle placer.

Él gruñó cogiéndola por la nuca y atrayéndola para devorar su boca.

Michelle le respondió de la misma manera bajando su mano y cogiendo su miembro con firmeza. Edward gimió apartando su boca sin dejar de acariciar su nuca. —¿Te gusta? —susurró ella antes de besar su labio inferior sin dejar de acariciar su sexo.

—¡Dios! —Él cerró los ojos como si experimentara el mayor placer del mundo y Michelle se sintió poderosa besando su barbilla antes de seguir hasta el lóbulo de su oreja. Se lo mordió ligeramente y sintió como se estremecía con fuerza gimiendo de placer.

Ella continuó aseándole amorosa y Edward abrió los ojos mirándola con deseo. —Das los mejores baños que he recibido nunca.

Michelle se echó a reír y Edward la miró con posesividad antes de levantarse y salir de la bañera empapándola para cogerla en brazos y tumbarla sobre la cama.

—¡No he acabado! —exclamó riendo.

—Y yo tampoco. —Le levantó el camisón con un movimiento brusco y Michelle se retorció de placer únicamente con su mirada. Abrió sus piernas doblándoselas y la cogió por el interior de las rodillas acercándola a su sexo. Ella gimió de deseo y más aún cuando la acarició de arriba abajo con su miembro, antes de entrar en ella lentamente torturándola. Con la respiración alterada él susurró —Eres perfecta. —Inició una cadencia que la volvió loca

de placer, moviendo sus caderas suavemente sin darle lo que necesitaba del todo. Gritó de necesidad antes de ser más contundente y Michelle creyó que moriría de placer. Él levantó más sus piernas entrando más profundo en su ser y aceleró el ritmo con contundencia una y otra vez, hasta que con un último empujón la estremeció con tal fuerza que sintió que no podría vivir sin eso nunca más.

Tumbado a su lado la acarició abrazándola a él y se estaba quedando dormida cuando le escuchó susurrar —Nunca vuelvas a dejarme. Eres mía.

Sonrió acariciando su pecho, sintiéndose como si le acabara de decir que la amaba.

Cuando Edward se levantó en silencio procurando no despertarla, ella simuló no escucharle mientras se lavaba y se vestía. Tenía un dolor en un costado desde hacía al menos una hora y no quería preocuparle. Su hijo le dio una patada y se volvió tapándose con las mantas buscando la manera de que no le doliera tanto, pero parecía que el dolor empezaba a rodear su vientre tensándolo con fuerza. Edward se estaba poniendo las botas cuando sintió uno de esos dolores y apretó la almohada entre sus dedos con fuerza.

—¿Michelle? —Se acercó a la cama y vio que estaba pálida. —

Preciosa, ¿qué ocurre? ¿Te encuentras mal?

Se volvió boca arriba y él se sentó a su lado cogiéndole la mano. —Es muy pronto —dijo asustada.

Edward palideció levantándose y tirando del llamador para regresar a su lado. —No te preocupes. —Apartó su cabello rubio de su frente. —Todo irá bien. Seguro que no es nada. —Llamaron a la puerta. —¡Adelante!

Lidia entró en la habitación e hizo una reverencia. —¿Llamaron los señores?

—Que vayan a buscar al doctor. Rápido.

Lidia corrió hacia la salida y él le besó la mano. —Todo va a ir bien.

—Tendremos un bebé precioso como Rose y Elizabeth.

—Claro que sí.

—¿Qué ocurre? —Johanna entró en la habitación atándose el cinturón de la bata.

—Está de parto.

—Oh, Dios. Todavía es algo pronto, pero no os preocupéis. Ambos son muy fuertes y...

James entró a medio vestir y al darse cuenta de la situación dijo — Enseguida llegará el doctor. Johanna ve a vestirte. El doctor dejará que tú estés en el parto.

—Voy a despertar a mi madre. —Salió corriendo y James salió tras ella.

Se miraron a los ojos. —Si me pasara algo...

—¡No te va a pasar nada! —Apretó su mano con fuerza. —Has superado algo mucho peor. Dar a luz a nuestro a hijo no es nada para ti.

Michelle sonrió. —¿Vas a ser un padre muy estricto?

Él se pasó la mano libre por la cara. —Esto es culpa mía.

—¿Por qué dices eso?

—No tenía que haberte tocado. —Parecía torturado.

—¡Cielo... no es cierto! En todo caso sería culpa mía por forzarte.

Edward se estaba poniendo muy nervioso. —¡Exacto! —le gritó a la cara —¡Es culpa tuya! —Se le cortó el aliento por la rabia de su futuro marido que parecía querer golpear algo. —¡Siempre tienes que embrollarlo todo! ¡Desde que te vi por primera vez supe que solo me causarías problemas!

Atónita se le quedó mirando sin comprender lo que le ocurría y Edward se detuvo en seco como si no pudiera creer lo que le acababa de decir. Ella no pudo sentirse más decepcionada que en ese momento. Apartó la mirada girándose de costado y Edward apretó los puños con fuerza. Una lágrima recorrió su nariz sintiendo que se le rompía el corazón. No la amaba.

No la había amado nunca. Solo la había llevado hasta allí por el bebé y era obvio que estaba de los nervios por si lo perdía.

—Hijo, será mejor que esperes abajo —dijo Marcia entrando en la habitación—. Este momento es solo para las mujeres. Yo me encargaré de ella de ahora en adelante.

Edward dio un paso hacia la cama, pero al verla llorar se pasó una mano por su cabello negro.

—Edward debes irte, está muy sensible y no debéis discutir en este momento. Lo único que importa es el bebé.

Michelle escuchó como se iba y la decepción aumentó si eso era posible. Marcia se acercó a la cama y la miró con una sonrisa malvada en la cara. Vio en sus ojos que deseaba que muriera y liberar a su hijo de una vez de una mujer que no era apropiada en absoluto para él.

No le dijo una sola palabra. Simplemente se la quedó mirando satisfecha hasta que Johanna entró en la habitación con Rose, que estaba obviamente preocupada. Pero ella no podía dejar de mirar esos ojos castaños. Era obvio que pensaba que no saldría de esa, pero precisamente fue que tuviera ese deseo lo que le dio fuerzas para demostrarle que a ella no la intimidaba.

El doctor llegó enseguida y la reconoció. Michelle le dijo a Johanna

discretamente que no quería a Marcia en la habitación y aunque su prima se sorprendió de su requerimiento no dijo nada antes de ordenarle a su tía que saliera.

—¿Pero por qué? —preguntó sorprendida aparentando que estaba dolida—. ¡Solo quiero ayudar!

—Aquí ya hay mucha gente y la señorita Thackeray ya tiene a su tía y a su prima. Gracias, pero no la necesitamos —dijo el doctor cortando la discusión de raíz.

Furiosa salió de la habitación dando un portazo y Michelle suspiró del alivio. —No te preocupes —dijo Johanna—. Es algo estricta, pero os terminareis llevando bien.

Ella no lo creía, pero no pensaba demostrar ante nadie lo que sentía por ella porque solo crearía conflictos. El doctor la palpó entre las piernas y ella gimió sintiendo dolor. —El bebé ya está de camino —dijo preocupado—. Está en posición.

—Pero es pronto. —Rose se sentó al lado de su sobrina y le cogió la mano. —¿Saldrá adelante?

—A lo largo de todos estos años he visto de todo, señora Sherman. Solo Dios decide eso.

—Entiendo —susurró asustada antes de sentir un dolor.

—Que esté lo más cómoda posible. Aún queda mucho para el alumbramiento. Pueden pasar horas.

Quince horas después Michelle gritaba desgarrada de dolor poniendo los pelos de punta a toda la casa. Agotada pues no estaba repuesta físicamente de su enfermedad, sudaba en abundancia empapando los camisones que le cambiaban cada cierto tiempo. El doctor decidió que no la cambiaran más para no molestarla. Johanna entró en la habitación con una jarra de agua y la vio llorando sujetándose el vientre mientras el médico decía que quedaba poco.

Sin poder evitarlo Michelle le preguntó a su prima —¿Dónde está Edward? —Su prima desvió la vista avergonzada. —¿Jo?

—Está tirado en el suelo del salón totalmente borracho.

—¿Qué? —gritó con ganas de llorar de nuevo.

—No ha dejado de beber desde que ha salido de esta habitación, Michelle. —Forzó una sonrisa. —Estaba algo nervioso.

—¡Nervioso! —Se echó a llorar de nuevo y Johanna se preocupó.

—Shusss. —La abrazó con fuerza. —Ya verás, estás agotada, pero todo va a salir bien.

—Ya no puedo más.

—Claro que puedes. Mientras te quede un soplo de vida lucharás.

Rose lloraba en una esquina de la habitación y vio cómo su hija le cogía la mano durante las dos horas siguientes hasta que empezó el parto. Michelle agotada escuchó llorar a su bebé y perdió el conocimiento antes de poder ver su carita.

Le acariciaron la mejilla y suspiró. —Abre los ojos, preciosa. Tienes que comer.

La voz de Edward hizo que se despertara del todo y susurró —No me toques.

Su mano se apartó de su mejilla y Michelle abrió los ojos mirándole fríamente. —Vete de mi habitación.

Él sentado a su lado intentó cogerle la mano, pero ella la apartó como si le diera asco su contacto. La miró arrepentido con esos ojos negros que la torturaban día y noche, pero se había terminado.

—Edward, necesita reponerse —dijo Rose inquieta.

—Solo quiero ver a mi bebé. —Ansiosa miró a su tía. —¿Puedo verle?

Su tía sonrió. —Claro que sí, cielo. Es pequeñita, pero perfecta.

Su corazón saltó en su pecho y sus ojos se llenaron de lágrimas. —
¿Es una niña?

—Sí. Una niñita preciosa. Es igualita a Johanna de bebé. Ahora te la traigo.

Mientras su tía salía de la habitación Edward no se movió de la cama. —Es preciosa, Michelle. No podías haberlo hecho mejor.

—¡Lárgate de mi habitación! —gritó desquiciada haciéndole palidecer—. ¡No me vas a quitar esto! ¡No me vas a quitar el primer momento en que vea a mi niña y no quiero compartirlo contigo!

Edward pálido se levantó de la cama. —Perdona. No lo hice a propósito, no quería...

—¡Te odio! ¡Odio que me hagas daño y no quiero saber nada más de ti! ¡Ni siquiera has sido capaz de estar a mi lado en un momento así!

Él apretó los labios asintiendo y salió de la habitación sin decir una palabra más.

Rose entró en la habitación apenas unos segundos después y a Michelle se le cortó el aliento al ver el bultito que tenía en brazos. Se la acercó y no se podía creer que aquella fuera su hija. Era la niña más hermosa del mundo y la cogió con amor pegándola a su pecho. Era morena y estaba

dormida. Tenía un puñito cerca de la boca y fascinada tocó el dorso de su mano antes de mirar a su tía sonriendo maravillada. —Es lo más hermoso que he visto nunca.

—Sí que lo es —dijo emocionada su tía—. Niña, pensé que no lo conseguirías. Durante horas temimos perderos a las dos y has sido muy fuerte. Estamos muy orgullosos de ti.

Tragó saliva para no llorar y asintió sin saber qué decir. —Gracias. — Volvió a mirar a su hija. Su padre le había puesto el nombre a ella, así que supuso que Edward había hecho lo mismo. —¿Le ha puesto nombre? ¿Cómo se llama?

—No lo ha decidido. Quería que te despertaras para hablar de ello. Mi cuñada Marcia insiste en que debe llamarse como ella, pero él le dijo que lo decidiríais vosotros.

—No se llamará Marcia —dijo con rencor. Ni loca le pondría a su hija el nombre de la mujer que las quería muertas.

—Está como loca con ella. No se separa de su cuna.

—Quiero la cuna aquí.

—Pero niña... Te despertará cada vez que quiera comer.

—Le daré de mamar yo misma —dijo cortando la discusión—. No necesita nodrizas.

—Pero...

—Mi madre me crió así y pienso hacerlo. Así que la cuna tiene que estar aquí.

—Estás agotada. Tu cuerpo ha sufrido mucho y no tendrás buena leche. ¡Necesita crecer! —Su tía parecía atónita, pero ella miró a su hija sin hacerle caso.

Una hora después estaba Lidia aseándola cuando se abrió la puerta sobresaltándolas. Edward entró enfadado y cerró la puerta al verla desnuda sobre la cama.

—¡Sal de la habitación!

—¡Quiero que me expliques por qué has ordenado que la cuna de la niña sea trasladada aquí y por qué las nodrizas no pueden alimentar a nuestra hija!

—¡Lo haré yo! —Se tapó furiosa.

—¡No! —La señaló con el dedo. —¡Puede que estés enfadada conmigo, pero bajo ningún concepto pienso dejar que la alimentes tú! Acabo de hablar con el médico y tampoco lo recomienda pues has pasado por mucho. ¡La niña necesita un alimento nutritivo y tú estás en los huesos!

Los ojos de Michelle se llenaron de lágrimas de la impotencia. —
¡Puedo alimentarla!

—¡Ese tema está zanjado! —gritó sorprendiendo a Lidia que jadeó. Edward apretó las mandíbulas tomando aire—. La niña dormirá en el cuarto de sus primas y será atendida por las niñeras hasta que tú te recuperes. ¡Y después también! No puedes atenderla las veinticuatro horas al día.

Una lágrima cayó por su mejilla. —¡Te odio!

Edward palideció. —Lo sé. Y no puedo negar que me lo merezco. Pero no pienso dejar que la niña corra un riesgo para consentirte un capricho absurdo que no tiene sentido. Ahora vas a decidir un nombre para nuestra hija.

Ella se quedó en silencio y él suspiró. —Preciosa, tenemos que ponerle un nombre. ¿Quieres que se llame como tú?

—¿Y que lleve el nombre de mi madre? —dijo como si fuera estúpido.

—¡Pues dime un nombre o le pondré el de mi madre!

—Adrienne.

Edward frunció el ceño. —¿Adrienne? ¿Dónde has escuchado ese nombre?

—La hija de uno de los mineros se llamaba así y siempre he pensado que me gustaría ponerle ese nombre a mi hija. —Se apretó las manos nerviosa por si decía que no.

—Es un nombre precioso —dijo Lidia sonriendo—. Adrienne Sherman.

—No, se llamará Johanna Adrienne, pero como ya hay una Johanna creo que es mejor llamarla Adrienne.

—Johanna Adrienne Sherman —dijo él más tranquilo—. Es perfecto.

Le miró a los ojos sorprendida, pero agachó la mirada sin querer tener el más mínimo contacto con él. Edward carraspeó y le dijo a Lidia —Déjanos solos.

—No es necesario, Lidia. Tráeme un camisón.

—¡Lidia sal de la habitación!

La doncella salió a toda prisa y rabiosa vio cómo se acercaba a ella.
—¡Ni te atrevas!

—¿Que no me atreva a qué? —Se sentó a su lado y furiosa le abofeteó. —Vuelve a hacerlo.

Le dio otro bofetón y otro. Michelle se echó a llorar al ver que se dejaba pegar de nuevo y Edward la abrazó pegándola a él con fuerza. —Lo siento, preciosa. Fue culpa mía que te pusieras de parto. No debería haberte tocado. No me podía creer que hubiera sido tan estúpido y dije un disparate. Te aseguro que no quiero hacerte daño. Estaba tan sorprendido de mi reacción que me emborraché para intentar olvidarlo y volví a fallarte

dejándote sola.

Lloró contra su pecho y la acarició con ternura. —¿Lo sientes? —
Sorbió por la nariz.

—Más que nada en la vida. Tendría que haber estado a tu lado, pero
me moría de miedo a perderte de nuevo y...

Ella se apartó para mirarle a los ojos. —¿Y?

—No te lo voy a decir ahora porque pensarás que lo hago para que me
perdones. —Acarició su mejilla hasta llegar a su nuca. —¿Lo entiendes?

—¿No entiendo una mierda! —le gritó a la cara—. ¿Me quieres o no?

Edward sonrió. —¿Vuelve a salir la minera a la luz?

—¿La echas de menos?

—A veces. —Le miró sorprendida. —Excepto las serenatas que me
dabas que eran para tirarse de los pelos.

—Canto mu bien.

Él se echó a reír y la besó en los labios antes de abrazarla con fuerza.
—Tienes que cuidarte, preciosa. No puedo más.

—Lo haré.

—Tengo mal carácter. Ya lo sabes. Reacciono por impulso y...

—Te volveré a disparar si lo haces de nuevo.

—Me quedaré sin dedos —dijo divertido.

—Sería una pena porque me encanta que me acaricies.

A Edward se le cortó el aliento y después de unos segundos susurró

—No dejes de quererme.

—Lo intentaré.

Una semana después estaba dormida cuando escuchó llorar a su hija.

Miró a Edward que dormía a pierna suelta y le dio un codazo sobresaltándole.

—¿Qué?

—La niña. Está llorando.

—Preciosa, las niñeras... —Le fulminó con la mirada. —Bien, ya voy.

Se levantó haciéndola sonreír y gruñó poniéndose la bata. —No sé por qué tenemos niñera.

—Yo tampoco. —Se cruzó de brazos levantando una ceja y él salió de la habitación.

Volvió unos minutos después y se la puso en brazos. —Eh, mi niña bonita. ¿Tienes hambre? —Se abrió el camisón mostrando su pecho y Adrienne se agarró al pezón de inmediato. Sonrió encantada levantando la

vista a Edward, que volvió a gruñir sin quitar la vista de su pecho. —Para ti no hay.

—Ya. —Chasqueó la lengua haciéndola reír. —No tiene gracia. Todavía queda mucho.

—Sí, es una pena. —Suspiró mirando a su hija. —Al menos puedo darle de mamar un par de veces al día.

Edward se levantó y fue hasta el armario. —¿Qué haces?

—Levantarme. No podré dormir de nuevo.

—Cariño...

—Tengo mucho trabajo con los problemas en el puerto.

—¿Se sabe algo sobre el fuego?

Negó con la cabeza sin mirarla. —Esos accidentes ocurren.

Pareció que le ocultaba algo y Michelle se tensó. —Edward, ¿me estás mintiendo?

La miró sorprendido. —¿Por qué piensas eso?

—No sé. Es una sensación.

—No sé lo que ha ocurrido con los barcos, cielo. —Se puso la camisa sin mirarla lo que la preocupó aún más. Entonces se preguntó si había ocurrido algo más que ella no supiera.

—¿Me ocultas algo?

—No. ¿Qué podía ocultarte?

Otra vez no la miraba. —¡Edward!

Él suspiró volviéndose. —Son problemas del puerto. Nada más. A veces ocurren estas cosas.

—¿Como qué?

—Que se quemara un cargamento, o se rompiera una soga al bajarlo a puerto terminando en el agua... —Se encogió de hombros. —Son cosas que pasan.

Eso sí que la preocupó. —Cielo, ¿me estás diciendo que os están saboteando?

—¿Saboteando? —Sonrió divertido. —Somos la compañía de transportes más importante de los Estados Unidos. Dudo que por un par de incendios puedan con nosotros.

—¿Qué dice el tío Henry?

—Que no me preocupe. Como yo te lo digo a ti. No ocurre nada que deba alarmarnos.

—¿Seguro?

—Seguro. —Se sentó para ponerse las botas y levantó la vista para mirarla sonriendo. —No hemos hablado de la boda.

Se mordió el labio inferior antes de decir —¿Seguro que quieres casarte? No tienes que hacerlo porque tengamos a la niña.

—Lo que me faltaba por oír. —Cogió el pañuelo y se lo puso al cuello mirándose al espejo. —Adrienne es una Sherman, aunque no estemos casados. Eres tú la que no llevas mi apellido. —La miró de reojo. —¡Y quiero que lo lleves!

Michelle reprimió una risa. —Bueno, si te empeñas.

—Le diré a Johanna que lo prepare. ¡De nuevo!

Se sonrojó porque su pobre prima debía estar hasta el gorro de ellos. —Cariño, ¿cuándo nos vamos?

La miró sin entender. —¿Nos vamos?

—A Boston. —Se acercó para sentarse a su lado. —¿No tienes que trabajar desde allí?

—Tendré que ir varios meses al año, pero si tú estás más cómoda en Londres por tener aquí a la familia nos arreglaremos.

—¿Tienes más familia allí?

—La familia de mi madre. Tengo catorce primos por ese lado.

—Vaya.

—Trabajan en la empresa. Pero eso da igual. Entiendo que toda tu familia está aquí y estás apegada a ellos. No quiero que te sientas sola en

Boston, pero eso sí, tendremos que ir al menos cuatro meses al año.

Le miró preocupada. —Tampoco quiero que estés viajando continuamente. Si tenemos que mudarnos... —Le miró a los ojos. —No toda mi familia está aquí. Padre está allí. No en Boston claro, pero está en la mina. —Edward tomó aire antes de levantarse y fue hasta su chaqueta negra poniéndosela dándole la espalda. —¡Muy bien! ¡Suéltalo!

—Te dije eso para que no te preocuparas. Tus padres siguen en Londres. Les di el maletín que trajiste cuando llegaste a Londres y les dije que no quería que se acercaran a ti.

—¿Qué? ¿Cuándo ocurrió eso?

—Dos días después de traerte. Estabas aún muy enferma y no quería que se acercaran a ti. Vinieron a verte porque se enteraron de que estabas en la casa. No era la primera vez que venían.

—¿Cuántas veces?

—Tu padre vino a verte cuando se recuperó del duelo.

—¿Del duelo? ¿Qué duelo?

Edward se pasó la mano por su pelo negro. —¡No quería preocuparte!

—Vamos a ver. ¡Vas a empezar por el principio para que me entere!

—Estabas muy alterada con la boda y el comportamiento de tu padre. Se retó a duelo en una de sus juergas. Se retaba al día siguiente de que

firmara los papeles.

—Por eso te diste tanta prisa. Por si moría.

—¡Exacto! ¡Querías recuperar tu dinero y lo hice! ¡Si moría se lo quedaría tu madre y era algo que no querías! Así que me apuré en solucionar el problema.

—No me dijiste que se iba a retar.

—No me diste mucho tiempo. Te saqué del hotel y me echaste del carruaje antes de poder decir nada, ¿no crees?

Michelle hizo una mueca. —Muy bien. Te perdono.

—¿Me perdonas? —preguntó divertido.

—¿Y después?

—Tuvo suerte y le pegaron un tiro en la pierna. Se ha quedado cojo, pero al menos está vivo.

—¿Se ha quedado cojo? —preguntó apenada por él.

—La rodilla no se ha recuperado. Bueno, el hecho es que en cuanto se recuperó vino exigiendo verte.

—Pero no estaba.

—Me costó convencerle de que no estabas aquí, pero al final lo conseguí. En cuanto se enteró que estabas aquí de nuevo, aquí lo tenía otra

vez acompañado de mi querida suegra que... —Apretó los puños como si estuviera estrangulándola. —No la soporto.

—Yo a tu madre tampoco la soporto.

La miró atónito. —¡Es una santa!

—Ya. —Chasqueó la lengua cogiendo a su hija y tendiéndola a su marido que con cuidado se la puso al hombro para que eructara.

—No puedo creer que no te lleves bien con mi madre. Si te adora.

—No mientas.

—Bueno, lo intenta.

—Estábamos hablando de mis padres.

—Pues eso. Cuando regresaron, les dije que estabas muy enferma y que cuando te recuperaras te diría que habían estado aquí. Pero les di el dinero diciéndoles claramente que lo mejor es que se fueran de Londres porque seguramente no querrías verlos nunca más. No han vuelto por aquí.

Tomó aire intentando digerirlo. —Así que quería dinero.

—No lo sé y no me importa. No te lo dije porque no quería precisamente esto. Así que olvídate de ellos y vivamos nuestra vida.

Ella le miró con cariño. —Les diste el maletín.

—Sabía que te arrepentirías de haberles dejado sin nada. Al menos

algo han aprendido porque se han comprado una casa y no están todo el día de juerga. Si se administran bien, vivirán como reyes lo que les queda de vida.

—Algo es algo.

—Por eso te decía que toda tu familia está aquí y...

—Tu madre se va, ¿no? No vivirá con nosotros en Londres.

Parpadeó sorprendido. —¡Si es una santa! ¿Cómo le voy a decir a mi madre que no puede vivir con nosotros?

—Pues vete buscando una excusa cielo, porque me odia. ¡Así que ya puedes espabilarte!

—¡Si es una santa!

A Michelle se le ocurrió una idea. —¿Ah, sí?

—¡Sí! Si le dieras una oportunidad...

—Vete a su habitación y dile que has decidido abandonarme postrada en una cama. Que te llevas a la niña y que tienes el barco preparado. Ya verás lo que tarda en saltar de la cama en acompañarte.

—Madre no haría eso —dijo indignado—. Intentaría convencerme de que tengo que cumplir con mi deber. Me soltaría eso de que tenemos a la niña y...

—¿Qué te apuestas?

Se miraron a los ojos. —Nos casamos esta semana. En cuanto puedas levantarte.

—Y si gano yo... Me darás otro hijo para el año que viene.

Los ojos de Edward brillaron con deseo. —Preciosa no puedo prometerte eso. Puede que no...

—Daré igual si tu madre te convence como tan seguro estás, ¿no crees?

—Vas a perder.

—Aquí te espero. Dame a Adrienne.

Se acercó para entregarle a la niña con cuidado que se había quedado ya dormida.

—Ya verás cómo te sorprende.

—Lo dudo, mi vida —dijo irónica.

Gruñó saliendo de la habitación y ella miró a su hija. —Papá no tiene ni idea. —Edward entró unos minutos después y parecía confundido. —¿Quién ha ganado?

—Se está vistiendo. Le he dado la alegría de su vida. —Estaba asombrado y ella se echó a reír a carcajadas.

—Se va a quedar de piedra cuando le digas la verdad.

—¿Y ahora cómo le digo que era mentira?

—Métela en un barco y sal corriendo. —Se echó a reír de nuevo.

—Muy graciosa. —Volvió hacia la puerta. —¿Por qué no has pedido antes que no se vaya a vivir con nosotros?

—Porque quiero que tú tomes la decisión. Sino luego dirás que te he forzado a ello y no me parece buena idea, porque con lo rencoroso que eres me lo echarás en cara la primera vez que te enfades.

Él gruñó haciéndola reír. Desde su habitación por supuesto no escuchó lo que esa bruja le dijo a su Edward, pero lo que sí escuchó fue como algo se rompía contra la pared. Sonrió mirando a su hija. —La abuela no estará de buen humor de ahora en adelante. No, señor.

Capítulo 10

Efectivamente la guerra empezó a hacerse sangrienta en el momento que Michelle pudo salir de la habitación. Sus comentarios eran velados, pero a ella no se le pasaba desapercibido que intentaba herirla. La primera vez que bajó al salón para reunirse con su familia a tomar el té de la tarde, no hizo más que decirle que su aspecto no era sano. Johanna y Elizabeth, que estaba a punto de dar a luz, la miraron atentamente.

—Está algo delgada pero después de todo lo que le ha ocurrido para mí tiene un aspecto estupendo —dijo la duquesa con una dulce sonrisa—. Madre mía, yo solo espero no tener un parto de tantas horas.

—Es tu segundo parto —dijo Johanna cambiando de tema—. Saldrá enseguida.

—Dios te oiga.

—¿Pero seguro que te encuentras bien? —Volvió a preguntar Marcia.

—La leche que le das a la niña puede ponerla malita si no es así.

Todas la miraron sorprendidas porque volviera a insistir en el tema.

—El médico dice que Adrienne está creciendo muy bien —respondió con rabia—. Y yo estoy perfecta. Gracias por su preocupación suegra, pero no es necesaria.

—No soy tu suegra. Y puede que nunca lo sea a este paso.

Johanna sonrió. —Precisamente esta misma mañana he hablado con el cura. Edward quiere celebrar la boda de inmediato y será pasado mañana.

Marcia jadeó. —¿Tan rápido?

—Bueno, teniendo en cuenta que cohabitan como un matrimonio y que ya tienen una hija, no me parece precipitado sino todo lo contrario —dijo Rose haciéndolas reír—. ¡Somos la comidilla de todo Londres! Deberías alegrarte de que se casaran al fin.

—Oh, y me alegro. Pero esperaba que ella estuviera recuperada del todo para esa boda. —Disimuló tomando su sorbo de té y forzó una sonrisa. —Seguro que es una boda preciosa si la organiza mi querida sobrina.

Johanna miró de reojo a Elizabeth, que no disimulaba en absoluto el análisis concienzudo al que estaba sometiendo a Marcia por el ceño fruncido que tenía. —Liss.

Su amiga la miró pensativa. —¿Si, Jo?

—Espero que puedas asistir. ¿No te pondrás de parto?

—Oh, no. Este se queda ahí hasta después de la boda. Más le vale.

Todas se echaron a reír y Susan apartó un rizo rubio de su cara. —¿El vestido está listo?

—Lleva meses listo. —Johanna levantó su taza de té divertida. — Cuando Edward la vea se va a quedar con la boca abierta.

—Lo dudo —susurró su suegra—. Ya lo ha visto todo.

Rose carraspeó incómoda y Michelle levantó la barbilla intentando que sus comentarios no la afectaran.

—Seguro que estará preciosa. —Susan forzó una sonrisa. —¿Te lo has probado?

—No. Johanna quiere darme la sorpresa.

—Pero puede que no esté bien ajustado...

—No hay tiempo para eso —dijo su prima—. Como la boda será en casa tampoco es para tanto. No quiero retrasarla ni un día más, no vaya a ser que ocurra otra cosa y tengamos que esperar meses de nuevo. ¡Les quiero casados ya!

Nadie abrió la boca por las palabras de Johanna que añadió —Por mí los casaría ahora mismo, pero quiero la boda que mi prima se merece después de todo lo que le ha ocurrido.

—Tienes razón. —Susan sonrió. —¿Estás nerviosa?

Michelle correspondió a su sonrisa. —No. Pero él está de los nervios.

Todas se echaron a reír. —No me extraña. —Su tía Rose cogió una pasta. —Con todo lo que ha ocurrido, querrá cazarte cuanto antes.

Marcia jadeó como si fuera la mentira más gorda del mundo y todas la miraron sonrojándola. Se quedó callada y pensando un rato mientras ellas charlaban de los detalles. Solo estarían invitados los más allegados porque Michelle no había sido presentada en sociedad. Y así era como ella lo quería. No le apetecía tener en su día a gente que no conocía cotilleando. Por lo visto ya cotilleaban bastante sin entrar en la casa.

—En cuanto te cases organizaré un té —dijo Elizabeth provocando que todas la miraran incrédulas—. ¿Qué? Os aseguro que este no sale hasta dentro de dos semanas por lo menos.

—Sigue soñando. —Johanna miró a Michelle. —No te preocupes. Mamá y yo nos ocuparemos de presentarte a la alta sociedad. Te vendrá bien distraerte y salir de casa.

—Pero no sé esos bailes y...

—No está preparada. —Marcia la miró de arriba abajo. —Si ni siquiera sabe hablar con corrección.

Todas se tensaron. —¡Habla muy bien! ¡Mucho mejor que cuando

llegó! —protestó Susan que había invertido horas en su adiestramiento—. Además, bailará con su esposo que según tengo entendido es un bailarín excepcional. Sabrá llevarla hasta que aprenda lo suficiente para bailar con los demás.

—Dudo que su marido le permita bailar con los demás —dijo Johanna divertida—. Es algo celoso. Si vierais el humo que le salía por las orejas con su profesor de música...

Se echaron a reír mientras Michelle se sonrojaba y Marcia apretó los labios molesta. —Seguro que ella le daba motivos.

—Pues sí. ¿Cómo cree que le cacé?

Sus amigas que sabían lo que había ocurrido, se echaron a reír mientras que su suegra la miraba como si fuera culpable de todos sus males. Y seguramente lo era porque no podía ni verla. En la cena las pullas fueron algo más discretas porque su hijo estaba delante, pero empezaba a cansarla y si tuviera el banyo a mano se lo estrellaba en la cabeza. Y eso que lo adoraba.

Al día siguiente su prometido la despertó con besos por el cuello haciéndola reír, cuando se abrió la puerta de golpe sobresaltándolos y su suegra gritó —¡Se está quemando el establo!

Edward saltó de la cama, cogiendo la bata de Michelle para cubrirse sus partes y pasó ante su madre que se sonrojó intensamente al verle casi en

cueros, para coger los pantalones y las botas. Michelle preocupada salió de la cama para mirar hacia afuera donde ya se oían gritos de la servidumbre. Al volverse vio a su suegra en la puerta y esta siseó —¡Serás puta! ¡Acabas de parir y duermes con mi hijo desnudo!

—Es que así está más a mano —dijo retándola con la mirada.

—Eres una furcia de pueblo que ha engañado a mi hijo.

—Ya era hora que enseñara sus cartas. Sabía que no podía ni verme.

Disimula muy mal.

—Voy a acabar contigo. —Dio un paso hacia ella amenazante. —
¿Crees que estás a su altura? ¡No lo estarás nunca! ¡Cuando estés en sociedad, le dejarás en ridículo como el estúpido de tu padre!

Se tensó con fuerza. —Vuelve a hablar de mi padre y te arranco los pelos.

La miró con desprecio. —Si te vendió por dinero. ¿Aun así lo defiendes?

Michelle palideció. —¡Eso no es cierto!

—¡Sí que lo es! ¡Estuve ese día y vi como tu padre cogía el maletín! No ha vuelto por aquí, ¿verdad? ¡Si vives o mueres le es indiferente!

Los gritos en el exterior llamaron su atención y vio como James y Edward sacaban los dos últimos caballos. Se llevó una mano a la boca

cuando vio que el precioso carruaje blanco de Johanna empezaba a arder. — Dios mío, se está extendiendo muy rápido.

Su suegra se acercó a la ventana y palideció. —¡Hay que sacar a los niños de la casa!

Asustada corrió a ponerse un abrigo y las botas antes de salir intentando no dejarse llevar por el pánico porque las llamas del tejado del establo se veían muy cercanas a la casa. Cuando llegó a la habitación de los niños vio que ya no quedaba nadie. Corrió escaleras abajo y vio que los sirvientes se pasaban unos a otros cubos del agua que sacaban de la bomba exterior. Las casas de Elizabeth y Susan estaban cerca y los sirvientes ya corrían a ayudar. Alex llegó corriendo y la cogió por los hombros. —¿Has sacado a los niños de la casa?

—Sí, pero no sé dónde están.

—En cuanto los encuentres, llévalos con Liss.

Se volvió a buscarlos y vio a las niñeras al otro lado de la calle con los niños en brazos. La gente se empezaba a arremolinar para ver lo que sucedía y Michelle se acercó a ellas. Vio a las niñas en brazos de sus cuidadoras y se volvió para ver donde estaba Adrienne. —¿Y mi hija?

—La tiene su suegra, señorita.

—Ir a casa de la duquesa de Stradford hasta que esté controlado.

Johanna llegó en ese momento. —Sí, vamos. No quiero que respiren este humo. —Miró a su alrededor. —¿Dónde está Adrienne?

Michelle preocupada miraba de un lado a otro buscando a su suegra. —¿Habrá ido a casa de Liss?

Rose llegó en ese momento horrorizada. —¡Nos ha mirado un tuerto! ¿Qué le está ocurriendo a esta familia?

—¿Has visto a mi hija? —Su tía la miró sorprendida y Michelle se alejó corriendo de un lado a otro para buscar a su suegra. Como no la encontraba corrió hasta la casa de Susan que era la más cercana y preguntó a su mayordomo si su suegra estaba allí. El hombre negó con la cabeza y antes de que pudiera decir una palabra Michelle ya corría hacia la casa de Liss. La puerta estaba abierta pues varios sirvientes salían con cubos y al entrar se la encontró en el hall en bata. —¿Mi hija está aquí?

—No.

En ese momento llegaron las niñas con las niñeras y Johanna preocupada se acercó —¿La has encontrado?

Michelle desesperada salió de la casa corriendo y su prima la siguió después de asegurarse de que las niñas estaban bien. Entró de nuevo en la casa de Johanna y la revisó entera pero allí no estaban. Al salir Johanna le gritó que no estaban fuera. —Dios mío. —Asustada corrió hasta el establo

donde Edward tiraba cubos de agua.

—¡Michelle aléjate!

—¡Adrienne no está!

—¡La habrán llevado a alguna casa!

Le cogió por el brazo muerta de miedo. —¡Nuestra hija y tu madre han desaparecido!

Edward la miró a los ojos. —¿No están en casa de los duques?

—¡Se las han llevado!

Él palideció dejando caer el cubo y corrió hasta su tío Henry que gritaba a los hombres que alejaran los otros carruajes. Muy nerviosa volvió a la calle y miró a su alrededor palideciendo aún más cuando vio a su madre al otro lado de la calle observando desde un carruaje. Corrió hacia allí y ella gritó algo al cochero para que se alejara. Michelle corrió tras ella. — ¡Detente! ¡Dame a mi hija! —Muerta de miedo corrió tras el carruaje, pero se alejaron antes de que pudiera alcanzarles. Se echó a llorar dejándose caer de rodillas. —¡Dame a mi hija! —gritó desgarrada.

Edward se acercó a ella y la cogió por los hombros. —Michelle, ¿estás bien?

—¡Era mi madre!

—¿Crees que ella se la ha llevado?

—¿Quién si no?

—Tranquilízate. —La ayudó a levantarse. —La encontraremos. Seguro que quieren más dinero. Nos la devolverán en cuanto paguemos.

—¿La ha secuestrado?

—Es la única explicación que se me ocurre. Han incendiado el establo para distraernos y se la han llevado. No te preocupes. La recuperaré.

Henry llegó en ese momento. —Ya está controlado. Voy a ver a Sterling para pedirle unos hombres que nos ayuden a dar con la niña.

—Yo voy a casa de Martin —dijo Edward con voz heladora—. Voy a recuperar a mi hija.

—Espera a los hombres de Sterling —dijo Henry asustado—. Puede que sea una trampa. Está furioso contigo y...

—A mí no me hará daño —dijo ella antes de ir hacia uno de los caballos y subirse a pelo a horcajadas. —¿Dónde vive?

—¡Michelle baja de ahí!

—¡Voy a buscar a mi hija! —Johanna se acercó y le entregó una pistola.

—¿Estás loca? ¡No te la devolverán! Yo me encargo de esto.

—Son mis padres —dijo mirando sus ojos negros—. Johanna, la dirección.

—Calle Kensington dieciséis. Solo tienes que rodear el parque por allí
—dijo indicándole con la mano.

—¡Johanna! —gritó su padre.

—¡Yo haría lo mismo!

Antes de que pudieran detenerla Michelle azuzó a su caballo y la gente se apartó gritando dejándole paso. Edward corrió hasta otra montura y la siguió.

—Va desarmado —dijo Johanna preocupada.

—¡Estáis locas! ¡Si ellos han secuestrado a la niña y la tienen allí, les matarán para ocultar su delito! —Johanna palideció y su padre se volvió gritando —¡James! ¡Alex! ¡Tenemos que irnos!

Michelle vio por el rabillo del ojo que Edward la seguía de cerca. Se detuvo en una intersección dispuesta a preguntar, pero él le gritó pasándola.
—¡Por aquí!

Le siguió y no tardaron en llegar a la calle donde el carruaje estaba en la puerta. Se bajó del caballo sacando su arma del bolsillo del abrigo y se la tendió a Edward. —Entraré sola.

—¡Ni hablar!

—Si escuchas algo raro o se escapan, les detienes. —Le rogó con la mirada. —Hazme caso, por favor. No sabemos lo que hay dentro. Si te atrapan a ti todo se complicará aún más.

Edward la cogió por el brazo. —No puedo vigilar las dos partes de la casa. Si salen por detrás...

—Tienen aquí el carruaje. No podrán huir a caballo con la niña. — Sabía que no estaba de acuerdo, pero ella no pensaba dejar a su hija con ellos ni un segundo más. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada. Llamó a la puerta con fuerza y se abrió de inmediato mostrando a su madre al otro lado con un vestido azul de mucha calidad. Ya no parecía salida del puerto. Mirándola a los ojos se apartó. —Deseábamos que vinieras, pero tengo la sensación de que esta visita no va a gustarnos.

Entró en la casa apartándola y fue hasta el salón que no era muy grande. Su padre estaba sentado en el sofá con las manos sobre sus rodillas y sonrió con tristeza al verla. —Michelle me lo acaba de contar. Siento lo de la casa.

—¡Déjate de historias! ¿Dónde ta mi hija? —gritó sin darse cuenta ni de como hablaba. Miró a su alrededor, pero no la vio por ningún sitio ignorando la cara de sorpresa de su padre—. ¿La habéis escondío?

—Mi niña, ¿qué ocurre?

Su madre la miraba asustada. —¡Se han llevado a la niña, Martin! Es lo que quiere decir. Y piensa que nosotros...

—Hija, ¿tas loca?

—¡Darme a mi hija o no respondo! —Histérica salió del salón y subió las estrechas escaleras hasta el piso superior. Registró las cuatro habitaciones hasta debajo de las camas, pero allí no estaba y angustiada pensó si se la habían dado a alguien. Cuando bajaba las escaleras entró Edward al hall con el arma en la mano. —No ta aquí.

Edward entró en el salón y les apuntó con la pistola. —Estoy perdiendo la poca paciencia que tengo. ¿Dónde está mi hija?

Martin se levantó asombrado. —Nosotros no tenemos na que ver. Lo juro.

—¡Ella estaba ante la casa! —Michelle la cogió por el brazo y le gritó a la cara —¿Dónde está?

—Pasaba por allí.

—¿Tan temprano?

—Quería saber... —Miró de reojo a su marido y de repente se echó a llorar sorprendiéndoles.

—¡Señora, no tengo tiempo para esto! ¡Mi hija! —gritó Edward.

—No a temenos. ¡Lo juro! —dijo su padre acercándose a su mujer y

abrazándola con amor dejándola helada. Michelle vio cómo la trataba, como si fuera lo más delicado del mundo y la llevaba hasta el sofá—. ¡Ella no ha hecho na! ¡A veces pasa por allí para intentar verla por la ventana!

—¿Ver a quién? —dijo casi sin voz.

—¡A ti! ¡Creíamos que aún tabas mala y tu madre quería saber si te tabas recuperando! ¡No sabíamos que habías tenio una niña! —Miró con odio a Edward que se tensó. —Ete estirao nos prohibió verte.

—¡Aceptaste el dinero!

—¡Teníamos deudas! ¡Me hubieran llevao preso! ¡Lo hice por mi mujer!

—¿Papá? —Michelle no entendía nada.

—¿Por qué crees que nos quedamos aquí? ¡Si no nos quier nadie! —gritó su madre sorprendiéndola—. ¡Podíamos haber ido a cualquier sitio y empezar de nuevo!

Se le paralizó el corazón y Edward dejó caer el brazo en que llevaba el arma. —Esto no nos lleva a ningún sitio.

En ese momento entró alguien en la casa y Edward levantó el arma apuntando hacia allí. James levantó las manos y Edward tomó aire. —¿Sabes algo?

—Están en casa.

Michelle le miró asombrada. —¿Qué?

—Marcia está en casa con la niña. Dice que todo el tiempo estuvieron allí.

Edward se tensó con fuerza fulminándola con la mirada. —¡Me has dado un susto de muerte!

—¡Revisé la casa! ¡Y la buscamos en todas las casas de la familia! ¡No estaba!

—¡Es obvio que sí!

—Estaba en bata, Michelle —dijo James avergonzándola aún más—. Estaba al otro lado de la calle detrás del muro porque la avergonzaba que la vieran así.

Michelle se tensó porque era mentira. No estaba a la vista y había dado mil vueltas llamándola a gritos. Se había escondido a propósito. Miró a Edward para decirlo y él se tensó gritándole —¡Ni se te ocurra!

Martin se tensó y su madre también mirándole como si fueran a lanzarse sobre él en cualquier momento.

—Hija...

Michelle les miró avergonzada. —Lo siento mucho.

—No te preocupes —dijo su madre mirando a Edward como si quisiera matarle—. Lo entiendo.

—Ve a ver a tu hija. —Su padre se acercó a ella y la abrazó antes de que pudiera evitarlo. —Siempre serás mi niña.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y cuando se apartó vio a su madre tras él esperando ansiosa. —¿Podremos verla? ¿Una vez na más?

—Michelle... —la advertencia de Edward hizo que su madre se sonrojara.

—No te preocupes, niña —dijo Martin—. Ve con tu marío.

Mirando los ojos azules de su madre susurró —Adiós.

—Adiós, mi niña preciosa.

Que la llamara como cuando era niña le retorció el corazón y reprimiendo las lágrimas agachó la cabeza antes de salir de la casa seguida de Edward que siseó —¡No me puedo creer lo que acaba de ocurrir! ¡Sube al carruaje con James! ¡Yo me ocupo de los caballos!

Subió al carruaje y el marido de su prima se sentó frente a ella. Se limpió las mejillas de las lágrimas de alivio y emoción. —No te preocupes. Se le pasará. Te has asustado y es comprensible. Johanna también dice que la buscasteis por todos los sitios. —Asintió sin poder decir una palabra. —Estáis alterados y él ha reaccionado así.

Miró los ojos verdes del conde. —Tú no hubieras reaccionado así con Johanna.

—Te puedo asegurar que hace un año podría haber reaccionado con ella de mil maneras distintas.

—Pero si le hubiera pasado a una de tus hijas hoy...

—Si me hubiera pasado a mí lo que ha ocurrido, creería a mi Johanna por encima de todo. —Miró hacia la ventana viendo a Edward adelantarles con los caballos. —Creo que deberías tener cuidado. Tienes al enemigo en casa.

—Es mi palabra contra la suya.

—Exacto. Menos mal que mi suegra olvida fácilmente. —Se echó a reír. —Si no me hubiera quemado la casa.

A Michelle se le cortó el aliento. —¿Crees que ha quemado el establo?

James la miró con horror. —¡No! Uno de los lacayos fue descuidado con una lámpara de aceite. Marcia no está tan loca. Pero sí que ha aprovechado esto para darte un susto y de paso enturbiar tu relación. Es su madre y quiere dejarte en evidencia ante él. ¿Quieres un consejo? —Asintió preocupada. —Cásate de inmediato. Hoy discúlpate con él como si nada y cástate mañana. —Apretó los puños de la rabia y él lo vio. —Eres muy parecida a mi mujer y sé que quieres revelarte, pero tienes que ser más lista que ella. Si Edward se enfada, puede que retraséis la boda y es lo que ella

quiere. Le amas y si vas a luchar por él contra ella, no puedes hacerlo a puñetazos.

Le miró a los ojos. —Si quiere guerra, la va a tener.

James se echó a reír. —Igualita que mi Jo.

Cuando llegaron a la casa vio a Edward entregando los caballos a un lacayo, pero no se detuvo a hablar con él. Entró directamente buscando a su hija y al escuchar a personas hablando en el salón, corrió hacia allí deteniéndose en la puerta para ver a su hija en brazos de Susan.

—Está bien —dijo la suegra de su prima acercándose de inmediato—. Está dormidita.

Cogió a la niña entre sus brazos aliviada y abrió la mantita que llevaba para comprobar que estuviera bien. Volvió a arrojarla y cuando levantó la vista todos se dieron cuenta del odio en su mirada hacia su suegra, que ya vestida con un vestido gris la miraba como si fuera estúpida. —¿Dónde estabas? —gritó acercándose con ganas de matarla.

—Al otro lado de la calle. Si me hubieras llamado...

—¡Lo hice!

—Yo no oí nada, pero con el ruido que había en la calle no me

extraña. —Sonrió ligeramente. —Pero no ha ocurrido nada. Está bien. ¿Acaso crees que le haría algo a mi propia nieta?

—Michelle, la niña está bien —dijo Johanna intentando aplacarla—. La tía seguramente no nos escuchó llamarla con el ruido de la calle. Todo el mundo gritaba a nuestro alrededor.

Ella sabía que lo había hecho a propósito y furiosa dio otro paso hacia ella. —¡No vuelvas a acercarte a mi hija!

—¡Michelle! —El grito de Edward la hizo volverse. —¡Discúlpate ahora mismo!

—¡No pienso hacerlo! ¡Me odia y lo ha hecho a propósito!

Entonces Marcia se echó a llorar. —¿Ves hijo, cómo me odia? He intentado ser agradable con ella, pero no me quiere a vuestro lado.

Michelle no pensaba dar su brazo a torcer por todo ese teatro, pero su prometido entró furioso en el salón y siseó —¡Discúlpate ahora mismo con mi madre!

Johanna se apretó las manos. —Edward tienes que entender que para ella ha sido un susto muy grande y...

—¡Primero acusa a sus padres y ahora esto! ¡Es un comportamiento intolerable! —Dio otro paso hacia ella. —Y después de ver la actitud de tu madre en su casa hacia su marido, estoy empezando a pensar que la única que

causas problemas eres tú. ¡Y que nos mentiste para conseguir el oro! — Michelle palideció por la acusación. —Por eso te fuiste, ¿verdad? ¡Para disfrutar ese dinero sin preocuparte por el padre de tu hija! —le gritó a la cara—. ¡Solo enviaste esa carta porque pensabas que ibas a morir! ¡Reconócelo!

Ella no se podía creer lo que acababa de decirle y se dio cuenta de que el problema no era su madre ni su falta de educación, ni siquiera sus padres. El problema era que no confiaba en ella y eso implicaba que no la quería.

—¡Reconócelo!

Pálida levantó la barbilla. —Me fui porque no creía estar a la altura para ser tu esposa y porque solo os daba problemas desde que llegué a Londres —dijo fríamente—. Ahora me doy cuenta de que no tenía razón. El que no estás a mi altura para ser mi esposo eres tú.

—Johanna coge a la niña —dijo él con voz heladora.

—Edward...

—¡Coge a la niña!

Cogió a su hija de entre sus brazos y Edward la cogió de la muñeca tirando de ella hacia el hall. —Vas a explicarme eso de que no estoy a tu altura.

Michelle tiró de su mano y siseó —¡No pienso casarme contigo!

¡Crees a esa mentirosa manipuladora antes que a mí! ¿Qué clase de hombre eres tú? ¡Esa zorra me odia y si no fuera tu madre la hubiera despellejado viva! —Le señaló con el dedo. —Puede que lo odies, pero jamás olvides de dónde vengo. ¡Nunca he dejado que me pise nadie, ni siquiera mi padre! ¡Y no pienso dejarte a ti ahora!

—¡Sube a la habitación antes de que pierda la paciencia!

Le miró con odio. —¿Recuerdas el día en que nació Adrienne? —Edward apretó los labios con fuerza. —Has vuelto a hacerlo y esta vez no pienso perdonarlo. Puede que te quiera, pero esto se termina aquí.

Él se enderezó. —Perfecto. Estoy harto de ti.

Esas palabras fueron como un puñal en el corazón y resistiéndose a llorar se volvió como toda una dama y le dijo a Lidia que estaba en lo alto de las escaleras. —Recoge mis cosas. Abandono esta casa ahora mismo.

—Pero la niña la dejas aquí.

—Antes te mato.

Johanna jadeó y James dio un paso hacia ellos. —Deberíais calmaros. Estáis diciendo cosas de las que os arrepentiréis los dos. Por Dios, ibais a casaros mañana.

—Eso no va a pasar. —Empezó a subir las escaleras y al llegar arriba le dijo a una de las niñeras —Recoja lo que mi hija pueda necesitar.

—Sí, señora. —Iba hacia la habitación cuando vio como Edward salía con la casa con la niña en brazos. —¡No! —gritó desgarrada corriendo escaleras abajo.

—Oh, Dios mío —susurró Susan antes de acercarse a la puerta para verla correr hasta la calle que estaba vacía. Desesperada se llevó las manos a la cabeza mirando de un lado a otro llamando a Edward a gritos.

—¿No se sabe nada? —preguntó al detective que había contratado hacía tres semanas para que buscara a Edward.

—Tiene que tener en cuenta que tiene recursos ilimitados para coger un barco e irse a cualquier parte del mundo —dijo el hombre como si fuera una tarea imposible—. Va a ser muy difícil dar con él.

Su padre le acarició la espalda. —No te preocupes. En algún momento dará señales de vida.

—Me ha robado a mi hija. —Una lágrima cayó por su mejilla y el detective la miró comprensivo. —Puedo asegurarle que haré todo lo necesario para que la recupere. Se lo juro. ¿Su prima no sabe nada? ¿Su tío? ¿Alguien puede dar una pista?

Negó con la cabeza muerta de miedo por no volver a ver a su niña.

Llevaba semanas sin dormir bien y apenas comía. Se estaba consumiendo poco a poco y la familia lo contemplaba impotente. Hasta Marcia había dejado de decirle pullas por el estado en que la veía.

—En cuanto sepa algo le enviaré aviso. Se lo prometo. Ahora vaya a casa y descanse.

Rose miró a su hermano que estaba obviamente preocupado y cuando salieron del despacho del detective le susurró —No puede seguir así. Viene todos los días.

—¡Es lo único que pue hacer! —Miró a su hermana furioso. —Como me entere de que ocultáis a ese canalla...

—¿Cómo puedes pensar eso?

Sin contestarle fue hasta su hija, que ya esperaba con la mirada ida dentro del carruaje. —Mi niña, ¿quieres que te acompañe hasta casa?

Forzó una sonrisa. —No hace falta, pa. Tía Rose viene conmigo.

Martin asintió y dejó pasar a su hermana. —Avísanos si sabéis algo.

—Sí, papá —susurró ya pensando en sus cosas. Su padre cerró la puerta preocupado y la tía Rose dio un golpe en el techo para ponerse en camino. No se podía creer que Edward le hubiera quitado a la niña. En realidad no se podía creer nada de lo que había ocurrido después del incendio. Ella jamás pensó en llevarse a la niña para que él no la viera más.

Nunca le haría eso después de cómo había vivido ella sin madre. Pero lo que la estaba volviendo loca era que podía haber pasado algo y que ella no lo supiera. ¿Y si estaban muertos? Su tío no tenía constancia de que ninguno de sus barcos hubiera desaparecido, pero solo habían pasado tres semanas. Al menos tardaría otra más en saber si había habido un naufragio. Ese día cuando llegaron al puerto todos los barcos estaban allí, pero eso no significaba que no hubieran cogido otro de otra compañía. O que se hubiera ido en uno de los Sherman días después. Se pasó la mano por la frente agotada. No era capaz de pensar coherentemente. La posibilidad de no verles más la estaba volviendo loca.

Cuando llegaron a la casa se abrió la puerta de inmediato y corrió al ver a James en la entrada esperando por ella. —¿Se sabe algo? —preguntó angustiada. Entonces le vio. Edward estaba en la puerta del salón observándola con las manos a la espalda vestido con un impecable traje negro—. ¿Dónde está mi hija? —gritó desquiciada corriendo hacia él y golpeándole con los puños una y otra vez. Edward la cogió de los brazos dándose cuenta de que no tenía ni fuerzas para defenderse—. ¿Dónde está mi hija? —Lloró desgarrada.

—Michelle... —Asustado vio que se desmayaba entre sus brazos. —
¡Michelle!

Se despertó tumbada sobre una cama y al mirar a su alrededor vio la cuna de su hija a su lado. Asustada se sentó sobre la cama y se echó a llorar al verla despierta. La cogió en brazos con amor y un movimiento al lado de la ventana la sobresaltó. Su tía Rose la miró con pena. —No lo hizo para que terminaras así. Está horrorizado por tu estado.

—¿Dónde está? No va a quitarme a la niña.

—No era lo que pretendía.

—¿Qué?

—Solo quería que te dieras cuenta de lo que él sentiría si tú y la niña le abandonabais como pretendías. No salió de Londres en todo este tiempo y debo reconocer que todos lo sabíamos.

—¿Qué dices, tía? ¡Me has visto sufrir todas estas semanas! ¿Lo sabías?

Rose se apretó las manos. —Mi marido nos dijo dónde estaba dos horas después de salir de esta casa.

—¿Por qué? ¡Por qué me lo ocultasteis!

—¡No sabes lo que sufrió cuando desapareciste la otra vez! ¡Cuando pensaba que habías muerto y después durante tu enfermedad! —Le rogó con la mirada. —Os amáis. No entiendo cómo es posible que no lleguéis a

comprenderos.

—Dijo cosas horribles. —Sus ojos cuajados en lágrimas las dejaron correr por sus pálidas mejillas.

—Lo sé. Pero Marcia también ha aprendido la lección al no saber de su hijo en estas semanas. Ha visto lo que ha provocado y ha aprendido la lección.

—No me merezco esto —susurró dolida—. ¡No me merecía sus palabras ni que me quitara a la niña! Y vosotros os ponéis de su parte.

—¡Sólo queríamos que te dieras cuenta de que os amáis y eso es mucho más importante que una discusión!

—Pues de lo que me he dado cuenta es que prefiere hacerme sufrir que reconocer sus errores.

—Tú también cometiste un error cuando te fuiste y él te perdonó.

—No me fui para hacerle daño. Me fui porque no me creía buena para él.

—Te equivocaste. —La miró a los ojos. —Eres perfecta para él porque le amas.

—No, ya no. No le perdonaré lo que me ha hecho sufrir al apartarme de ella.

Rose apretó los puños sintiéndose impotente al ver que hablaba

totalmente en serio. —Te dejaré sola con tu hija. —Fue hasta la puerta y se detuvo antes de salir. —Ahora debes reflexionar sobre qué piensas hacer. Va a ser la decisión más importante de tu vida porque no solo está en juego tu futuro y tu reputación si no también la de tu hija. Piensa en su futuro antes de decir algo que sea irreparable.

Michelle se echó a llorar sin poder evitarlo. Así que quería que supiera lo que le pasaría si se iban. Pues lo había descubierto y no le gustaba nada. No solo estaba desgarrada porque no sabía si su hija estaba bien, sino que además, que Edward la hubiera abandonado la había torturado día y noche pensando que no sentía nada por ella. Estaba tan agotada que casi ni podía pensar. Se estaba volviendo loca.

Lidia entró en la habitación preocupada y susurró al lado de su cama contemplándola. —La niña ...

—No, no me la quites.

—No se la voy a quitar señorita, pero casi no la puede sostener. Está agotada y debo cambiarla antes de que llegue el médico.

—¿El médico? —preguntó confusa.

—Han llamado al doctor para que la reconozca. —Se acercó lentamente y cogió con suavidad a la niña de sus brazos. Cerró los ojos sintiendo que no podía más y suspiró.

—Enseguida se encontrará mejor. —Empujó su hombro con delicadeza y empezó a desabrocharle el vestido por la espalda.

—¿Dónde está?

—No se preocupe por el señor Sherman. No entrará en la habitación para quitarle a la niña.

Se echó a llorar de nuevo y Lidia no podía consolarla. La dejó en ropa interior sin recibir ninguna ayuda por su parte porque no era capaz ni de incorporarse. La cubrió con las mantas y susurró —No me separaré de la niña, lo prometo.

—¿Me lo prometes?

—Nadie se la va a quitar de nuevo si depende de mí. Lo juro por Dios.

En ese momento se abrió la puerta y el doctor entró en la habitación que al ver su aspecto gritó escandalizado —¿Qué rayos le ha ocurrido a mi paciente!

Johanna entró en la habitación mirándole arrepentida. —No duermo muy bien.

—¡Ni come por lo visto! ¿Por qué no me han llamado antes?

Su prima se mordió el labio inferior y el médico exasperado gritó —
¡Fuera todos de aquí!

—Pero...

—¡Fuera!

Lidia salió de la habitación dejando la puerta abierta para que saliera la condesa y el doctor se sentó a su lado bufando. Forzó una sonrisa mirando a su paciente y ella con la cara cubierta de lágrimas sonrió con tristeza. — ¿Soy un desastre, doctor?

—No la culpo a usted de esto. Culpo a su familia por no cuidarla como se debe. —Miró a la cuna y sonrió al ver a la niña. —Está preciosa.

—Sí. Mi niña bonita.

—Vamos a ver cómo solucionamos esto, ¿de acuerdo?

—Sí. Tengo que ponerme bien para cuidarla.

—Bien dicho. Ahora cuénteme qué ha ocurrido para que se encuentre en este estado. ¿Por qué no puede dormir?

Capítulo 11

En el salón todos esperaban en silencio y Edward con los codos apoyados en las rodillas miraba el suelo mientras se pasaba las manos por la cara muy preocupado.

—No deberíamos habérselo ocultado —susurró Johanna más para sí que para los demás.

—Pensábamos que era lo mejor para que no se volviera a ir —dijo su marido abrazándola—. No queríamos hacerle ningún mal. Si se hubiera ido puede que nunca la volviéramos a ver.

—Es culpa mía. —Edward levantó la cara con el rostro pálido, pero no podía disimular el terror que sentía. —Todo fue idea mía y soy el único responsable de su estado. Que me asustara perderla, no justifica el daño que le he causado. En lugar de rogarle que me perdonara por haber perdido los nervios y echarle la culpa de su error... tenía que haber hablado con ella e

intentar arreglarlo. Quise darle una lección y... —Apretó los labios antes de mirarse las manos unidas. —Ahora da igual.

—No da igual. La amas. —Su prima se sentó frente a él y le cogió las manos. —James y yo también nos hicimos mucho daño y lo superamos.

En ese momento entró el médico y por su cara no traía buenas noticias. Edward se levantó de golpe. —¿Qué tiene, doctor?

Tomó aire mirando sus ojos negros. —Siento muchísimo decir que no son buenas noticias.

Rose se llevó la mano al pecho. —¿Qué quiere decir?

—Después de todo lo que le ha pasado en tan poco espacio de tiempo, su cuerpo no ha resistido esta recaída. Su corazón está muy débil. Es solo cuestión de días o semanas.

Johanna muy impresionada se echó a llorar y James la abrazó. Edward pálido como la nieve dio un paso hacia él. —¿Pero se podrá recuperar?

—Puede que mejore de aspecto y coma normalmente. Pero su corazón no soportará un disgusto o un sobresalto. Que se altere no es bueno. Le he dado un tónico que debe tomar para dormir durante una semana. Y que coma lo que le apetezca. Nada de obligarla a comer si no quiere.

Edward se acercó a él. —¿Me está diciendo que mi mujer se va a

morir?

El doctor le miró con desprecio. —¿Su mujer? Que yo sepa la señorita es soltera.

Rose jadeó tapándose la boca, pero nadie pudo replicarle una palabra. El doctor miró al Conde. —Quiere ver a sus padres. No sé por qué no están aquí ni me importa, pero les recomiendo que les avisen si ella les importa algo, que lo dudo. —Se volvió para irse, pero se detuvo para mirarles uno por uno. —Lo que más me molesta es que han conseguido robarle la alegría y las ganas de vivir que tenía en su interior. No se parece en nada a la mujer que traté hace meses por primera vez. —Miró a Edward que le observaba torturado. —Espero que los días o semanas que le queden, puedan hacerle la vida más cómoda y avísame de inmediato si se desmaya o no duerme.

—No se preocupe, doctor. Eso haremos.

Dejó el silencio tras él y Rose y Johanna se echaron a llorar. Edward apretó los puños con fuerza y James se acercó para darle una palmada en el hombro. —Iré a buscar a sus padres.

Edward negó con la cabeza. —Iré yo.

—Su padre te va a matar cuando te vea después de lo que ha ocurrido con la niña. Hay que evitar los conflictos. Es mejor que vaya yo.

Impotente miró al Conde. —Nunca más podré verla, ¿verdad?

—Ya veremos lo que ocurre.

Durante los siguientes días apenas recibió visitas. Sus padres iban a verla todos los días y disfrutaban de la niña preocupados por ella, que no hacía más que repetir que estaba bien. Johanna entraba de vez en cuando, pero podía comprobar que parecía avergonzada al hablar con ella.

—¿Necesitas algo? ¿Puedo hacer algo por ti?

Michelle frunció el ceño sentada en la cama y viendo el arrepentimiento en sus ojos preguntó —¿Qué ocurre, Johanna? ¿Te cuesta vivir con lo que me has hecho?

Los labios de su prima temblaron. —La verdad es que sí.

—Me traicionaste —dijo con rabia.

—Será mejor que me vaya. —Su prima palideció yendo hacia la puerta.

—¡No te preocupes! —gritó furiosa—. ¡En cuanto me recupere, me largaré de esta maldita casa! ¡Espero no volver a veros en mi vida!

Angustiada se apretó las manos mirando a Edward que estaba esperando en el pasillo. Asustado se acercó. —¿Qué le has dicho?

—Nada, te lo juro. Está enfadada porque la he traicionado y...

—¿Está bien?

Rose iba a entrar, pero Henry la cogió del brazo. —No. Volverá a alterarse.

—Pensaré que no nos importa —dijo angustiada—. Si no la visitamos...

—Llamaré a su padre —dijo James preocupado—. Lidia la puede atender mientras tanto.

La doncella entró en la habitación y forzó una sonrisa. Ella gruñó levantando la vista del libro que tenía en la mano. —¿Está algo gruñona esta mañana?

No pudo evitar sonreír y Lidia hizo lo mismo. —Les tiene a todos caminando de puntillas por la casa para no alterarla.

—¿Y eso por qué? —preguntó asombrada.

—No, por nada. Para que se recupere más rápido. —Su doncella desvió la mirada al libro. —¿Le gusta?

—Es una mierda. Odio la poesía. No entiendo nada.

La doncella se echó a reír y más cuando tiró el libro al suelo para coger otro, pero se detuvo en seco mirándola con los ojos brillantes. —¿Sabes jugar al póker?

—¿Al qué?

—Al póker.

Negó con la cabeza. —Qué rabia, porque me apetecía una partida.

—¿Ah, sí? —Se levantó de inmediato. —¿Y qué necesita?

—Una baraja.

—Oh, yo se la consigo.

—Estupendo, así te enseñaré. Es muy fácil, ya verás.

La doncella salió de la habitación y todos la miraron expectantes. —
Quiere jugar al póker.

Edward sonrió. —Se aburre.

—¿Eso no la excitará? —Rose miró a su marido que se encogió de
hombros.

Vieron como Edward se moría por entrar en la habitación cuando la
doncella entró con la baraja y frustrado susurró —Me voy a ver a la niña. —
Entró en la habitación de las niñeras mientras los demás le miraban con pena.

—Es lo único que le une a ella —susurró Rose.

Marcia estaba al final del pasillo y apretó los puños antes de entrar en
su habitación siseando —Esa zorra no hace más que amargarle la vida desde
que la conoce.

Edward desde el cuarto de la niña escuchó las risas en la habitación de Michelle y sacó la cabeza para ver que el pasillo estaba vacío. Le dio la niña a la niñera y salió al exterior pegando la oreja a la puerta. Escuchaba la voz profunda de Martin y se apartó de la puerta lentamente.

Alguien carraspeó tras él y vio al doctor. —¿Viene a reconocerla?

—Usted lo ha dicho. —Cogió el pomo de la puerta y vio como el señor Sherman se alejaba como si no quisiera que le vieran desde el interior de la habitación. —¿Quiere pasar?

Él negó con la cabeza alejándose a toda prisa y el doctor apretó los labios. Quizás se había pasado un poco mintiendo sobre el estado de la chica. Parecía que se lo habían tomado muy mal.

Martin y Michelle salieron de la habitación mientras el médico la reconocía y esperaron en el salón sin hablar con nadie mientras tomaban una taza de té que George les había servido. Rose se levantó de su asiento y arrepentida susurró —Martin, ¿puedo hablar contigo?

—No. —La miró furioso. —No me hagas decir algo que no quiero.

—Lo hice por el bien de los chicos.

—Querrás decir por el bien de Edward —dijo Michelle con rabia—.

Esto es increíble. ¡La habéis herido por él!

—¡Tú eres la menos indicada para hablar de herir a tu hija cuando la abandonaste!

Michelle la miró con los ojos llenos de lágrimas. —¡Y siempre me arrepentí de ello! ¡Pero no podía volver! ¡No tenía dinero pal viaje de vuelta!

Todos se quedaron de piedra y Martin cogió la mano de su esposa por encima de la mesa. —Eso ya pasó y la niña lo ha entendió.

—Pero ellos no lo entienden porque les sobra el dinero —dijo con rabia—. ¡El dinero es lo único que os importa!

Rose jadeó ofendida. —¿Pero qué dice esta loca?

—¡Bien que tu marío vino a nuestra casa a acusar a mi esposa de quemar sus barcos y de todo lo demás!

—Pensaba que teníais algo que ver después de que dierais el dinero a Michelle. Creía que sentíais rencor —dijo Henry desde la chimenea.

—¡Pues no fuimos nosotros! ¡Nunca haríamos algo que dañara a nuestra niña!

Quedó implícita en la frase que ellos sí y todos se quedaron en silencio de nuevo. Martin miró a Marcia con rencor. —Igual deberían preguntarle a ella. Los problemas empezaron cuando la niña volvió enferma y me pregunto si ella no lo hizo para echarnos la culpa y que los chicos se separaran.

—¿Pero qué dice este hombre?

Henry frunció el ceño. —¡Mi cuñada sería incapaz de hacer algo que dañara a nuestra familia ni a nuestra empresa!

—Pues yo la vi saliendo del establo el día del incendio —dijo Michelle dejándolos a todos de piedra.

Edward, que estaba mirando por la ventana de espaldas a todo, se tensó girándose lentamente. —¿Madre?

—¡Es mentira! ¡Solo quiere implicarme a mí cuando ella estaba fuera! ¡Seguro que fue ella!

Michelle se levantó furiosa. —Repíte eso, zorra.

Martin se levantó también. —¡No la soportas! ¡Me lo ha dicho la niña! La has llamao puta por dormir con el chico.

Edward dio un paso hacia su madre. —¿De qué habla?

—No tengo ni idea.

—¡Miente! El día del incendio la llamó puta después de que el señor Edward saliera de la habitación —dijo Lidia desde la puerta—. ¡Yo lo oí! Dijo que era una puta por dormir con usted después de dar a luz.

Marcia palideció y la miró con odio. —¡Eso es mentira! ¡Eres su doncella e intentas ayudarla!

—¡No tengo que ayudar a mi señora en nada, porque es la persona

más buena que conozco! ¡Y la verdad siempre sale a la luz!

Miró a su hijo a los ojos. —Intentan ponerte en contra de mí.

—¿Y por qué, madre? Si ya no puedo acercarme a ella. —Dio otro paso hacia donde estaba sentada. —¿Por qué iban a querer que nuestra relación se enturbie si yo ya no podré verla nunca más?

Se puso nerviosa mirando a su alrededor. —Es así de retorcida.

Johanna jadeó levantándose. —¡Eso es mentira! Michelle nunca ha sido retorcida. ¡Es todo lo contrario! ¡En sus ojos siempre se ve la verdad!

—¿Ves lo que está consiguiendo? ¡Qué la familia se ponga en mi contra! —dijo con rabia.

El doctor entró en ese momento y suspiró. —Está claro que en esta familia siempre tiene que haber conflictos. —Todos se quedaron en silencio esperando noticias. —La señorita se está recuperando muy bien.

A Edward se le cortó el aliento. —¿Y su corazón?

—Está más fuerte. Estoy gratamente sorprendido.

Johanna chilló abrazando a su marido de la alegría, pero Edward se acercó preocupado. —¿Pero se repondrá?

—De momento quiero que sigan las cosas como están no vaya a haber un retroceso, pero si todo sigue así de bien, en una semana permitiré que se levante de la cama. —Le miró a los ojos. —No quiero que se disguste bajo

ningún concepto.

—Está bien. —Bajó la mirada decepcionado y apretó los labios.

—Pero puede empezar a recibir visitas. Mientras no sean muy prolongadas pueden venir a verla sus amistades.

Todos se miraron los unos a los otros y Johanna susurró —No tiene amigos en la ciudad. Apenas ha salido de casa. Mi amiga Liss está convaleciente después del parto y tampoco podrá venir.

El médico chasqueó la lengua disgustado. —¿Me está diciendo que en meses no ha salido de casa?

Todos parecieron avergonzados y Edward se dejó caer en el sofá como si estuviera agotado.

—¿Cuándo me la podré llevar? —preguntó su padre muy tenso—. Tengo una habitación preparada en mi casa para ella y para mi nieta.

El médico tomó aire. —Mejor que se quede durante unas semanas. Ya le avisaré.

Edward se apretó las manos con fuerza sin decir palabra y Martin le miró con desprecio antes de decirle a su mujer —Nos vamos a casa.

Michelle levantó la barbilla como toda una dama y le cogió del brazo. Salieron de allí sin despedirse y el médico suspiró antes de volverse hacia ellos de nuevo. —Pues acompañenla ustedes. Pero que no se altere.

Johanna entrecerró los ojos. —Usted está enterado de todo, ¿verdad?

—He mantenido una conversación muy interesante con mi paciente. —Miró a Edward que parecía torturado. —Y lo demás lo he visto como el día que la trajeron casi muerta y el día de su parto. Pero el pasado es pasado y lo que importa es el futuro que le pueda quedar. —Todos asintieron. —Ahora si me disculpan, tengo que visitar a otro paciente.

Edward se levantó. —Gracias, doctor. Se lo agradezco de veras.

El médico asintió mirándole fijamente antes de darle la espalda para irse.

Johanna sonrió. —Está mejor, es una noticia buenísima.

Edward sonrió. —Sí que lo es.

—Voy a visitar a mi sobrina —dijo Henry como si nada—. A ver si me echa.

Se echaron a reír de los nervios, pero fueron detrás de él hasta que entró en la habitación, esperándole en el pasillo.

Michelle miró sorprendida a su tío y se mordió el labio inferior al ver que la miraba arrepentido. Suspiró apoyando la espalda en los almohadones. —Hola, tío.

—Hola, mi niña. —Se acercó a la cama y la besó en la frente. — Tienes mucho mejor aspecto.

—Estoy mejor.

—Y no sabes cómo nos alegramos. Nadie quería esto, te lo aseguro.

—Lo sé. —Forzó una sonrisa cerrando el libro que tenía en las manos. —Padre me ha ayudado a entenderlo.

—¿De verdad?

Asintió mirándole a los ojos. —Me ha dicho que si él hubiera sabido que mi madre se iba, hubiera hecho cualquier cosa para evitarlo. —Sonrió maliciosa. —También dijo algo de atarla a la cama.

Henry se echó a reír a carcajadas y todos fuera suspiraron de alivio.

Uno por uno fueron entrando en su habitación a medida que pasaban los días. Todos menos Edward y Marcia. No era rencorosa y la relación fue volviendo a la normalidad poco a poco.

Un día se despertó muy temprano y decidió ir a ver a las niñas porque hacía mucho que no veía a las gemelas. Salió de la habitación sin hacer ruido y cuando iba a entrar en la de las niñas se detuvo en seco al ver a Edward con su hija en brazos provocándole un vuelco en el corazón. Se quedaron mirándose durante varios segundos y Edward reaccionó al ver que crispaba los labios porque rechazaba sentir nada por él. Dejó a la niña en la cuna y susurró —Ahora me voy.

—Pensaba que te habías ido.

—¿A dónde? —Sorprendido se incorporó.

—A Boston.

Se pasó la mano por su cabello negro y ella vio que estaba más delgado. Tembló por dentro y la miró preocupado. —Deberías estar en la cama. El médico ha dicho...

—Estoy bien.

Él la miró de arriba abajo y desvió la mirada a toda prisa, pero a ella se le cortó el aliento al ver el deseo en sus ojos. Como si la deseara más que a nada en esta vida. Pasó a su lado sin mirarla y ella le vio ir hacia su habitación. Se quedó allí de pie pensativa y entró en la habitación de las niñas. Dios, cómo le quería. Su corazón lloraba por él. Miró a su hija en la cuna y esta chilló de la alegría al verla. Sonrió cogiendo su mano y se preguntó si algún día podrían perdonarse.

Esa tarde Johanna estaba sentada a su lado y dejó las cartas sobre la cama. —Escalera de color.

—¡No! —gritó indignada haciéndola reír mientras recogía la baraja.

La vio repartir de nuevo y se mordió el interior de la mejilla pensando en cómo preguntar lo que quería saber. Johanna la miró con sus ojos

ambarinos de reajo. —¿Qué ocurre?

—Edward...

—Pregunta sin miedo. Ya no pienso mentirte, ni meterme donde nadie me llama.

—No podrías hacerlo ni aunque lo intentaras con fuerza.

Asombrada la miró. —Eso mismo me dice mi marido.

—Qué hombre más inteligente.

—Ja, ja. Venga, suéltalo de una vez.

—¿Cómo está?

Los ojos de su prima brillaron. —Está algo preocupado por ti.

—¿Si?

—¡Claro que sí! ¡Te quiere! ¿Por qué crees que hizo lo que hizo? Si no le importaras, se habría ido a Boston con la niña. —Asintió mirando sus cartas sin verlas en realidad. —Él también lo pasó mal cuando estuviste enferma la otra vez.

—Lo sé.

—Se echa la culpa de todo, ¿sabes? De que te fueras la primera vez y de que te hayas puesto enferma ahora por lo que hizo. Cree que no es bueno para ti y no se acerca a verte porque teme hacerte daño de nuevo. —Su

corazón se retorció en su pecho. —Pero no se puede ir tampoco porque no puede vivir sin ti ni la niña. Cuando te dijo que te habías ido por el dinero estaba enfadado. Estoy segura de que no lo decía en serio. Si te importara el dinero, estarías disfrutándolo desde hace meses y no te has comprado ni una sola cosa desde que te conozco. Él lo sabe y se tortura por sus palabras.

—Siempre que se enfada, dice cosas sin sentido. —Chasqueó la lengua mirando sus cartas de nuevo.

—Pero tú te enfadaste.

—¡No soy de piedra! ¡Y estaba disgustada por la niña! Esa... —Se contuvo y Johanna carraspeó. —Bueno, da igual.

—No, no da igual porque estáis sufriendo los dos.

—¡Yo no sufro!

—¡A mí no me mientas!

—¡Qué no! —le gritó a la cara.

—¡Serás cabezota!

La puerta se abrió de golpe y se sorprendió al ver a Edward con cara de pocos amigos. —¿Qué ocurre aquí?

Las dos se sonrojaron y Johanna carraspeó. —Nada.

—Prima, ¿no tienes que ir a ver a la duquesa?

—Oh sí, es verdad. Dije que le llevaría un libro que... —Se levantó de inmediato. —Me tengo que ir.

—Sí, claro. —Vio que iba hacia la puerta a toda prisa y su primo se apartó para dejarla pasar.

Se hizo un silencio incómodo y Edward carraspeó. —¿Cómo estás?

—Bien.

—¿No deberías dormir la siesta?

—No.—Parpadeó sorprendida. —¿Y tú?

Él la miró confundido. —¿Yo?

—No tienes buen aspecto.

—¿Ah, no? —Vio cómo se llevaba una mano a la barbilla como si estuviera preocupado con el tema. —Quizás debería afeitarme.

Se encogió de hombros recogiendo las cartas y él carraspeó. —Bueno, que descanses.

—Lo mismo digo —dijo sin mirarle, pero él no salió de la habitación como si se resistiera a hacerlo.

—Michelle... ¿estás tranquila?

—¿Qué?

Se miraron a los ojos y él dio un paso hacia la cama. —¿Estás

tranquila? Como discutías con Jo.

—Oh, sí. Estoy bien.

Él apretó los labios asintiendo e incómodo miró a su alrededor. —
Bueno...

Disimulando dejó la baraja en la mesilla y entrelazó sus manos mirándole fijamente. —¿Querías algo?

—Pues ya que lo dices...

—¡Venga, espabila! —susurró una voz desde la puerta.

Ambos miraron hacia allí y vieron a Johanna apartándose de la puerta a toda prisa.

Michelle sonrió y al mirarle parecía aliviado de verla relajada. —Pues ya que estás tranquila, te quería comentar una cosa.

Se cruzó de brazos. —¿Ah, sí?

—Pero si te pones nerviosa, me lo dices.

—¿Qué les pasa a mis nervios? —Entrecerró los ojos. —¿El médico os ha dicho algo que debería saber?

—¡No! ¿Qué va a decirnos, mujer? Solo necesitas descansar.

No sabía si creerle. Parecía un poco exagerado en su respuesta. Se encogió de hombros de nuevo porque se sentía estupendamente. —Bueno,

¿qué querías decirme?

—Es sobre el día del incendio. ¿Lo recuerdas?

—No he perdido la memoria —respondió resentida.

Edward se tensó. —Mejor te dejo tranquila. Ya te lo diré en otro momento.

—No, por favor. Suéltalo, no vaya a ser que también tenga la culpa de que te salga un sarpullido por guardártelo dentro.

Él entrecerró los ojos. —Pues ya que estás tan dispuesta a escucharme, te diré que me molestó mucho que acusaras a mi madre de esconder a la niña.

—¡De eso ya me di cuenta!

—Y las conclusiones a las que llegué después podrían ser lógicas, ¿no crees?

Ella gruñó por dentro. —¡No si me quisieras! ¡Si me quisieras, confiarías en mi palabra!

Él palideció y se pasó una mano por el cabello. —Mejor me voy que te estás alterando.

Salió de la habitación tan rápido que a Michelle no le dio tiempo ni a parpadear. Atónita miró a su alrededor. ¿Qué diablos le ocurría? ¡La trataba como si fuera de porcelana!

El médico fue a verla al día siguiente y le miró con desconfianza. —
Doctor...

—¿Sí? —preguntó metiendo la trompetilla en el maletín.

—Estoy bien, ¿verdad?

—Casi perfecta. Quiero que se levante y dé paseos por la habitación.

Pero nada de agotarse. Ya sabe.

—¿Entonces por qué todo el mundo me trata como si tuviera una pata en la tumba?

El doctor reprimió una sonrisa. —¿Ah, sí?

Se acercó a él y susurró —Y no me llevan la contraria, excepto mi prima que siempre se quiere salir con la suya, los demás no me rechistan una palabra. Es rarísimo.

—Será que quieren tenerla contenta.

Michelle sonrió. —¿Usted cree?

—Sí, seguro que sí. —Cogió el maletín encantado con su plan. —
Vendré a verla en unos días.

—Gracias, doctor. —Sonrió radiante como la primera vez que la vio.

—De nada. Un placer atenderla.

Michelle vio el banyo al lado de la pared y sonrió maliciosa. —

Doctor, ¿puedo cantar?

El doctor la miró sorprendido. —¿Cantar?

—¿Cree que me agotaré?

—No, claro que no. Cante lo que quiera. Es bueno para el espíritu.

Johanna miró asombrada a su marido al escuchar los acordes del banyo cuando se acababan de acostar. —Será una broma.

—Está aburrida. —Intentó besarla en el cuello y Johanna le abrazó, cuando Michelle se puso a cantar a grito pelado.

James se apartó para mirarla a los ojos. —Mi amor, concéntrate.

—¡No puedo! ¿La estás escuchando? ¿De dónde habrá sacado esa letra?

Su marido escuchó un rato y se echó a reír. —Madre mía. ¿Le cantaba eso a Edward en el barco?

Llamaron a la puerta y el conde se apartó resignado. —Adelante...

Rose y Henry entraron en la habitación. —¿La estáis escuchando?

—¡Sería imposible no hacerlo! Debe estar escuchándola media calle —dijo Johanna levantándose para salir al pasillo.

—¿Qué haces? —preguntó su madre reteniéndola por el brazo.

—Ir a hablar con ella. Seré delicada y le explicaré que... —Al ver a su primo en la puerta de su habitación sonriendo de oreja a oreja se detuvo. —¿Y tú de qué te ríes?

—Ni te imaginas lo que echaba de menos escucharla.

Esa frase les cerró la boca a todos, que se quedaron en silencio escuchando los gallitos de Michelle. Cuando terminó esa canción empezó con la siguiente y así una y otra vez porque solo se sabía dos. Edward se echó a reír a carcajadas al ver la cara de angustia de su familia. —Es exasperante, ¿verdad? Pues me lo hacía todas las noches.

Todos sonrieron al verle tan feliz y se les cortó el aliento al ver que se acercaba a su habitación y abría la puerta para entrar, cerrándola tras él suavemente.

Johanna se llevó la mano al pecho corriendo hasta la puerta para pegar la oreja al igual que los demás.

Michelle dejó de tocar en cuanto entró y se miraron a los ojos. —Al fin funciona —dijo ella dejando el banyo sobre la cama.

—Preciosa, si querías verme, solo tenías que llamarme.

—¿Ah, sí? —Se miraron a los ojos y él se acercó a la cama quedándose a su lado como si temiera tocarla. —Te perdono. ¿Y tú a mí?

A Edward se le cortó el aliento. —¿Qué has dicho?

Michelle se apretó las manos nerviosa. —Siento haber dicho que eres poco hombre y todas esas cosas horribles, como que te iba a abandonar.

Se sentó a su lado con cara de pasmo. —Soy yo el que me tengo que disculpar por todo lo que te hice, mi vida.

—No dije eso de tu madre porque sí, ¿sabes? Creía lo que decía. —Le miró insegura. —Pero no te preocupes, que ya no diré nada más porque sé que te hago daño. —No podía estar más sorprendido. —Edward... —Se apretó los dedos. —¿No tienes nada que decir?

Sus ojos negros la miraron como si fuera lo más importante de su vida y su corazón saltó en su pecho. —¿Me perdonas? —susurró ella cogiendo su mano.

—Mi amor, no tengo nada que perdonarte. Al contrario que yo, tú no has hecho nada malo.

Michelle sonrió y se acercó a él, que carraspeó levantándose de golpe. —¿Edward? —Confundida vio que se alejaba. —No me quieres, ¿verdad?

—Joder Michelle, te quiero tanto que me muero por no estar contigo. Deseo besarte más que a nada y tocarte, pero... —Se pasó una mano por el cabello. —Pero estás enferma y...

Ella sonrió radiante. —¿Me amas?

—Claro que sí.

—Pues acércate y... —Él dio un paso atrás. —¡Ven aquí!

Él levantó un dedo. —¿Puedes esperar un segundo?

—¿Qué?

—Solo un segundo o dos. Enseguida vuelvo.

—¿A dónde vas?

—¡A ver al médico!

Si le hubiera dicho que iba a la luna no la hubiera sorprendido tanto.

—¡Edward Sherman ven aquí!

—Que se altera... —susurró su tía Rose.

Edward volvió a entrar resignado. —Preciosa, es por tu bien.

—¿Por mi bien? ¡Cierra la puerta y acércate!

Lo hizo rápidamente y ella sonrió. —Ven, siéntate.

—Michelle...

—Solo quiero que te sientes. —Dio dos palmaditas en el colchón. —

Solo un momento. Nos estamos reconciliando.

—Eso me temo.

—¿Qué quieres decir? ¿No quieres reconciliarte conmigo?

—Michelle, lo estoy deseando —dijo como si le quitaran una muela

—. ¡Pero no puedo hacer el amor contigo!

—¿Ya no te parezco atractiva?

Michelle no salía de su asombro y Edward no sabía qué decir. Tomando aire se sentó a su lado y le cogió la mano. —Mi amor...

—¿Si? —Sonrió encantada acercándose.

—Si te beso, no me podré contener.

—¿No me digas? —Acercó su cara apoyando la otra mano en su muslo. —¿Recuerdas el baño que te di?

Él gimió cuando su mano llegó a su sexo acariciándolo por encima del pantalón y miró sus labios con gula. —Bésame, cielo. Lo estoy deseando.

—¿Y tu corazón?

—Está muy acelerado por sentirte a mi lado. —Se levantó de golpe alejándose de ella y jadeó indignada. —¡No me lo puedo creer!

—Mejor aviso al médico. ¿Si? Eso del corazón no puede ser bueno. —Pálido fue hasta la puerta.

—¿Cariño? ¿Estás bien?

—Creo que estoy cogiendo un resfriado. Haré que me revise a mí también.

—Ponte la camisa —dijo preocupada viéndole salir. Se quedó con la

mirada perdida pensando en lo que había ocurrido. Decía que la amaba, pero se negaba a tocarla. ¿No tendría una amante? Entrecerró los ojos. Llevaba desde que había dado a luz en dique seco e igual no había podido resistirse. Era un hombre muy sensual. ¡Si le había visto en la cama con otra mujer en el barco!

Saltó de la cama y fue hasta el pasillo donde vio a la mitad de su familia. —¿Qué hacéis levantados?

James reprimió la risa mientras Johanna levantaba las manos como pidiendo ayuda. Ignorándola fue hasta la habitación de Edward que salía en ese momento vestido con la camisa y la chaqueta. —¿Qué haces descalza? — La cogió en brazos para llevarla de nuevo a la cama y ella le pasó la mano por la frente.

—Pareces estar bien. No tienes calentura.

Él gruñó mirándola a los ojos mientras la dejaba en la cama. —Te aseguro que sí que la tengo.

Le miró sin comprender y Edward gimió apartándose. —Vuelvo enseguida.

—Cariño... —Se volvió para ver que se había subido el camisón hasta la cadera y poniéndose de costado movió las piernas lentamente con sensualidad. —¿No quieres tocarme?

James se echó a reír a carcajadas y se dio cuenta de que la puerta estaba abierta. —¡Cotilla, vuelve a la cama! —gritó sentándose de golpe mientras se ponía como un tomate.

—Preciosa, no te alteres...

—¡Están poniendo la oreja! —dijo asombrada—. ¿Es que no se duermen nunca?

Al escuchar más risas miró hacia la puerta indignada. —¡Tío, cierra la puerta!

—Sí, niña.

Su tío entró en la habitación para cerrar la puerta y le dijo a su sobrino —Será mejor que no la enfades, hijo. Eso la alterará mucho.

—¿Si, verdad?

—Cariño... me debes un hijo, ¿recuerdas?

Él ahí perdió todo el color de la cara. —Mejor dejamos los bebés para dentro de cuatro o cinco años.

Michelle perdió la paciencia. —¡Bueno, ya está bien! ¿Quieres hacerme el amor, o no?

La miró intensamente y el calor recorrió su pecho al ver que se quitaba la chaqueta. Sonrió quitándose el camisón impaciente y él se la comió con los ojos. —Nunca has estado más hermosa.

—Tengo los pechos más grandes que antes. —Se los acarició y Edward se arrancó el pañuelo del cuello antes de sacarse la camisa por la cabeza a toda prisa. —¿Te gustan?

—Me gusta todo de ti.

Michelle sonrió sensualmente dándose la vuelta para tumbarse boca abajo y mostrarle el trasero. —¿Crees que me ha crecido? —Una mano llegó hasta sus glúteos y ella gimió cerrando los ojos cuando esa mano llegó a su sexo acariciándolo de arriba abajo.

—Eres una provocadora, mi vida.

Gimió cuando la volvió a acariciar de nuevo y él separó sus piernas suavemente. Se tumbó sobre ella y apoyada en sus antebrazos miró hacia atrás mareada por sentir su piel contra la suya. Edward atrapó su boca besándola con intensidad y ella dejó que la abrazara por los pechos ansiosa por sus caricias. Se sintió maravillosamente y gritó en su boca cuando entró en ella de un solo empujón. Edward apartó la boca preocupado y susurró — ¿Demasiado?

—¡Sigue! —Inclinó su cabeza hacia atrás mientras él besaba su hombro hasta llegar a su cuello antes de entrar en ella con fuerza de nuevo, provocando que se volviera loca de placer. —¡Dios! —Él ya no se pudo contener y apoyándose en sus manos se levantó ligeramente para mover sus

caderas una y otra vez. Desesperada se dejó caer sobre el colchón y llevó una mano hacia atrás arañando su trasero. Edward gruñó entrando en ella con contundencia provocando que estallara de placer.

Edward la cogió en brazos preocupado y le acarició la mejilla. —¿Mi vida?

Sonrió como una tonta antes de abrir los ojos. —Mi amor, esto no lo habíamos hecho nunca. ¿Repetimos?

—Mejor duermes un poco.

Ella le abrazó por el cuello antes de besarle en el pecho. —Ya dormiré después...

Todos miraron hacia arriba en el desayuno. —Yo diría que tiene el corazón perfecto. Tres días —dijo James antes de reírse.

—No tiene gracia. —Johanna le dio un codazo. —¿Y si es malo para ella?

—Por las protestas de Edward, creo que quien necesita el médico es él —dijo Alex a punto de reírse—. Es una pena que Elizabeth se esté perdiendo esto. Cuando se lo cuente, se va a alegrar muchísimo.

Marcia apretó el cuchillo entre sus manos y Rose se dio cuenta.

Volvió la vista hacia su marido que entrecerró los ojos. —Me alegra muchísimo que lo hayan solucionado.

—Por supuesto —dijeron todos menos Marcia—. Es una noticia maravillosa.

—Pero no pienso hablar de boda. Cada vez que se hace, parece que se gafan —dijo Johanna antes de meterse unos riñones en la boca y masticar satisfecha.

—Sí, mejor no sacar el tema. —La tía Rose no le quitaba ojo a Marcia que forzó una sonrisa, pero no comentó nada.

—Bueno, si me disculpáis tengo que ir al puerto. —Henry se levantó y escucharon un portazo.

Miraron hacia arriba antes de escuchar un grito —¡Vuelve aquí, Edward! ¡Todavía no he acabado contigo!

—Pobre hombre. Menuda penitencia. —James se echó a reír a carcajadas mientras su suegro se sonrojaba por lo que acababa de decir.

Rose jadeó mirándole. —¿Cómo has dicho?

Johanna se sonrojó y su padre también. —Nada, mi vida. —La besó en la mejilla. —Os veré luego.

Cuando su padre se alejó, Johanna le dijo a su tía —Voy a ir a hacer unas visitas. ¿Quieres venir conmigo?

—No, gracias. Me duele algo la cabeza. —Se levantó apoyándose en el respaldo de la silla. —Mejor me acuesto un rato.

—¿Quieres que avise al médico?

—No, cielo. Un poco de descanso me irá bien.

Cuando se alejó, Rose estiró el cuello y George entró en la sala de desayuno para decir —Ya se ha ido, señora Sherman.

Indignada miró a los de la mesa. —Va a hacer algo.

—Es inevitable. Cada día agradezco más no tener suegra —dijo Alex divertido.

—Mi yerno está encantado conmigo. —Rose miró a James. —¿A que sí?

—Por supuesto —dijo a toda prisa provocando que su mujer se riera por lo bajo—. Es la mejor suegra que se puede tener.

—Oh, qué yerno tengo. —James suspiró de alivio al ver que sonreía y bebió de su taza de té.

—Volviendo al tema... ¿qué creéis que se propone? Tenemos que detenerla antes de que me queme la casa con Michelle dentro —dijo Johanna enfadada—. ¡Ha quemado mi carruaje!

—Cielo, ya está arreglado.

—¡Da igual!

—Ahora está vigilada. —Alex hizo un gesto para que le sirvieran más té. —Y si ella es la responsable de lo del puerto, ahora no podrá hacer nada con la vigilancia que hay.

—Eso me preocupa porque puede actuar por pura desesperación. —Johanna le señaló con el cuchillo. —Por eso no he dicho que tengo todo lo de la boda preparado.

—¿Y cuándo es el feliz acontecimiento? Espero que Elizabeth pueda asistir.

—Mañana.

—¿Mañana? ¡Acaba de dar a luz!

—¡Ya hace una semana! No seas quejica. ¡Está deseando levantarse, pero no lo hace porque se lo has prohibido, pesado!

—Oh, el pequeño David es guapísimo. Tan morenito... —dijo Rose ilusionada—. Estoy deseando que mi Jo me dé un nieto.

—Eso intento, suegra. Le aseguro que lo intento con ganas.

—Sé que lo haces. —Al darse cuenta de lo que había dicho se sonrojó intensamente y todos se echaron a reír.

Johanna se tensó. —¿No oléis a quemado?

George salió al hall y negó con la cabeza. —No, condesa.

Suspiró de alivio. —Te estás obsesionando. —Su marido la miró

preocupado. —Deja de pensar en ello.

Llamaron a la puerta en ese momento y Martin entró con Michelle mirándoles expectantes. Al ver que carraspeaban Martin se echó a reír. — Imposible.

Michelle se echó a reír tapándose la boca. —Esta niña.

—Es como tú, mi vida. Le va a exprimir como a un limón. —En ese momento bajó Edward por las escaleras vestido con un traje marrón y parecía agotado.

Entró en la sala del desayuno y frunció el ceño al ver que todos le miraban. —¡Tiene el corazón perfecto! ¡Mejor que el mío!

Todos se echaron a reír a carcajadas. Edward sonrió sentándose a la mesa y George le sirvió su café como a los Thackeray.

—La boda es mañana —susurró Johanna. Su primo levantó una ceja bebiendo de su taza—. No digas nada.

—¿Y eso?

—Mejor le damos la sorpresa a la novia.

—Oh, mi niña se casa —dijo Michelle ilusionada.

—Ya era hora —dijo Alex divertido.

—Muy gracioso.

Entonces escucharon un grito en el piso superior y Edward salió corriendo antes de que nadie reaccionara. Subió los escalones de dos en dos y cuando entró en la habitación vio a su madre tirando de Michelle por el cabello para sacarla de la cama. —¡Maldita zorra! ¡Mira lo que has hecho por gritar!

—¡Madre!

Michelle al ver como atacaban a su hija, empujó a Edward que iba a separarlas antes de tirarse sobre su madre con rabia. Martin detrás de Edward la animó. —Pártele la boca a esa furcia.

Michelle que había vivido prácticamente en la calle le estaba dando una auténtica paliza y cuando le metió un puñetazo en el estómago Edward gritó —¡Basta!

Su hija estaba atónita sentada en la cama, pero cuando su madre le iba a arrear otro puñetazo la cogió por el brazo. —Basta mamá.

Era la primera vez que la llamaba así y la miró emocionada soltando el cabello de Marcia. —¿Estás bien, mi niña? —Le acarició la mejilla donde tenía un arañazo y Edward se sentó a su lado para levantarle la cara y verla bien.

—¿Llamo al médico? —preguntó preocupado.

—Estoy bien. No os preocupéis por mí.

Marcia lloraba tirada en el suelo y su hijo se levantó para agacharse a su lado. —¿Qué querías conseguir con esto? La amo más que a mi vida.

—Solo te hace sufrir. —El corazón de Michelle se retorció al escucharla. —Desde que la conoces, solo sufres por ella.

—Porque la quiero, madre. Y la amaré siempre.

—Yo solo quiero que seas feliz. —Le miró con los ojos cuajados en lágrimas.

—Puede que tú no te des cuenta, pero solo mirarla me hace el hombre más feliz del mundo.

Michelle sonrió maravillada por lo que le hacía sentir y estiró la mano para coger la suya. Él se volvió y se agachó para acariciar sus mejillas y besarla suavemente en los labios. —¿Estás bien? ¿Te sientes mal?

—Estoy bien, de verdad. Pero tu madre necesita atención.

—No... —Marcia se levantó y se limpió las lágrimas de las mejillas. —Será mejor que haga el equipaje.

—Tía, ¿me has quemado el establo? —preguntó Johanna molesta.

Se sonrojó intensamente y Edward se tensó. —Así que era cierto.

—Lo siento. Me iré en el primer barco.

—No es necesario —dijo Michelle sorprendiéndola—. Sé que Edward lo ha pasado mal por mi culpa y entiendo que quiera proteger a su hijo de

alguien que no considera adecuada para él. Sé que piensa que soy zafia y no tengo modales, pero le quiero muchísimo y eso debería ser lo importante.

—Creo que lo mejor es poner espacio entre nosotros una temporada. Necesitáis tiempo solos y no quiero estar en medio constantemente. Pero me visitareis en Boston, ¿verdad?

—Sí, madre. Te visitaremos.

—Tía, ¿quemaste los barcos? —Johanna seguía insistiendo y al ver que carraspeaba jadeó. —¡No me lo puedo creer!

—¡No fue intencionado! ¡Solo quería quemar uno un poco!

—¡Pues quemaste dos!

Hizo una mueca. —Se me fue de las manos.

—De eso ya me he dado cuenta.

—Lo hiciste para que acusaran a mi madre, ¿verdad?

—Me vestí de rojo y me puse una peluca rubia.

Michelle jadeó indignada. —¡Martin, por eso fueron a vernos!

—Ya lo veo.

—Madre, le debes un barco y un establo a tu sobrina.

Johanna siseó —Y un carruaje.

—Y a mí me debes otro barco. —Edward parecía divertido. —Pero

como James me debe una fábrica, creo que estamos empatados.

James sonrió. —Cielo, he salido ganando. —Besó a su mujer en la sien.

—Sí, el único que pierde es mi padre que se ha quedado sin barco.

—Va, tiene muchos —dijo su madre sin darle importancia.

—¡Podría haberme casado con un conde! —dijo Michelle indignada —. Pero es que no he llegado a conocer a ninguno.

Edward entrecerró los ojos. —Da igual. Ya he ganado la apuesta.

—No. Todavía no —dijo James.

Él se volvió hacia su mujer y arrodilló una pierna en el suelo cogiendo su mano. —Mi vida, eres la madre de mi hija, pero sobre todo eres la mujer que quiero a mi lado para el resto de mi vida. ¿Me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Los ojos de Michelle se llenaron de lágrimas. —Claro que sí, guapetón. Te eché el ojo en el barco y serás mío para siempre.

Edward sonrió acercándose y dándole un beso en los labios.

Epílogo

La novia estaba preciosa con su vestido de encaje mirando al novio con amor mientras giraban en el salón de baile de los Condes de Fishburgne.

—Al menos alguien lo ha usado —dijo Johanna ilusionada viendo a Betsy reír en brazos de su marido.

—La boda de ensueño que se suponía que tendríamos todas. — Elizabeth le guiñó un ojo a su duque. —Pero yo no cambiaría la mía por nada.

—Mentirosa. —Alex la besó en la sien abrazándola por la cintura.

—La mía tampoco estuvo mal. —Johanna soltó una risita.

—Otra mentirosa —susurró James en su oído.

—¿Cómo crees que les irá a Michelle y a Edward? Mira que escaparse en mitad de la noche.

—Creo que tenían miedo a que tu tía hiciera algo que les impidiera la boda. Han hecho bien. Ahora ya estarán casados y serán felices como nosotros.

—Eso espero.

—¿Has acostado a la niña? —dijo con voz sensual desde la cama mostrando su hombro al apartar el camisón.

—Lidia se encarga, señora Sherman.

—Mmm, me encanta que me llames así. Y me alegra que nos haya casado el capitán en alta mar. Ha sido muy especial. —Su marido se tumbó a su lado y la abrazó pegándola a él. Le acarició la sien apartando su cabello negro. —Bajo la luz de la luna ha sido muy romántico.

—Y donde empezó todo.

—¿Crees que tu madre me aceptará algún día?

—No. Pero estás casada conmigo.

—Mientras no siga quemando cosas...

—Mientras sean las de James me da igual.

Michelle se echó a reír. —Serás malo.

Él la besó suavemente. —Te amo.

—Dime la verdad, cuando me subí al barco, ¿qué pensaste?

Él gimió. —No me hagas decirlo.

—Sé que estaba horrible, pero quiero saber qué pensaste.

—¿No viste mi cara de horror cuando entraste en el camerino? —Le pellizcó en el costado haciéndole reír. —¿De verdad quieres saberlo?

—¡Sí!

—Pensé que tenías unos pezones preciosos.

Abrió los ojos como platos. —¿Qué?

—No llevabas nada debajo de aquella cochambrosa camisa. ¡Se te endurecieron y me di cuenta! —Acarició su pecho por encima del camisón. —Como ahora. —La besó en el cuello haciéndola gemir. —Y también pensé que me gustaría hacerte esto. —Besó su hombro. —Y esto.

Ella se apartó para mirarle a los ojos. —Pues yo pensé que tenías que ser mío —dijo cortándole el aliento, atrayéndola para devorar su boca. Cuando se separaron después de hacer el amor apasionadamente ella susurró —¿Cuándo pensaste que tenía que ser tuya?

—No lo pensé. Lo sentí. Sentí que eras mía cuando entraste en la habitación y te quitaste el camisón.

—Porque lo era.

—Y lo serás siempre, mi vida.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Elizabeth Bilford” o “Lady Johanna”. Próximamente publicará “Las pruebas del amor” y “No puedo fiarme de ti”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, solo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de noventa para elegir.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.